

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

TRES SALVACIONES DEL SIGLO XVIII ESPAÑOL

T E S I S

que presenta

RAFAEL SEGOVIA CANOSA

para optar al grado de MAESTRO EN HISTORIA

México, 1958.





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi maestro, Edmundo O'Gorman

I N T R O D U C C I O N

La presente tesis pretende ser una contribución al estudio de las ideas del siglo XVIII español. Entre las razones que nos indujeron a la elección del tema debemos destacar en primer lugar los cursos del Dr. Edmundo O'Gorman sobre Historiografía e historiadores de la Ilustración. Acto seguido él mismo nos sugirió de manera más concreta los principales temas de estudio.

La elección se vió reforzada por la novedad que representa cualquier investigación sobre el siglo XVIII en España: la historiografía de este período es prácticamente nula. Pierre Vilar, al analizar las publicaciones que han visto la luz en España entre 1940 y 1951 y que tienen por tema la Historia de los tres últimos siglos, se halla ante una penuria cualitativa y cuantitativa tal que no duda en llamar tradición a la corriente que arrastra a los historiadores españoles hacia el Siglo de Oro o la Edad Media, condespego total de otros temas. Esta depauperación es aun más llamativa si comparamos la producción historiográfica española sobre el setecientos con la de Francia, Italia o Inglaterra.

II

Durante la elaboración de nuestro estudio - han aparecido varias obras que fueron otras tantas -- guías en nuestra investigación. Pese a estos paliati- vos, la falta de bibliografía ha sido una de las prin- cipales barreras con que hemos tropezado, y que expli- ca en parte la forma y contenido de esta tesis.

Con nuestra investigación pretendemos hacer una aportación a la Historia de las Ideas en España - durante el siglo XVIII. Esta aclaración es necesaria porque nos interesa poner en relieve desde el primer- momento que nos hemos limitado a estudiar exclusiva- mente las ideas, sin tratar de seguirlas en los efec- tos sociales, económicos o políticos que reflejaban o motivaban. Esta es, pues, nuestra primera frontera.- La segunda es el número de autores estudiados y los - problemas que hemos tratado de dilucidar en cada uno - de ellos. Por ejemplo, hemos tratado de extraer las- ideas que sobre la ciencia tuvieron Feijóo y Villa-- rroel, lo cual nos permitió abandonar la lectura de - los Almanaques del segundo y pasar de largo sobre la- masa de problemas que se encierran en el Teatro críti- co universal y las Cartas eruditas del maestro bene- dictino. De la misma manera hemos ignorado a Campoma- nes como historiador y a Forner como dramaturgo o como editor de los clásicos del Siglo de Oro.

Resumiendo, podemos decir que nos hemos ce-

III

ñido a tres problemas que se desarrollan sobre una -- base unitaria: las relaciones que el pensamiento --- científico, las ideas sobre la decadencia y las ideas políticas tuvieron con la religión. Nuestra elección recayó sobre aquellos autores que los manuales de Historia o de literatura españolas consideran como más -- representativos de las posturas extremas que entonces se debatieron. En muchas páginas de sus obras creí-- mos ver una corroboración de ciertas generalizaciones un poco rápidamente formuladas. Poco a poco, la compleja y problemática del siglo XVIII fué surgiendo y -- tras ella, la muy especial manera en que éste se ---- planteaba ante las mentes de los siete españoles estudiados. Los hemos seguido en sus uniones, en sus --- divergencias, en sus concordancias y en sus disime--- trías. La falta de univocidad ha sido quizás el mayor de sus atractivos, sus repetidas contradicciones han-- mostrado la pasión con que abordaban los problemas y -- la violencia que encontraban para hallar una solución conforme a lo que pensaban o, por lo menos, a lo que -- escribían.

Las páginas que siguen son un intento de ex-- plicarnos las diferentes soluciones que se proponen a la crisis que se presenta desde finales del siglo --- XVII hasta la conclusión del XVIII en las relaciones-- del pensamiento religioso y otros aspectos del pensa-- miento. Escogimos los puntos en que el conflicto se--

IV

presentaba con más agudeza dentro de España. A pesar de la aparición de la monumental obra de Jean Sarrailh sobre La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII, no creemos estar de más. En primer lugar, porque aunque muy escasa medida nos salimos de esos límites, en segundo porque en ciertos puntos, si no hacemos rectificaciones, ahondamos un poco más de lo que Sarrailh, dada la ambición -ampliamente lograda- y las dimensiones -envidiables- de su obra, pudo haberlo.

Al abordar un aspecto cualquiera de la Historia de las ideas se tropieza siempre con el inconveniente, o la ventaja, de tener que basarse en trabajos anteriores, cuyo contenido aceptamos globalmente, sin posibilidad de elaborar crítica alguna. Esto ocurre cuando nos deslizamos a un terreno que no es específicamente el nuestro. Así se encontrarán ciertas ideas sobre el pasado español, sobre ciertas particularidades de la vida española (tradicionalismo, concepto bélico-heróico de la existencia, religiosidad, etc.)- que utilizamos sin indicar la procedencia. Un examen, por somero que sea, de la bibliografía colocada al final indicará con toda facilidad la procedencia de dichos conceptos, dado especialmente que se trata de obras de plena actualidad y constantemente debatidas. No hemos querido cargar de notas las páginas y dar idea de una erudición que, aunque fuese de segunda --

mano o de diccionario enciclopédico, no poseemos. -- Por el contrario, hemos multiplicado las notas cuando se trataba de los autores específicamente estudiados: en el curso de la redacción pudimos observar la facilidad con la que, al menor descuido, nos separábamos de lo que se encontraba consignado en las fichas. En ese sentido no creemos haber traicionado a nuestros ilustrados o anti-ilustrados.

C. Alcázar Molina escribía en la Historia de España de P. Aguado Bleye: "Carlos III ha tenido, y todavía tiene, su leyenda, fielmente reflejada en el llamado himno progresista, que atribuye toda clase de horrores a nuestro siglo XVIII, y, naturalmente, a sus hombres más representativos." Quizá hayamos añadido aun más horrores a nuestro siglo XVIII, al entender de muchos historiadores. La diferencia está en que lo que entendemos por un horror no nos ha parecido tal y, de serlo, lo hemos expuesto como lo hicieron los hombres del Siglo de las Luces.

Es mi deber consignar aquí los consejos y la amistad que me brindó don Manuel Pedroso, hoy desaparecido. Muchas de las obras que aquí se mencionan, pude consultarlas en su magnífica biblioteca, refugio de todos aquellos que se interesaban por la cultura de la que fue un vivo exponente.

VI

Para terminar, sólo me queda agradecer a -- mi maestro, Edmundo O'Gorman la generosidad que hacia sus alumnos y discípulos, entre los cuales creo con-- tarne, manifestó siempre, tanto en sus clases como en su seminario. Lo que esta tesis le debe es incalculable: dirigió las lecturas que la precedieron, me enseñó a hacer una ficha y a redactar un capítulo. Pesea su supervisión desinteresada y constante, es necesario aclarar que todo lo que se pueda censurar a este - estudio me corresponde exclusivamente.

PRIMERA PARTE

CIENCIA Y TRADICION

I

El siglo XV había replanteado el problema de la ciencia. A lo largo de toda la Edad Media, - una casi perfecta armonía reinaba entre los diver-- sos planos del conocimiento. Este había sido perfetamente arquitecturado durante los siglos en que la autoridad de la Escuela había sido universalmente - aceptada. Las dos únicas formas de conocimiento, revelado y natural, situadas en una relación de dependencia de la segunda respecto de la primera, abarcaban todo aquello que la mente humana era capaz de -- comprender. Donde la razón natural encontraba su - frontera, esperaba la verdad revelada, capaz de llevar al hombre a los más altos grados de conocimiento, al reino de la Gracia, perdido por el pecado y la - caída. Nos encontramos ante la relación de creador y criatura.

La filosofía del Renacimiento venía a oponerse a esta sumisión en que la razón -puerta de -- acceso al mundo natural-, servía a la revelación -- -entrada al mundo de la gracia-, tanquam famula et ministra. "La filosofía natural del Renacimiento - avanza por este camino, pues su tendencia y princi-

pio fundamentales rezan que el verdadero ser de la naturaleza no se encuentra en el círculo de lo creado sino en el de la creación. La naturaleza es algo más que mera criatura, participa del ser-creador originario, pues en ella vive la fuerza de la acción divina. Así se cancela el dualismo entre hacedor y criatura. La naturaleza no se ofrece como el puro móvil frente al supremo motor, sino que más bien es un principio que mueve interiormente, que forma originalmente. Esta capacidad de autoformación y autodespliegue le presta el sello de lo divino". (1)

Este mundo inmanente encontraba su explicación en sí mismo, sin recurso posible a otro tipo de verdades, cualquiera que fuese su origen. Además, podía ser apresado de una manera clara y distinta, podía ser expresado en conceptos; la ley interna -- que le regía sería la última instancia explicativa. La verdad revelada, como palabra que es, jamás tendría la univocidad necesaria para la comprensión que se exigía. "Galileo y Keplero habían concebido la idea de ley natural en toda su amplitud y profundidad, en toda su significación metódica fundamental, pero no pudieron mostrar su aplicación concreta más que en algunos fenómenos naturales aislados". (2).-

(1) Cassirer, Ernst. Filosofía de la Ilustración. - II, 57.- La naturaleza y su conocimiento en la filosofía de la Ilustración.

(2) Filosofía de la Ilustración.- II, 59.

Fue obra de Newton probar que "la legalidad rigurosa que regía las partes podía extenderse a la totalidad y que el universo, en cuanto tal, era accesible a la comprensión exacta del conocimiento matemático y adecuadamente abarcable por él". (3)

Aparte de la conquista que esto suponía, aparecía otra aún mayor; el método que Newton había seguido, aquel conjunto de normas que llamó regulae philosophandi. En ellas se encontraba el camino -- verdadero para alcanzar aquella claridad unívoca -- que tanto se anhelaba. El conocimiento humano, la razón, adquiría una autonomía de la que hasta entonces jamás había gozado, frente a otro universo tan autónomo como la propia razón. "La naturaleza del hombre sale al encuentro de la naturaleza del cosmos y se vuelve a encontrar en ella. Quien descubre la una adquiere de inmediato certeza de la otra. La filosofía natural del Renacimiento entendió por naturaleza la ley que, lejos de que las cosas la recibieran de fuera, mana de su propio ser, ley con que fueron dotadas desde el origen". (4). Basta registrar con paciencia, observar meticulosamente, experimentar, medir y calcular.

(3) op. cit. II, 60

(4) op. cit. II, 61

II

La aparición de esta ciencia deslumbró,-- no sólo a los que se dedicaban profesionalmente a ella, sino que, además, se plantó en el seno de la sociedad europea, constituyéndose en una de las ocupaciones -a veces pasatiempo favorito- del espíritu del siglo.

"El siglo XVIII está imbuído de esta convicción, de la creencia de que ha llegado por fin - en la historia de la humanidad el momento en que se podrá arrebatarse a la naturaleza su secreto, tan cuidadosamente guardado, el momento en que ya no quedará en la oscuridad de siempre, en su calidad de misterio incomprensible, sino que será sacada a la luz potente del entendimiento que la iluminará con todas sus fuerzas". (5)

Hazard, en el capítulo que dedica a las ciencias de la naturaleza, revive la fiebre que se enciende en los espíritus ilustrados ante las conquistas que se hacen. Luis XV quiere poseer "colecciones", el Delfín toma lecciones de física; Jorge III es botánico, Juan V asiste a investigaciones astronómicas, Víctor-Amadeo III repite con Gerdie los

(5) Filosofía de la Ilustración.- II,63

experimentos que en París realizaba el abate Nollet. Y la curiosidad no se limita a los reyes, los duques y los marqueses, toda la nobleza se interesa por la ciencia; la burguesía no se queda atrás.

Vemos academias fundadas para dedicarse en forma exclusiva a estas actividades; la de San Petesburgo en 1725, la de Estocolmo en 1739, la Sociedad Real de Copenhaguen en 1745. Marcaban el paso el Instituto de Bolonia, la Academia de Ciencias de París y la Real Sociedad de Londres. Resultados, conclusiones, memorias se comunicaban entre los miembros de estas instituciones. Raras son las fronteras que la ciencia no puede atravesar. (6)

En este movimiento renovador los Borbones, que acaban de asentarse en el trono de España, pretenden que participe el país cuyos destinos van a regir. Las primeras academias fundadas, la de la Lengua, la de la Historia, no tocan en sus designios a la Ciencia natural, pese a que el primer presidente que tuvo la Real Academia de la Lengua Castellana, don Juan Fernández Pacheco, marqués de Villena, era "muy conocido fuera de la península por su relación con la Academia de ciencias de París, de la que era individuo, y por su comunicación con muchos sabios de Europa.... Las matemáticas y hasta la medicina,

(6) Hazard. La pensée européenne au XVIII^{eme} siècle, Vol. I, 177/179

la botánica, la química y la anatomía merecieron---- el cuidado de su aplicación" (7). Don Ignacio Luzán, en sus tiempos de secretario de embajada en París, - asistía a los cursos de física del abate Nollet.

Durante el reinado de Carlos III, se fun-- dan la mayor parte de las Academias que agruparán a los naturalistas y científicos españoles; la Sociedad Médica de Sevilla, la Escuela de matemáticas de Barcelona, la Sociedad médica matritense. Además flo-- recían las Sociedades de Amigos del País, que dedi-- caban no pocos de sus desvelos a la ciencia natural.

Esta carrera triunfal puede engañar a pri-- mera vista. Las dificultades con que tropezaron quie-- nes se dedicaban al cultivo de la ciencia fueron mu-- cho mayores de lo que habitualmente se piensa. Estas barreras no procedían únicamente de la autoridad ci-- vil, siempre al lado de la Universidad, que repelía-- las innovaciones, sino que también encontraban su -- origen en el interior de la ciencia misma.

(7) Sempere y Guarinos. Biblioteca española de los mejores autores que florecieron durante el reinado de Carlos III. Discurso preliminar, sin foliación.

III

Según D. Mornet (8), dos eran los principales obstáculos que la ciencia encontraba en su carrera: lo maravilloso y la teología.

El vínculo que la segunda mantenía con la física se había relajado mucho en el siglo XVII, pero distaba mucho de estar roto (9). En cuanto a lo maravilloso, dependía del espíritu humano mismo que había encontrado un gran aliado en la fantasía.

El hombre se había dirigido a la naturaleza en busca de quimeras; la ciencia y lo maravilloso marcharon a la par durante mucho tiempo. Química y alquimia, astronomía y astrología estaban aún mal --- deslindadas cuando se publicó la Enciclopedia. La primera ciencia que intentó liberarse fue la física; unida íntimamente a la mecánica y por ella al cálculo, debió doblegarse ante rigurosas razones (10). -- Esta paridad entre elementos opuestos duró todo el tiempo en que la ciencia daba la batalla por la razón. Si un reducto era aniquilado por la luz científica, este extraño elemento maravilloso encontraba -

(8) Mornet, Daniel. Les sciences de la nature en France, au XVIII siècle. (V. toda la primera parte).

(9) Filosofía de la Ilustración. - II

(10) Les sciences de la nat. Part. I.- II, 13

en seguida un nuevo refugio. Es más, llegó a construirlos.

Los sistemas, con su hábil estructura y sólida arquitectura, con su gran apariencia lógica capaz de esconder los más débiles fundamentos, fueron el último baluarte de estas formas de pensamiento. Una paciente labor de investigación, el amontonamiento de las experiencias y observaciones, terminó por hacerlos sucumbir. Fueron cayendo uno por uno, cuando estos preciosos edificios fueron incapaces de resistir las comprobaciones particulares que el método experimental sometía a cada una de sus partes. No quedaba más que atenerse a los datos que la observación y experimentación sensibles proporcionasen. Todo paso que el intelecto diese y no encontrase una corroboración material inmediata, era desechado y colocado entre lo maravilloso era un producto de la fantasía y no de la razón.

Pero si esta resistencia carecía de organización y de autoridad, existía una traba mucho más fuerte y que contaba con los más poderosos aliados. La teología se sintió amenazada. Para la Iglesia toda fue el ataque que se había desencadenado en el quince y que seguía conmoviendo sus cimientos. El proceso que se había incoado en el siglo XV sobre la obra de Galileo, es reabierto en el XVIII, para deci

dirlo de acuerdo con las nuevas formas de pensamiento. "Su sentencia no ha sido impugnada desde entonces en forma seria y el enemigo ha acabado por someterse en silencio". (11). Esta sumisión no fue obra fácil. En ella se empeñaron los mejores espíritus-- de Europa por ambos bandos. La teología no abandonó el campo ante la primera conminación, sino que luchó denodadamente, usando incluso las armas que la nueva ciencia había forjado. Para los científicos los casos de conciencia eran tan numerosos como los casos-- que la ciencia venía a ofrecer. "Si se era cristiano o piadoso, se servía a dos amos. Y si uno hablaba alto, el otro hablaba tan claro que era necesario oírle. Las razones y los métodos que bastaban a los teólogos de carrera para colocarle límites a la ---- ciencia eran de aquellas que los verdaderos sabios -- no podían aceptar. No querían creer que, para dirigirse a la naturaleza, tuviesen que renunciar a la -- fe. Buscaron, pues, con confianza, acomodaciones duraderas" (12). Pero estos arreglos carecían de lo -- que precisamente se venía buscando, de la durabili-- dad. Cada nuevo descubrimiento, un paso cualquiera-- de la nueva metodología, hacían que se tuviesen que-- buscar nuevos vínculos, que se tuviesen que tapar -- los boquetes por donde el agua entraba a raudales. La más cómoda de las actitudes fue adoptada. "Si las --

(11) Fil. de la Ilust.- II, 63

(12) Les sciences de la nat., Part I.- III, 56

contradicciones no eran reales más que para nues-
tra eterna ignorancia, más valía no plantearlas. Se
llegó fácilmente a la solución, desde entonces tan
próspera, que afirma la independencia absoluta de la
ciencia y de la religión"(13).

El pensamiento religioso intentó adoptar -
las armas que acaban de aparecer. Si todo era expli-
cable por la física, se trató de que ésta penetrase-
también en las Sagradas Escrituras; la teología bajó
a la búsqueda del mundo natural que tanto presiona--
ba. (14).

Una fracción considerable de los científi-
cos europeos pretendieron preservar y mantener las -
relaciones existentes entre el conocimiento natural-
y el revelado, unión que, ya lo hemos visto, había -
sido claramente formulada por la filosofía escolásti-
ca. Pero aquella relación que hacía que la razón --
sirviese a la revelación tanquam famula et ministra,
encontraba la crisis en sus mismos fundamentos. Da-
do que no era posible proseguir tal modo de pensa---
miento, aquellos científicos que seguían y querían -
seguir considerándose cristianos puros y ortodoxos,-
se vieron precisados a la solución de dividir de ma-
nera radical los dos campos tradicionales del conoci-
miento, antes de que la colisión que se antojaba ---

(13) Les sciences de la nat. Part.I.- III,63.

(14) Les sciences de la nat. Part.I.- III, 31 y sg.

inminente acarrese el descrédito absoluto de la teología. La unión por partida doble de los conocimientos, el revelado bajando en ayuda del natural y éste subiendo en busca de aquél, había de ser disociada -- por fuerza. De las salidas por las que se pretendió hacer desembocar este problema son típicos ejemplos el "Accord de la Foi avec la Raison dans la maniere de présenter le systeme physique du monde et ----- d'expliquer les différents mysteres de la religion" que daba a la luz en 1767 de Forbin y "Le Véritable-Systeme de la Nature: ouvrage ou l'on expose les --- lois du monde physique et moral d'une maniere conforme a la raison et e la révélation" del abate Paulian, - publicada en 1788 (15).

Estas tentativas científico-teológicas llevaban en sí el peligro que se trataba de alejar, la demarcación de una frontera segura e incommovible -- entre lo natural y lo revelado. El intento consistía, en última instancia, en reducir a uno solo dos principios racionalmente irreductibles y, pese a la habilidad, sana intención o argucias de los filósofos que aun vivían dentro del cristianismo, esta operación estaba condenada a no dar frutos duraderos.

Razón y experiencia, conocimiento empírico, todos los nuevos instrumentos que abrían campos hasta

(15) Les sciences de la nat.- III, 57

entonces insospechados al conocimiento humano, -----
entraban en el campo hasta entonces acotado por la -
teología para ser expuestos y explicados por la fe y
la palabra revelada. El Génesis que durante siglos-
había sido interpretado exclusivamente por la autori-
dad y la ciencia de la Iglesia, entraba bajo una nue-
va forma explicativa e interpretativa; la reproduc--
ción, la muerte, la generación, todo era avasallado-
por la marcha implacable de la ciencia natural.

El método más seguro para la preservación-
de las verdades establecidas por la Iglesia se funda-
ba en separar ciencia y teología, más viable este---
procedimiento que los intentos de síntesis vistos. -
Pero la desvinculación había de ser absoluta, elimi-
nando la menor posibilidad de interacción o reversibi-
lidad. Así se cerraba el proceso iniciado en el Re--
nacimiento y que había de redundar en la plena auto-
nomía de la ciencia natural.

IV

Dos figuras se alzan frente a frente en la primera mitad del siglo XVIII en España. Personas - antagónicas, opuestas y mutuamente excluyentes, ca--racterísticas que las llevaron a la controversia en--varias ocasiones si bien esta polémica no afecta ---grandemente sus caracteres. Pese a estas diferen---cias podremos encontrarles un recóndito punto de ---identificación que las resumirá como productos típi--cos del dieciocho. Esta identificación tendrá lugar en terrenos a veces diferentes; uno responderá a las exigencias de su siglo y lugar con su obra, el otro--con sus personas y desventuras.

Nos referimos al Maestro don Fray Benito - Jerónimo Feijóo y Montenegro y al doctor don Diego - de Torres Villarroel. Nacidos respectivamente en --1676 y 1693, esta diferencia de trece años no les --impedirá pertenecer a la misma generación, sentir --los mismos afanes y encontrarse envueltos en la mis--ma atmósfera. Sus climas espirituales, sin embargo, serán distintos. Será éste el lugar en donde queden por completo divorciados.

Feijóo ingresa en la Orden de San Benito a los catorce años, estudiando en los Colegios benedic

tinios, encontrándose licenciado en Teología a los -- treinta y tres años y doctor unos meses más tarde. - Ya era profesor del Monasterio de San Vicente de Oviedo cuando obtiene los grados, y de este monasterio no se moverá, si se exceptúan algunas cortas ausencias, hasta su muerte, acaecida en 1764. Es una vida larga, pacífica, entregada en cuerpo y alma al estudio.

Por el contrario, la vida de Don Diego de Torres por él mismo tan detalladamente narrada, necesitaría ser reproducida íntegra para ser entendida.- El asombro le acompañaba en todas ocasiones; el mismo nos confiesa: "La pobreza, la mocedad, lo desentonado de mi aprehensión, lo ridículo de mi estudio, mis al manaques, mis coplas y mis enemigos, me han hecho -- hombre de novela, un estudiantón extravagante y un - escolar, entre brujo y astrólogo, con visos de dia-- blo y perspectivas de hechicero". (16). Estudiante en Salamanca y estudiante de Salamanca, vive con intensidad aquella estrepitosa decadencia de los estudios. Pasa sobre la Filosofía como sobre ascuas, y por todo haber se encuentra, al terminar sus estu--- dios, escribe: "Yo sé de mí que gozo un vulgar ingenio, desnudo de la enseñanza, la aplicación, los libros, los maestros y de todo cuanto debe concurrir a

(16) Torres Villarroel, Vida, - 14.- De ahora en adelante escribiremos Vida cuando se haga referencia a esta obra y Vida nat. y cat. cuando se trate de su otra obra, Vida natural y católica.

formar un hombre medianamente erudito" (17). Pero a cambio de esta ignorancia, aprende "a bailar, a jugar la espada y la pelota, torear, hacer versos" (18). Ocupaciones que de algo le sirven cuando sienta plaza en el ejército portugués del que acaba desertando para ingresar en una cuadrilla de toreros. En España se dedica a la fabricación de almanaques astrológicos. Una inaudita casualidad le abre la puerta de la fama: predice, y se cumple, la muerte de Luis I. - Ni esta fama logra asentarle; sus andanzas, sus idas y venidas, sus tráfigos y sus desventuras le pasean por España y Francia. Alcanzará una cátedra en la Universidad en que estudió, será administrador de la Duquesa de Alba, continuará la publicación de sus almanaques.

Pero todo esto no es lo más relevante de su persona. Según Azorín, "el asombro que causa --- Torres entre sus contemporáneos se debe a la rareza de su pensar, no a las andanzas de su persona". (19). Antes lo hemos dejado apuntado, él mismo lo repetirá en varias ocasiones. "Porque la sinceridad del vulgo nos cree de otra figura, de otro metal o de otro sentido que las demás personas; y yo creo que a mí me han imaginado por un engendro mixto de la clase de los diablos y los brujos" (20).

(17) Torres, Vida, Trozo segundo, 46

(18) Torres, Vida, Trozo segundo, 47

(19) Azorín, Clásicos y Modernos, Obras Completas, - Aguilar, Madrid, 1947. Vol.II, 831.

(20) Torres, Vida, trozo cuarto, 128

Hay un punto de arranque común a estos dos escritores, y a todos los escritores: el público -- para quien escriben. Siendo el mismo, se dirigen a él de manera opuesta. Los Almanaques de Torres no iban dirigidos al mismo sector a quien pretendía --- hablar el Teatro Crítico Universal o las Cartas Eruditas. Incluso la Vida natural y católica o los Sueños morales no tratan de incidir en el mismo punto que -- trataba de atinar Feijóo.

Mesonero Romanos, entre las coplas, romances y refranes que recoge en sus "Memorias de un setentón", copia una que destaca por su hiriente vulgaridad:

Si hablara en francés,
Y leyera a Frayjío,
Y gastara "capingote",
Hugonote.

Esta incongruente mezcla de idiomas, modas, lecturas y religiones, sólo podía haber tenido origen en unos momentos tan turbulentos como fueron las primeras décadas del siglo XIX en España y, es inútil señalarlo, en los medios más alejados de la cultura, incluso de la más baja y superficial cultura. Podemos adivinar las extrañas asociaciones que la plebe absolutista hizo entre los franceses y la "redingote"; llegamos hasta aceptar, desde luego por caminos muy extraños, la identidad del afrancesado --

con el deísta o ateo, que la imaginación popular ---
asocia con la impiedad. Pero donde repugna cual----
quier unión es al ver a Feijóo colocado como un di--
rector o formador de hugonotes, de ateos, o, en el -
más leve de los casos, de deístas, como lo fueron los
afrancesados en su mayoría. Este cuarteto, sin vali
dez histórica alguna, hijo de la pasión, había sido-
adivinado, casi un siglo antes, por el propio bene--
dictino. "Una especie de tiranía intolerable ejerce
la turba ignorante sobre lo poco que hay de gente --
entendida, que es precisarla a aprobar aquellas va--
nas creencias que recibieron de sus mayores, espe---
cialmente si tocan en materia de religión. Es ídolo
del vulgo el error hereditario. Cualquiera que pre-
tenda derribarle incurre, sobre el odio público, la-
nota de sacrílego. En el que con razón disiente a -
mal tejidas fábulas, se llama impiedad la discreción
y en el que simplemente las cree, obtiene nombre de-
religión la necedad" (21).

Aquí se nos ha presentado uno de los puntos
más importantes, si no el más, de la obra feijoana.--
Pocas obras son dirigidas tan especialmente al públi-
co; menos aún van tan preparadas para el desaire y el
olvido; casi ninguna va más cargada de esperanza.

Feijóo desconfía sistemáticamente del públi

co. Este es vulgo o turba ignorante. Cierto es que existe una pequeña minoría culta, sagaz y alerta, -- pero vive ahogada por una masa sumida en el error. Y será a este vulgo al que se dirija su obra tal como lo indica el subtítulo del Teatro Crítico: Desengaño de errores comunes.

Espera ser condenado por el lector aferrado a la tradición equivocada: "Lector mío, sea quien fueres, no te espero muy propicio, porque siendo --- verosímil que estés preocupado por muchas de las opiniones comunes que impugno, y no debiendo yo confiar tanto, ni en mi persuasiva ni en tu docilidad, que - pueda prometerme conquistar luego tu asenso, ¿qué sucederá sino que, firme en tus antiguos dictámenes, - condenes como inicuas mis decisiones?" (22).

Esta desconfianza nacía de la certeza que fray Benito tenía de que el error se escondía y en-- contraba su jugo nutricional en la multitud. Por ello el discurso que inaugura el Teatro se titula: "Voz - del pueblo", aprovechando el famoso refrán: "Voz del pueblo, voz del cielo". Es la base común de donde - irán apareciendo los demás errores y cree que, al -- destruirlo, habrá matado el cuerpo de la hidra, no - quedando más que las cabezas, más fáciles de rematar. "Esta consideración -que los desaciertos del vulgo -

son venerados como inspiraciones del Cielo- me mueve a combatir el primero este error, haciéndome la cuenta de que vence muchos enemigos en uno solo, o a lo menos de que será más fácil expugnar los demás errores quitándoles primero el patrocinio que les da la voz común en la estimación de los hombres menos cautos" (23).

La amplitud que el vulgo tiene hace que su desconfianza se haga sistemática y casi dogmática: - "no puedo considerar al pueblo como antípoda preciso del hemisferio de la verdad. Algunas veces acierta; pero es por ajena luz o por casualidad" (24). Toda verdad le tendrá que ser entregada (25) y, aún así, no podrá asimilarla de una manera completa "porque su opacidad hace impenetrable a los rayos el fondo" - (26).

La tarea sería más fácil de llevar a puerto seguro si el vulgo se compusiese de gente baja o sencillamente de gente alejada de los estudios. Por desgracia su composición no era tan sencilla y homogénea. El vulgo, o lo vulgar, podía encontrarse en cualquier esfera social, "debajo del nombre de vulgo comprendo no pocas brillantes pelucas, no pocos -- venerables bonetes, no pocas reverendas capillas"(27)

(23) T.C.U. T.I, disc. I, #1

(24) T.C.U. T.I, disc. I, #1

(25) T.C.U. T.I, disc. I, #1

(26) T.C.U. T.I, disc. I, #1

(27) Cartas, T.III, cart.XV, # 22

y será esta lucida cohorte la que pueda propagar los errores con más facilidad por poseer los medios de transmisión. Las verdades que pueden dañar al público de la misma forma que las equivocaciones, deben ser silenciadas, Feijóo lo acepta, más sabe que, a través de los que conocen el latín, llegarán, tarde o temprano, a los que no saben más que español (28).

El uso de una lengua esotérica no adelantaría nada en este problema. Escribirá en castellano. Y no sólo es la inutilidad de este intento de sustracción lo que le lleva a escribir en su idioma nativo. Hay una razón positiva: su público, su verdadero y buscado público, no conocía más que el español.

Y, para despedirse de su lector, se arma de sinceridad, dignidad y amargura; no abandona la esperanza aunque la ve lajana y hosca a sus proyectos. "Aunque mi intento sólo es proponer la verdad, posible es que en algunos asuntos me falte penetración para conocerla, y en los más fuerza para persuadirla. Lo que puedo asegurarte es que nada escribo que no sea conforme a lo que siento. Proponer y probar opiniones singulares, sólo por ostentar ingenio, ténгоle por prurito pueril y falsedad indigna de todo hombre de bien. En una conversación se puede tolerar -

por pasatiempo; en un escrito es engañar al público. La grandeza del discurso está en penetrar y persuadir las verdades; la habilidad más baja del ingenio es enredar a otros con sofisterías" (29). La ciencia era para el maestro de San Benito una aristocracia. El vulgo quedaba por una parte, los científicos, "los persuadidos de la verdad", por otra. Y esta minoría seguiría existiendo siempre, porque siempre vería más un águila que cien lechuzas. Las obligaciones iban aparejadas con esta nueva casta: sinceridad, honradez, veracidad, todos los atributos personales debían acompañar a la nueva elite, por serle indispensable para la cabal realización de la labor propuesta. No como prendas personales decorativas, sino, incluso, como útiles de trabajo.

Esta nueva nobleza encontraba una labor misionera por realizar: la propagación de la razón, la difusión de la luz hallada en sus investigaciones, en sus lecturas, en sus experiencias, en todo el saber que acumulaban o creaban, que iría haciendo un lento pero seguro proselitismo.

Si tuviésemos que definir a don Diego de Torres en una sola palabra, no dudaríamos en escribir escéptico. Es un escéptico de sí y de los demás que, sin embargo, cree en una posibilidad de verdad, des-

(29) T.C.U., T.I, Prólogo al lector.

de luego no clara y localizada como en Feijóo, sino en una verdad difusa que puede aparecer en cualquier parte. Quizá no se dejó arrastrar a un escepticismo absoluto debido a lo sincero y profundo de su sentir religioso, pero aun en ésto se tiñó profundamente de estoicismo. Su profunda identificación con el pensamiento de Quevedo y, remontando en el tiempo, con el de Séneca, le coloca en una línea tradicionalmente española. En las páginas finales de los "Sueños-Morales" hallaríamos e identificaríamos con más holgura un modo de pensar de la segunda mitad del siglo XVII que el optimismo y confianza que caracterizaron al Siglo de las Luces.

Por otra parte, su obra, en su aportación positiva, sobre todo científica, responderá ampliamente a los objetivos que se perseguían. Que él los menospreciara o no, no afecta al balance.

Ya hemos visto, al través de lo que narra en su Vida, la idea que el vulgo se hacía de Villarroel. Se le suponía, nos dice, de otra pasta. No es él quien se aleja del vulgo, es éste quien le coloca al margen de lo gregario, de la masa. Ciertamente es que sus actividades en el terreno de la astrología son las principales responsables de este alejamiento, mas su pensamiento todo era demasiado singular para encontrar acogida alguna en esfera o círculo alguno.

Su persona, por el contrario, era buscada y deseada; su inventiva, su ingenio, su contagiosa alegría eran buscados y deseados; "Los duques, los condes, los -- marqueses, los ministros y las demás personas de la sublime, mediana y abatida esfera, me distinguen, me honran y me buscan, manifestando con sus solicitudes y expresiones el singular asiento que me dan en su estimación y memoria. No he tocado puerta en la corte ni en otro pueblo que no me la hayan abierto con agasajo y alegría" (30). Persona y pensamiento no andaban muy acordes en cuanto a aceptación ajena se refería.

Su idea del vulgo, como fenómeno social, es filiable a la de Feijóo. Mas en este caso intervienen otros factores, que le harán ver a esta clase de manera diferente a como lo hace el padre benedictino. En primer lugar, Feijóo disfrutaba de un mayorgazgo y esto no le obligó a ser miembro de una clase determinada; además de sus ideas, su estado eclesiástico le alejó por completo de los honores mundanos. Si fue agraciado por Felipe V con el nombramiento de Consejero, renunció a las prelacías de los Monasterios de San Julián de Samos y San Martín de Madrid. Villarreal no fué agraciado con nombramiento alguno y según nos cuenta, jamás aspiró a distinción u honor: "siempre he conservado un aborrecimiento espan-

(30) Vida.- 131

toso a los intereses, honores, aplausos, pretensiones, puestos, ceremonias, y zalamerías del mundo"(31). Fuese por mal humor, filosofía, soberbia o rusticidad, jamás gozó -hasta que llegó la vejez- de ningún favor. Este desprendimiento del mundo, le colocó en una alta posición ante sí mismo, desde donde pudo y se permitió enjuiciar todo cuanto vió. Nada le unía y nada, para él, era respetable. Lo primero de todo el nacimiento, la sangre: "Nuestra raza no es más que una; todos nos derivamos de Adán. El árbol más copetudo tiene muchos pedazos en las zapaterías, algunos zóquetes en las cardas y algunos estillones y mendrugos - en las horcas y los tablados; y al revés, el tronco más rudo tiene muchas estatuas en los tronos, algunos oráculos en los tribunales y muchas imágenes en los templos" (32). El nacimiento no condiciona al individuo, se puede alcanzar cualquier puesto desde cualquier cuna. Esto, que sería por demás convincente en labios de un hidalgo, suena dudoso en un plebeyo y cabe preguntarse si no esconderá algún resentimiento o, al menos, una contradicción, tan abundantes en la obra del doctor. Su reiteración en el desprecio de las vanidades parece una insistencia por convencerse a sí mismo de la futilidad de los bienes y honores terrenales. Si un brillante árbol genealógico no sirve para gran cosa y aprovechan más

(31) Vida, Introducción, 12

(32) Vida, Ascendencia de don Diego de Torres, 28

los abuelos ricos que los nobles, ¿qué le quedará a un hombre por desear para antepasados? A su leal saber y entender, alguien que sea poco pero seguro: -- "Un cristiano viejo, sano, robusto, lego y de buen humor es el que debe desear para abuelo el hombre --- desengañado de estas fantasmas de la soberbia; que-- sea procurador, abujetero o boticario, todo es dro-- ga" (33).

Nada del pasado aprovecha, sólo las buenas costumbres; no existen requisitos materiales, la única exigencia es solicitada del espíritu: ser cristiano. Más tarde veremos cómo se presentan otros requerimientos, pero ya más arcanos y recónditos; predicará el estoicismo y la más profunda humildad.

Su Vida es la obra que más nos ilustra en este aspecto. El hombre viene al mundo a salvarse, conoce los medios que necesita para lograrlo y, por ser naturalmente malo, no lo hace. El, confiesa, -- fué bueno porque no le dejaron ser malo, y como él - el resto de los hombres. Para evitar las flaquezas - no hay más que un remedio seguro, amargo y violento: el castigo. Cuánto más rudo sea, más saludables serán sus efectos: "Los años, la prudencia, la honra y la dignidad, son maestros muy apacibles, muy des-- cuidados y muy parciales a nuestros antojos y apet-

(33) Vida, Ascendencia de don Diego de Torres, 29

tos; el zurriago es el maestro más respetuoso y más-severo, porque no sabe adular y sólo sabe corregir y detener" (34). La educación deberá comenzar en la niñez y no acabar hasta la tumba: "En toda edad necesitamos de las correcciones y los castigos... El maestro y la zurriaga debían durar hasta el sepulcro, que hasta el sepulcro somos malos" (35).

La vida deberá ser, pues, un proceso de educación cristiana que no tiene más que una salida: la salvación del alma. Este íntimo convencimiento le hacía despreciar en general toda cultura que no condujese a tal fin. Hay que sumar, además, cuál fue la cultura que pudo adquirir.

La sarta de disparates que aprendió en su mocedad le condujeron a despreciarlos en la madurez y a horrorizarse y abandonarlos en la vejez. De su repugnancia por una cultura decadente e inútil, incluso por aquella otra que él quiso introducir y que causaba furor en Europa desde hacía un siglo, nos habla con indiferencia: "Tengan sabido mis desafectos que yo sé algo; es verdad que muy poquito; pero esto poco me sobra y me embarga. Unos pingajos que tengo de medicina no los he menester para nada, porque ni la vendo ni la tomo ni la doy ni la consejo. Algunos arrapiezos de la física que agarré de los filósofos,

(34) Vida, Trozo segundo, 42

(35) Vida, Trozo segundo, 42

ni los uso ni los persuado ni los necesito, porque -
estoy de cierto de que en ellos no hay verdad, con--
veniencia ni capacidad en que se pueda resolver un -
ochavo de cominos. Otras raspas de jurisprudencia,-
que no sé de dónde se me han pegado, me sobran más -
que todo lo demás, porque ni armo pleito, ni lo recibo,
ni ofendo ni me defiendo: paz conmigo y quietud
con todo el mundo es la ley que me he puesto y a las
demás bajo la cabeza, doblo la rodilla y procuro guardar
sin interpretaciones ni comentarios. La matemática,
la música, la poesía y otras pataratas que andan también
conmigo, se las daré a cualquiera por menos de-
seis maravedís, de modo que, quedándome yo con mis -
zurrapas astrológicas, que me dan de comer sin daño-
de tercero, y me divierten sin peligro de cuarto, todo
lo demás ni me sirve ni me aprovecha ni lo esti--
mo, y el que quisiere cargar con ello, me hará una -
gran honra con quitármelo de encima" (36). Lo que -
más me sorprende es, en primer lugar, la diversidad-
de sus conocimientos y, en consecuencia, la superfi-
cialidad de todos ellos. Todo le inquieta y en to--
das partes aparece; no obstante, jamás se introduce
seriamente en disciplina alguna, todo queda en raspas,
zurrapas, pingajos. La misma intención de estos ca-
lificativos será llevada a los libros que encerraban
tan pobre cultura: "Los libros gordos, los magros,-

(36) Vida, Trozo quinto, 144

los chicos y los grandes, son unas alhajas que entre tienen y sirven en el comercio de los hombres. El - que los cree vive dichoso y entretenido; el que los- trata mucho, está muy cerca de ser loco; el que no - los usa es del todo necio. Todos están hechos por - hombres y, precisamente, han de ser defectuosos y -- oscuros, como el hombre.... Muchos libros hay bue- nos, muchos malos e infinitos inútiles. Los buenos- son los que dirigen las almas a la salvación, por me dio de los preceptos de enfrenar nuestros vicios y - pasiones; los malos son los que se llevan el tiempo, sin la enseñanza ni los avisos de esta utilidad; y - los inútiles son los más de todas las que se llaman- facultades" (37).

Esta decepción que sufre de la cultura pro viene de una experiencia personal. Primero hay que- colocar sus años en la Universidad de Salamanca, des- pués sus años mozos en los que se inicia al mismo -- tiempo en la astrología y las matemáticas; y resu--- miendo todas sus actividades, podemos aducir toda su obra a modo de explicación. Su aceptación de la --- ciencia moderna será examinada más adelante y veremos qué profunda contradicción presenta con sus ideas -- sobre el hombre y la misión de éste.

La pobreza y atraso de los conocimientos -

(37) Vida, Trozo primero, 34

se había filtrado hasta el público, por todas partes se extrañaba de "la sinceridad del vulgo", se espantaba de "la sencillez y credulidad de las gentes", - etc. Sus almanaques corrían por toda España haciendo la competencia a los Piscator italianos, picándose de que se creyese sólo a los italianos capaces de confeccionarlos.

Cuando pudo comprobar su triunfo en este terreno, sospechó de todo el conocimiento humano. Si la astrología era para él una farsa comprobada, las matemáticas, la poesía y las demás pataratas de que nos habla, no tardaron en seguirla. Así, cuando decida deshacerse de su librería, separará unos cuantos volúmenes, los únicos que no le habían defraudado y que podrán ayudarle en los últimos momentos: -- "La tercera parte de Santo Tomás, Kempis, el padre Croset, don Francisco de Quevedo y tal cual devocionario de los que aprovechan para la felicidad de toda la vida y me pueden servir en la ventura de la última hora" (38).

En Torres no resulta tan fácil como en --- Feijóo justificar una obra bastante voluminosa. Si no hubiese escrito más que algún "papel" que otro, - enredado en las controversias que levantaron sus almanaques, podrían ser juzgados como simples hijos de

(38) Vida, Trozo primero, 35.

las circunstancias; más catorce volúmenes, editados por suscripción popular, hacen pensar en otras cosas ajenas a las polémicas astrológicas.

Su obra "no tiene doctrina deleitable, novedad sensible, ni locución graciosa, sino muchos -- disparates, locuras y extravagancias, revueltas entre las brutalidades de un idioma cerril, a ratos su cio, a veces basto y siempre desabrido y mazorral" - (39). Si este es su juicio sobre sus propias obras, esperemos que sea una postura espectacular y exhibicionista, buscadora del escándalo con el fin de lograr una rápida difusión. Mas incluso asegura no im portarle lo que el lector pueda pensar, en los térmi nos más violentos y cínicos que encuentra: "Si te parece mal que yo gane mi vida con mi Vida, ahórcate, que a mí se me da muy poco de la tuya" (40).

No perdamos de vista que esto está en los prólogos y advertencias que preceden a su última --- obra. Llega aquí al tono más virulento de todos --- cuantos usara; pero también en otra obra, y no preci samente de tipo literario sino científico, en una -- respuesta a pregunta de los médicos socios de la --- Real Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza, que había abierto un concurso, toma la pluma para -- escribir que lo hace pensando en divertirse, y en --

(39) Vida, Prólogo al lector, 6

(40) Vida, Prólogo al lector, 6

poder parangonar su ignorancia con la de los demás - competidores. El desprecio que sentía por casi todas las obras de antiguos y modernos, había por fuerza de conducirlo al olvido y sobajamiento de las suyas. Para justificarse tenía que ser un cínico y no dudó en serlo: "Yo soy autor de doce libros, y todos los he escrito con el ansia de ganar dinero para mantenerme. Esto nadie lo quiere confesar. Pero --- atisbemos a todos los hipócritas, melancólicos embusteros que suelen decir en sus prólogos, que por el servicio de Dios, el bien del prójimo y redención de las almas, dan a luz aquella obra, y se hallará que ninguno nos la da de balde y que empieza el petardo desde la dedicatoria, y que se espiritán en coraje contra los que no se la alaban e introducen" (41). - Lejos estamos de aceptar esta explicación; podemos cargarla a cuenta de su autor preferido don Francisco de Quevedo que le comunicó ese amargo pesimismo, sólo en su aspecto formal. Don Diego de Torres será también escéptico, acre en sus juicios, estoico en su vida y en sus obras, desenfadado en el estilo, -- pero ya había sentido los aires nuevos que renovaban el sentido de la vida europea y será uno de los primeros en respirarlos y sentirse transformado en España.

(41) Vida natural y católica. Respuesta a la pregunta que hacen los médicos socios, establecidos en Madrid en la Real Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza. La cual es: ¿Por qué siendo el regular domicilio de las lombrices el canal intestinal, comúnmente producen picazón en las narices?, 319.

Una primera conclusión podemos sacar de las posturas de estos dos escritores y científicos del -- setecientos que se difunden y oyen antes de 1750. -- Por primera vez el escritor se aleja con intención -- evidente del cenáculo literario para enfrentarse con el público más amplio que se pueda hallar; no hay -- una intención artística pura ni una unidad formal y literaria de la obra. La unidad, escribe Feijóo, es tá en la voluntad. Villarroel lo dice casi en los -- mismos términos: "Y advierto al lector, que aunque -- le parezca que escribo doctrina para instruir a los -- muchachos; crea que también la doy para todos; pues -- yo sé que muchos de los que han estudiado la ciencia moral, ignoran la claridad y verdad con que he procu -- rado su explicación: mi estudio en este argumento y en cualquiera de los morales, será abatir el estilo, y no usar más figuras que aquellas que puedan dar -- mayor luz e inteligencia a los tratados" (42). El -- hecho de que en los escritos que tratan "de las facul -- tades" se empieza a usar el español es por sí un sín -- toma evidente de la intención de la obra emprendida -- por éstos.

(42) Villarroel, Vida nat. y cat., 149

Para Feijóo, el primer trabajo por realizar consistía en el logro de la muerte histórica de la Teología escolástica. Tenía que empezar su obra utilizando para evitar un primer conflicto, y por ello no la rechaza, cosa para él por mil motivos imposible (principal razón era su fe y su ortodoxo catolicismo), pero sí pide que se la considere cerrada, acabada por la conclusión de sus temas todos ya resueltos. En resumen, se le considera perfecta, y, por lo tanto, no susceptible de una nueva revisión. Fuera, pues, las disputas y las oposiciones entre las diferentes escuelas que exponen lo mismo y sólo porfían sobre "quién se explica mejor" (43). Se arrebató al hablar de estas polémicas, "¡qué lástima! ¡qué tiempo tan perdido! ¡qué rentas tan mal empleadas!"

A don Diego de Torres, picado ya por la vida aventurera tanto como por los aires nuevos provenientes del extranjero, aun en plena juventud, colegial del Trilingüe de Salamanca, la Teología se le presenta en forma análoga: algo insoportable, imposi

(43) Cartas, T. III, Carta IV, 26

bilitado para aportar novedad alguna. Un ejemplo sacado de su vida nos ilustra sobre este sentimiento.- Al salir del general de Teología se encara con su -- maestro que ha estado arguyendo durante toda la clase para preguntarle "si las patadas y las voces dejaron ya resuelta esa viejísima cuestión" (44). En la mente del doctor de Salamanca esta aversión iba indisolublemente unida a su desprecio por la universidad cuya estrepitosa decadencia le cupo en suerte presenciar.

Se rechaza la Teología escolástica, mas no de manera contundente. En primer lugar, se siguen aceptando las dos formas de conocimientos y, en segundo, se rechazan sus métodos pero no su contenido. En el primero de los discursos de su obra se cuida de establecerlo de la manera más clara posible, dejando esto cerrado a una posible polémica o impugnación:- "... dos puntos hay en la esfera del entendimiento:- la revelación y la demostración" (45). Corresponden, respectivamente, a los hemisferios de la gracia y de la naturaleza, que conducen al puerto de la verdad.- Su difusión es mucho menor de lo que podría suponerse: "Al polo de la revelación sólo se mira directamente en dos partes pequeñas: una de la Europa, --- otra de la América... El polo de la demostración só

(44) Vida, 85

(45) T.C.U., T. I, disc. I, 2

lo tiene inspectores en el corto pueblo de los matemáticos, y aun ahí se padecen a veces algunas declinaciones" (46).

Estos dos campos, cada uno provisto de sus campeones en el siglo que nos ocupa, necesitaban de una autoridad superior que los definiese y separase de modo tal que fuesen prevenidas de una vez para -- siempre las posibles disputas, o encuentros aún más peligrosos. El maestro de Oviedo recurre a una vieja autoridad española. Melchor Cano, uno de los filósofos que más ayudaron en la renovación de la escolástica hecha en los siglos XVI y XVII, tiene la solución en el libro 7, capítulo I de sus De locis theologis. El maestro dominico distingue tres clases de cuestiones o materias: las que tocan a la fe, las teológicas pero que no tocan a la fe y las que pertenecen a las ciencias naturales. Funda esta separación en seis razones de las que Feijóo destaca la cuarta: "Omnium etiam Sanctorum auctoritas in eogenere quaestionum, quas ad fidem diximus minime pertinere, fidem quidem probabilitatem facit, certam tamen non facit". A lo que el benedictino añade: -- "Si la autoridad de todos (los santos) juntos no funda asenso cierto, ¿cuánto menor la autoridad de la mayor parte de ellos? ¿cuánto menor la autoridad de

(46) T.C.U., loc. cit.

cinco o de seis? ¿cuánto menor la de uno solo?" (47). Así pues, en todo lo referente a las ciencias naturales la razón debe preferirse a la autoridad, ya que esta proviene "de los grandes hombres que florecieron en los siglos anteriores a nosotros", concluyendo: - "concedamos toda aquella deferencia que merecieron - como grandes; pero acordándonos siempre de que fueron hombres" (48). Sin embargo, la autoridad de los santos quedaba en cierta manera comprometida y Feijóo tenía que atajar los posibles desacatos futuros. Si bien no habían estado inspirados por el Espíritu --- Santo en el momento de tratar las ciencias naturales, de las que por otro lado se habían ocupado poco, no era necesario por ello sacar en público sin necesidad las opiniones en que los santos erraron, y si la necesidad obligaba, "el discurso se endulce con todas las expresiones de la más rendida reverencia".(49)

Esta marcha del pensamiento científico de Feijóo en nada se diferencia de los intentos que la mayor parte de los científicos venían haciendo desde Descartes por acordar verdad natural y revelada, razón y fé, ciencia y teología. Que el intento fracasara antes de que el siglo hubiese expirado por causa de un replanteamiento de las bases de la ciencia-

(47) T.C.U., T. VIII, disc. 4, 2

(48) T.C.U., T. VIII, disc. 4, 2

(49) T.C.U., T. VIII, disc. 4, 5

natural, quedaba fuera del alcance de las posibilidades de Feijóo. El fracaso de su pensamiento era el de centenares de intenciones análogas que trataron de armonizar términos que después fueron vistos como excluyentes por los resultados concretos que la ciencia aportaba e iba depositando a los lados de su ruta. Aquellos que habían querido conservar y mantener la necesidad de la religión, derrumbarían poco a poco sus murallas, cuando en realidad pretendían reforzarlas.

El misoneísmo era el movimiento opuesto. Se cerraba la puerta a la novedad, y de tal manera, el peligro quedaba alejado o, por lo menos, pospuesto. Era una postura negativa pero fácil y conservadora; la preservación de lo tradicional, de la Autoridad, la unión con el poder civil y eclesiástico -- hasta aquel siglo casi siempre unidos en España hasta identificar sus fines--, venía a construir una sólida unión que resguardaba la vida individual y colectiva de un sacudimiento que juzgaba fatal. Nada debía ser sacado a la luz si atentaba contra la gloria de Dios y, como toda novedad llevaba implícito el peligro éste, más valía no inventar ni descubrir, ni siquiera enterarse de si los demás lo hacían. ----- Villarroel así nos lo dice: "La novedad o nueva invención, séptima hija de la soberbia, es un apetito-

de hacerse el hombre descubridor, o inventor de cosas ocultas: este apetito se puede manifestar por acciones, por palabras o por escritos: ese deseo es regularmente pecado venial; pero pasará a ser mortal, por razón de la materia que se descubra, pues si ésta es contra la gloria de Dios o del prójimo será -- mortal, y con obligación de restituir el crédito, -- honor, fama o hacienda, si acaso peligró en la novedad" (50). Cuán diferente es esta postura de la de Feijóo, que apelaba a toda la tolerancia posible, a toda la comprensión que la buena voluntad había de permitir en beneficio precisamente de lo que condenaba don Diego de Torres, esa séptima hija de la soberbia, la libido sciendi, temida desde hacía siglos. -- El maestro benedictino no dudaba en acudir en busca de la ayuda que los herejes podían proporcionar en la ciencia. Ante los ataques del Padre Flandes, se encrespa y alza en defensa de Robert Boyle, el Físico inglés que es calificado por el mismo Feijóo de -- "hereje anglicano", pero del que posee cuatro tomos de física experimental que le sirven para desafiar a los académicos que seguían al Padre Flandes a que -- "encuentren en ellos una sola palabra que no pueda pasar indemne por todos los tribunales de la Santa Inquisición", alargando el desafío hasta englobar la obra teológica que aquel físico compuso (51). El ci

(50) Vida nat. y cat., 175

(51) Cartas, T. III, Carta IV, 18

tado padre proclamaba que en la copa dorada de la -- experimental filosofía se presentaba el veneno herético, lo que le hacía replicar al benedictino "¿no será mejor admitir la copa y derramar el veneno, --- que repeler uno y otro?" (52). Esta cerrada defensa que de la ciencia se hacía respondía, más que a los ataques que en ese momento se le enderezaban, al miedo de que un día toda ella fuera rechazada, viniendo de donde viniese. Y, en efecto, escribe acto seguido: "¿Pero es que no hay más libros de filosofía experimental que los que componen los herejes? De autores buenos católicos nos dan Italia y Francia innumerables". El miedo puede comunicarse y recusar todo libro procedente del extranjero, de manera que "con este fingido miedo de la herejía los quieren desterrar todos de España, y quieren que todos los españoles sean ignorantes porque no se conozca que ellos lo son". (53).

Esta postura verdaderamente filosófica en el sentido que este término tenía en el correr del -- siglo de las luces, no era general en España ni mucho menos. Por el contrario, sabemos cómo Feijóo pasó -- una vida de continuo batallar por alcanzar la difu-- sión de este pensamiento, y cómo se convirtió en el punto en que pros y contras se centraban. El caso --

(52) Cartas, T. III, Carta IV, 18

(53) Cartas, T. III, Carta IV, 18

del Padre Flandes es uno de tantos, tomado al azar.- Soto y Marne llenaría de una manera más clara y efectiva, el lugar de los opositores. El doctor Agustín Millares (54) ha hecho una lista completa de aquellos que lanzaron sus escritos en favor o en contra del benedictino de Oviedo, desde la publicación del primer tomo del Teatro crítico (3 de septiembre de 1726) hasta la publicación del quinto de las Cartas eruditas (20 de mayo de 1760), sumando estos escritos polémicos la cifra de ciento quince, de por sí reveladora. Varias causas confluían en ellos: primero, la autoridad que Feijóo tuvo, reconocida de amigos y opositores, incluso de sus enemigos; después el carácter enciclopédico de sus publicaciones que, difundidas por todo el campo del saber humano, proporcionaban materia de discusión a un público amplísimo; en tercer lugar, su necesaria agresividad polémica, su seguridad interior, motivo de disgusto de los opositores. Junto a él, fray Martín Sarmiento y el doctor Martín Martínez realizan una labor análoga y complementaria. Mas serán el Teatro y las Cartas quienes más nos acerquen al núcleo primario y verdadero del problema que la ciencia planteaba; cómo en España ésta se convertía más en un problema de conciencia que en un problema científico riguroso. Y por ello no debemos extrañarnos al encontrar, en la-

(54) T.C.U.-Clásicos de la Lectura, edición de Millares Carlo, Apéndice a la Introducción, 55/78.

primera mitad del XVIII en España, más un pensar --- sobre la aceptación de la ciencia, que un hacer ciencia. Se hará hincapié en los problemas que la ciencia traía aparejados respecto de otras actividades - del espíritu, se preguntará, no por la validez de -- sus métodos en el campo de su competencia, sino por las posibilidades que estos métodos tenían de lesar - aquello que precisamente no trataban, y ya hemos --- visto y más adelante expondremos con mayor amplitud, cómo Villarroel consideraba la ciencia por completo - superflua para el hombre.

En Feijóo no hay duda sobre si la ciencia - debe o no ser aceptada; es un modo de conocer la realidad física del mundo y no cabe el problema de aceptar o rechazar. Don Diego de Torres tiene, por el - contrario, la íntima necesidad de justificar su dedicación a la ciencia, y no la encontró jamás. Su actitud cínica, no era más que una confesión disfrazada de su impotencia ante tal problema. Se sintió -- arrastrado a hacer una labor científica, fue profesor (iy de matemáticas!) y, sin embargo, su obra, para él, no representaba más que una manera como otra - cualquiera de ganarse la vida; tanto valían sus almuques astrológicos como su cátedra en Salamanca.

La verdad única y última del hombre estaba en su salvación; es el problema que agrupa a todos -

los demás, que son aledaños, adventicios y aleatorios. Si sirven para ese fin último, son útiles; si no, deben ser rechazados. Azorín ve en la Vida natural y católica y más en especial en su subtítulo, Medicina segura para mantener menos enferma la organización del cuerpo y asegurar al alma la eterna salud, un --- resumen de todo el siglo XVIII español (55). Quizás sí sea un buen resumen, pero sólo de una parte de la opinión española. Hay otra que quiere salvar primero al hombre en la tierra, que no mezcla los problemas, sino que muestra un afán especial por separar-- los.

El cuerpo no es más que el soporte del alma y ésta es la que debe ser salvada; mas el soporte de be funcionar bien y llenar adecuadamente su función--secundaria pero necesaria. Para comprobarlo, escribió ese libro confuso, desordenado y, sobre todo, -- contradictorio. No se trata de contradicciones inci--dentales, producto de errores de percepción o de exposición debidos a la carencia de espíritu sistemáti--co; no eran simples contradicciones aparentes; se -- trataba de contradicciones que manaban de su mismo -- ser, de la contradicción que su vida misma era. No--encontró una posibilidad de acuerdo entre la tradi--ción que sentía y las nuevas ideas que vivió. Estas

(55) Azorín - Clásicos y modernos, 831.- Obras Com--pletas, vol. II, Editorial Aguilar, 1947, Madrid.

se podían separar, como lo intentó Feijóo, mas no se podían armonizar y, menos aún, unificar, como quiso hacer don Diego de Torres. Quedaba una nueva solución, que no tardó en aparecer y que el portugués --- Fidelino de Figueiredo bautizó acertadamente como el bajo pragmatismo, y que consistía, simplificando mucho la explicación, en aceptar los productos puramente materiales de la ciencia, desentendiéndose de su problemática. Don Diego de Torres lo intentó en --- algunos momentos, pero su más grande y típico representante fué el piamontés abate Denina, que examinamos en el capítulo II de este estudio. Además, ----- Villarroel despreciaba demasiado las actividades materiales del hombre para tomar a pecho las obras. Su enorme admiración por Quevedo, a quien convierte en una de sus obras en su Virgilio (56) le conducía al deseo de entroncar con un sentir estoico, ya completamente desplazado; pues si Quevedo había podido --- presenciar aún una época de preponderancia, de espíritu heroico militar, la absoluta decadencia de las armas españolas en el siglo XVIII no permitía ningún sentir de ese tipo. Le quedaba de Quevedo el amargo pesimismo y el acendrado catolicismo; las circunstancias históricas habían variado de manera radical. La vida humana sería, pues, para Villarroel, un conti--

(56) Sueños morales.-- Los deshauciados del mundo y de la gloria; sueño místico, moral y físico, útil para cuantos desean morir bien y conocer las debilidades de la naturaleza.

nuado pasar, mezcla de ambición, envidia, recelo y -
disgusto. Podía sintetizar diciendo: "lo que importa
para el cuerpo y para el alma es obrar bien, y no
buscar las razones del por qué de las cosas, porque-
perderás el cerebro si quieres preguntar, argüir o -
defender las operaciones de las ciencias; el arte de
obrar bien todos lo saben y éste es el que importa -
practicar y la alegría de tu conciencia prestará ro-
busta valentía a tu ánimo, y aliento fuerte a tu or-
ganización". (57). Para lograr el cumplimiento de -
este consejo, nada como alejarse del mundo, romper -
todos los nexos que a él unen al hombre: "Vale más -
ser vecino que corregidor, ser clérigo que obispo, y
por precepto general procura ser siempre filósofo y-
no político, y te asistirán las seguridades y la buena
templanza" (58). La unión de lo divino y lo na--
tural se realiza al través del hombre, y éste es lo-
que otorga sentido y validez a la vida humana. Lo -
primero es valioso de por sí, lo segundo -casi incog-
noscible, como ya hemos visto-, es valioso por reflejo
de lo primero: "Por precepto natural y divino es-
tamos forzados a mantenerla (la vida), huyendo de --
los peligros de la gula, de la lascivia, de la ira,-
y de todo tropiezo contra su conservación; porque si
cae en la enfermedad, como la providencia de la naturaleza
no la cure, no hay que mendigar a otra boti--

(57) Vida natural y católica, 27

(58) Opus, cit., loc. cit.

ca" (59). Y, de esta manera, el pragmatismo, bajo o no en este caso, irrumpe. La vida ha de ser conservada para un fin y por orden sobrenatural. La ciencia sólo tendrá un valor en sus resultados prácticos, únicos que interesan, únicos que pueden tener una conexión con lo humano. El pensar sobre ella y sus -- métodos, el participar en las polémicas entre cientí-- ficos, el pensar siquiera en hacer un problema de su validez, "el delirar sobre los sistemas", escribe -- más de una vez, todo ello constituía la marcha gra-- tuita hacia el peligro. Su posición tan arduamente-- defendida le deparaba una sorpresa: su libro fué -- condenado por la Inquisición. Esta condena fué la - inspiración de la página más patética de cuantas es-- cribió, la que nos permitimos copiar en favor de la-- mayor inteligencia de Villarroel: "Tan brumado como-- si saliera de una batalla, de lidiar con esta y otras horribles imaginaciones, llegué a mi cuarto, y co--- giéndome a solas, empecé a tentarme lo católico; y - me sentí, gracias a Dios, entero y verdadero profe-- sor de la ley de Jesucristo en todas mis conjeturas. Alboroté nuevamente a mi linaje, revolví a mis vivos y difuntos, y me certifiqué en que de los setecientos años a esta parte estaban llenos de canas y arrugas-- de cristiandad, y que todos habían sido bautizados, - casados, muertos y enterrados, como lo manda la Santa

Madre Iglesia. Sonsaqué a mi conciencia y pregunté a mis acciones, y no percibí en ellas la más leve nota que pudiese afear el semblante de la verdadera ley que he profesado con todos los míos; y viéndome libre de malas razas, de delitos y fealdades propias y ajenas, me afirmé con resolución en que yo no podía ser notado más que de bobo o ignorante, y en esta --credulidad hallé el desahogo de la mayor parte de --mis congojas. Yo quedé sumamente consolado, porque ser necio, ignorante o descuidado, no es delito, y -donde no hay delito, no deben tener lugar las afrentas ni las pesadumbres; además que estas condenaciones han cogido y están pescando cada día a los sa---bios más astutos y a los varones más doctos, y sobre éstos regularmente se arrojan las advertencias y los recogimientos; que a los que no escriben libros, ja--más se los recoge tribunál alguno; siendo creíble --que muchos cuadernos se mandan retirar, no por castigo de los autores, sino por no exponerlos a la malicia de los que los pueden leer. Con estas reflexiones, y consuelo de saber que habían caído en las ---honduras de estos descuidos e inadvertencias los mayores hombres de la cristiandad, me serené entera---mente y volví a abrigar en el corazón las conformidades y consideraciones que habían hecho sosegado y --venturoso a mi espíritu" (60).

No hay un dejo de ironía ni una palabra de rebeldía. Fue el primero en aplicarse lo que predicaba: el catolicismo por encima de todo: de sus ---- obras, de sus antepasados y de su vida.

VI

En el Renacimiento se habían descubierto-- y consolidado nuevas técnicas de observación y de -- experimentación, que se iban a constituir en los únicos medios de efectuar una comprobación segura de la ley del mundo físico. A la altura del XVIII la lu-- cha en contra de la autoridad, representada de mane-- ra exclusiva por la escolástica, parecía decidida en favor de la nueva corriente. Quedaban, sin embargo, unos edificios aún por destruir. Eran obstáculos -- puramente metódicos. Los filósofos del XVII, con -- sus construcciones filosóficas, los sistemas, resul-- taban en franca contradicción con los postulados de la ciencia que se abría paso en el siglo de las luces. Esos sistemas cerrados, completos, perfectos si se-- aceptaban los postulados únicos en que se basaban, -- capaces de ordenar, explicar y jerarquizar cualquier fenómeno natural, resultaban tan molestos como los -- construídos por la escolástica. Nos diferían de ésta más que en los principios en que se basaban.

Cualquier explicación generalizadora cons-- tituía un peligro y una fuente de errores que se --- irían agrandando a medida que se alejasen del punto-- donde se habían originado. Las construcciones que -

el estudio y la observación permitiesen elevar te---
nían que ser experimentalmente comprobables en todas
y cada una de sus partes. Sólo cuando esta operación
se hubiese realizado de una manera total, estaría per-
mitido intentar construir un sistema. El espíritu -
de sistema había de ser suplantado por el espíritu -
sistemático. Era la principal diferencia entre el -
pensamiento del XVII y el del XVIII.

Voltaire, en una carta que escribía a un -
corresponsal incógnito el 15 de abril de 1741, expo-
nía con la meridiana claridad que le caracterizó, y -
con su extraordinario poder de síntesis, las líneas-
principales del programa científico natural que la -
Ilustración se había trazado: "Si se quiere Ud. apli-
car seriamente al estudio de la naturaleza, permítame
decirle que hay que empezar por no hacer ningún -
sistema. Hay que obrar como los Bayle, los Galileo-
y los Newton; examinar, pesar, calcular y medir, nun-
ca adivinar. El Sr. Newton nunca edificó un sistema:
vio e hizo ver; jamás colocó sus imaginaciones en lu-
gar de la verdad. Lo que nuestros ojos y las matemá-
ticas nos demuestran, es lo que hay que tener por --
verdadero. De todo lo demás, no se puede decir más-
que: lo ignoro" (61). A continuación cita unos cuan-
tos ejemplos prácticos de este método.

(61) Voltaire, Lettres choisies, 110

Partiendo de la seguridad del conocimiento natural y rechazando todas las demás cuando se trataba del mundo físico, el científico debía marchar paso a paso por el mundo, en calidad de observador y - experimentador, no utilizando más instrumentos que - aquellos que le indicaba Voltaire, en perfecta consonancia con la naturaleza misma: pesar, medir, calcular, jamás suponer.

El resurgimiento que la Escolástica había tenido en España en los siglos XVI y XVII entorpecía la marcha de la nueva ciencia, ya que esta filosofía se consideraba capaz de una expresión exacta y - racional del mundo. Quizá más completa en su intención que la ciencia moderna, ya que ambos mundos, -- sobrenatural y natural, caían dentro de su competencia. Esto explica la necesidad que sentían algunos- espíritus de la separación de los dos campos del conocimiento, por desearse la primacía de Escuela en lo referente a la Teología, pero para cerrarle el paso de manera firme y decidida a su autoridad en el terreno de la ciencia natural. Quedó expuesto como Feijóo hizo esto.

Pero no por ese intento había desaparecido la autoridad de la Escuela en la ciencia española. - Esta se manifestaba por la presencia que ejercía en las universidades a las que dominaba de manera absoluta, y en la presencia del aristotelismo y de la fi

lososfía escolástica, por consiguiente sistemática, -
enemigos declarados de los nuevos intentos.

La crítica que Feijóo ejerció no necesitó-
esconderse ni disfrazarse, por haber logrado estable-
cer qué era aquello que atacaba de la filosofía esco-
lástica. Una vez hecho esto, no tuvo inconveniente-
en abrirse de manera clara y manifestar sus verdade-
ras intenciones. Como se dirige pura y exclusivamen-
te a los escolásticos, a los profesores escolásticos,
escribe: "Explicaréme más y siempre en términos es-
colásticos, porque los profesores, o desprecian, o -
no entienden a quienes no les hablen en su lengua" -
(62).

No cree Feijóo en un apego riguroso a entes
físicos individuales por parte de la ciencia: la --
condición de ésta se vería afectada en su esencia --
misma, "no hay -escribe- ciencia de los particulares".
Pero es el grado de abstracción que una ciencia ha -
de tener por fuerza lo que le va a conferir su vali-
dez. El defecto que encontraba en la ciencia practi-
cada por la Escuela radica precisamente ahí. "La fí-
sica, dicen los escolásticos, mira su objeto como --
abstracción de la materia singular; pero no de la ma-
teria sensible, ni de la inteligible. La matemática
mira el sujeto abstraído de la materia singular y de
la sensible, mas no de la inteligible; porque siendo
(62) T.C.U., t. VIII, disc. 13, 2

su objeto la cantidad, considera ésta, no sólo como--
prescindida de los singulares, mas también de la su-
jeción que tiene a los sentidos; pero no de su esen-
cial materialidad, como representable al entendimiento
"(63). En esta somera exposición que hace de los -
pensamientos ejes de la filosofía natural que practica
caban los profesores de la Escuela, es donde encuen-
tra el nido de errores, ser las abstracciones que em-
plean para comprender la física, tales como el -----
compuesto natural, la materia, la forma, el movimien-
to, etc., Son tan abstractos, que resulta que la --
materia singular es abstraída; y lo mismo ocurre con-
la sensible, que según él, es tan abstracta como la -
latitud, el círculo, el cuadrado, el cubo, el cilin-
dro, la pirámide, etc., que utiliza la matemática. -
La ciencia natural, por el contrario, había de descen-
der a lo particular: al hombre, al caballo, el águi-
la; al oro, a la plata, al cobre, a lo que él llama-
ba especies ínfimas. Por medio de las eternas abs-
tracciones de la escolástica, las explicaciones y --
quienes las daban "se quedan en la eterna superfi---
cie, -puntualizando- de las puertas afuera de la na-
turaleza". La importancia de la física estriba en -
la explicación de los fenómenos naturales por "el me-
canismo" (64). Las únicas explicaciones posibles ---
serán aquellas que aporte la experiencia", "que se --

(63) T.C.U., t. VIII, disc. 13, 2

(64) T.C.U., t. VIII, disc. 13, 2

tiene por la percepción de los sentidos", reclamando un nuevo bautizo de la ciencia por él realizado: --- "Luego, esa misma física científica de quien hablan- (los escolásticos), es física experimental" (65). -- Aristóteles mismo obtuvo todos sus conocimientos físicos de la experiencia, y de ellos le vinieron todas las ideas que tuvo sobre el ente natural, de sus principios, su generación y su corrupción, de la potencia, del acto, de las disposiciones para la forma, etc. Y para cerrar el ataque, escribe "que donde le faltó la guía de la experiencia, erró miserablemente" (66).

Mas no era el estagirita el culpable de la situación a que se veía reducida la física. El mal - se debía a que "cerca de dos mil años estuvieron los que se llamaban filósofos estrujándose los sesos, no sobre el examen de la naturaleza, sino sobre la averiguación de la mente de Aristóteles" (67). No puede ser más clara la formulación de los males que --- atribuía a la escolástica tan pronto como inmiscuía sus métodos en el campo de la ciencia natural.

"La naturaleza -escribe Feijóo- sigue la - idea de su Artífice, no la del hombre; y es gran --- teneridad del hombre presumir, que puede comprender la idea de su Artífice" (68). No resulta difícil

(65) T.C.U., t. VII, disc. 13, 2

(66) T.C.U., t. VII, disc. 13, 4

(67) T.C.U., t. IV, Corolario.

(68) T.C.U., t. V, disc. 11, 5

ver la intención condenadora del causa-finalismo --- científico; sólo Dios es capaz de comprender su obra de manera íntegra y, por consiguiente, la intención-humana no puede develarla, corriendo el peligro del-error aquellos que se obstinan en explicar el mundo-en sus últimos fundamentos. Al hombre no le es dado más que un conocimiento parcial del mundo físico, al cual no puede calificar de despreciable. Por el con-trario, es el más alto de todos, ya que "en la más -humilde planta, en el más vil insecto, en el peñasco más rudo se ven los rasgos de una mano omnipotente y de una sabiduría infinita" (69). Claro manifiesto -del Evangelio de la Obra: se alcanzan los grados -- más elevados del conocimiento al enfrentarse al mun-do natural, por ser éste obra divina. Del mismo mo-do que se estudiaba la Palabra divina revelada al -- hombre, éste podía conocer la obra de su Creador que tenía constantemente ante su vista. Había que ale--jarse de la cultura libresca, siempre farragosa y en-gañadora, y lanzarse a la observación de los entes--físicos: "En los libros teóricos se hallan estampa-das las ideas humanas; en los entes naturales las di-vinas. Decida ahora la razón, cuál es más noble" -- (70).

El hombre quedaba incluido en el marco de-
la Creación y, por estar dentro, podía conocerla; --

(69) T.C.U., t. V, disc. 11, 8
(70) T.C.U., t. V, disc. 11, 8

posee los elementos necesarios para aprehender y --- explicar ese mundo que se ofrece a sus ojos, a sus - manos, a sus sentidos todos. Estos corresponden a - la naturaleza, son los más adecuados y precisos y, si se saben emplear de modo certero, darán el resultado apetecido. Observación y experiencia, esas son las- dos armas que el hombre posee con absoluta seguri--- dad y las que debe usar de manera exclusiva. El he- cho de no emplearlas no las había hecho desaparecer; siempre habían existido, quizás llenando una existencia sórdida, precaria y oscura; el cultivo de las - mieses, el beneficio de los montes, la propagación - de los ganados habían sido perfeccionados por los -- rústicos aprovechando la experimental observación. - Es claro que para una mente ilustrada la razón no ha**ba** podía desaparecer en un determinado punto del - devenir histórico de la humanidad; el concepto intemporal que de ella se tenía la colocaba fuera de todo peligro verdadero. Por apagada que estuviese, des-- preciada y escarnecida, no podía dejar de brillar y- de indicar las vías verdaderas y seguras del conoci- miento. La idea de progreso que le había aparejado- surgía en el Siglo de las Luces en su máximo esplendor, con la luz de una victoria segura e incontrovertible. Ese progreso se manifestaba en las cortes, - en las academias, en las sociedades, en los cafés y en los salones; todo el siglo rivalizaba por entronizar- la en los más altos sitios. Feijóo sentía esa vic-

toria como algo propio. Si no se lograba en su patria, en el extranjero apabullaba en toda la línea a sus enemigos, con ayuda de las instituciones cultas, "y como entre todas son las más célebres la Academia Real de las Ciencias de París y la Sociedad Regia de Londres, fundadas debajo de la protección de los monarcas inglés y francés, se dice, que los príncipes Calindo y Anglosio, cuyos nombres se derivan de las voces latinas de los dos reinos Gallia y Anglia, favorecen mucho a Solidina" (71).

El peligro continuaba existiendo, aunque en menor grado. Era un peligro puramente metodológico. La realidad se abordaba por los sentidos, mas este conocimiento sensorial había de ser elaborado por la mente y en esa operación podían surgir los errores.- Para evitarlos, toda operación mental había de encontrar una corroboración experimental inmediata: "tímido el discurso, no se atreva a dar un paso sin la luz de algún experimento apropiado" (72).

Para conocer la realidad, el hombre tenía que rendirse a la experimental observación, so pena de extraviarse y encontrar sus imaginaciones en el lugar de la naturaleza.

En la elaboración de los datos sensoriales habían de participar advertencia, reflexión, jui-

(71) T.C.U., t. V, disc. 11, 2

(72) T.C.U., t. V, disc. 11, 5

cio y discurso. Un modo de pensar científico había sido dado por "el caballero Newton, ingenio de primer orden de la Sociedad Regia de Londres" (73). Y con ese método el científico no podía extraviarse. Sí, la experiencia podía desengañar, pero en ese caso la falla estaba en la falta de diligencia del observador o en carecer éste del ingenio necesario.

Así, cuando se ataca a la observación y a la experiencia porque éstas "no han desengañado lo que daña y lo que aprovecha" (74), el ataque proviene siempre de la experiencia y observación que se hallan consignadas en los libros; falla, otra vez, de los autores, de la condición humana: "El hacer -- observaciones fructuosas pide gran sabiduría, gran perspicacia y gran sinceridad, y estas prendas juntas no se hallan a cada paso" (75).

Consideraba Feijóo en estas materias a su siglo por encima de los que habían antecedido, y el noble entusiasmo que le invadía lo hacía extensivo a los científicos, sus contemporáneos. "Es verdad, -- escribe -- que entre los autores modernos algunos han trabajado en esta materia con mucho mayor cuidado y discreción que los antiguos" (76).

(73) T.C.U., t. V, disc. 11, 11
(74) T.C.U., t. I, disc. V, 10
(75) T.C.U., t. I, disc. V, 10
(76) T.C.U., t. I, disc. V, 10

- 75 -

La posición de Villarroel, en este punto, casi coincide con la del maestro de Oviedo; misma -- desconfianza en la cultura libresca y ansia irrefrenable de las comprobaciones experimentales. Las mayores y más acreditadas autoridades nada valían al lado de sus ojos, de sus manos, de su bisturí. En una de las tantas preguntas que las academias lanzaban -- al público para tratar de que fuesen resueltas por quienes en ellas se podían interesar, terció Villarroel, sin el desenfado y escepticismo de que le hemos visto hasta ahora hacer gala. En ella expone claramente sus métodos "...mi amigo tenía prevenido el -- huevo y el gallo y quebrantando uno y descarnando al otro túnica por túnica, lo desnudamos para escribir con más mecánica la noticia de esta generación (no -- fiándome de los libros solos), que en estas filosofías descubre más el cuchillo que el ente de cabeza, por parecerme que no será despreciable en la Academia de Paris (que sin duda se aventaja en las del -- orbe), habiendo de tratar de las razones de sus significados, describir antes el cuerpo orgánico; pues mal tratamos del alma del hombre sin la noticia de la material fantasma de su cuerpo, en donde tiene finita clausura el racional espíritu..." (77).

Esta desconfianza en las observaciones aje

(77) Vida nat. y cat. El fallo Español, respuestas dadas al conde de Meslay. ¿Por qué el gallo canta a las doce de la noche en Portugal y llevado a Francia canta a las mismas doce, siendo así que hay una hora de diferencia?, 397.

nas no implicaba por fuerza su ignorancia de las --- obras científicas que se habían publicado hasta el momento. La mecánica auscultación que realizó coincidía con las de Malpighi y Harvey, añadiendo algunos datos sacados de Plinio. (78)

Detalladamente narró de qué manera había llegado a ser médico. Treinta días cargando el barrerón para recoger las evacuaciones de las sangrías le habían dado un título. Es el primero en tomar en broma tales estudios, si así se pueden llamar. No paró en ello y desconfió siempre de todos los médicos, pero más aún a partir de aquella estancia en el hospital. Siguió con empeño en sus observaciones: "En mi fábrica he cursado la teórica de esta facultad, y al pie del cadáver y a la cabecera del enfermo he leído la estructura y debilidad de los cuerpos, con piadosa curiosidad. He frecuentado los hospitales de cualquiera pueblo, a donde me llevó mi inquieto destino. Por pobre no es despreciable mi práctica" (79). En esa práctica, en esas observaciones personales, en lo que en sus disecciones y auscultaciones había visto, basaba su arte: ¿Dónde si no? ¿en los otros médicos que eran espejos de ignorantes? ¿en las universidades? ¿en los libros? Contestó de manera clara y rotunda en este sentido: "... en las universidades grandes y chicas de España, no hay ar-

(78) Vida nat. y cat., 398

(79) Vida nat y cat., 11

te, vocabulario, principios ni enseñanza pública ni secreta donde se nos pegue algún resabio de esta utilísima novedad; ni los párvulos médicos se crían con otra leche que la avinagrada de las ustiones y putredines que chupan en los pechos rancios y blandujos - del Enríquez, el Riverio, el Sobremonte y el Pedro--Miguel de Heredia" (80).

Pero los sistemas se seguían abriendo paso. Los médicos se aferraban a Galeno o a Hipócrates, o a cualquiera de los que los habían comentado o glosado. Los sistemas modernos tan poco valían para ---- Feijóo y Villarroel como los antiguos, y, si la geometría había servido a Descartes para lograr una explicación racional del mundo sensible, en el XVIII algunos sistemas se empeñaban en poder racionalizar la medicina por medio de esa misma geometría. El profesor de Salamanca salta de indignación en contra de este sistema: "Vmd. dirá también que este geómetra físico y matemático debe indispensablemente estar -- instruído en la medicina práctica mecánica; de modo que tenga bien palpadas las figuras, bien avizorados los ángulos, bien conocidas las propagaciones, y --- bien seguidos los movimientos de la humanidad, y que no se le escapen de su trato y conocimiento las tretas, astucias y zambullidas del género fibroso, para

(80) Vida nat. y cat., 316

para que no se deje engañar de sus hinchazones, ----
desmadejamientos y encorvadas; y finalmente que sepa
descubrir todas sus máximas escondidas en las dos --
voces de atonía y espasmo, que en nuestro castellano
puro quiere decir arrugado y extendido, corvo y tie-
so; y en otra lengua rígido y lánguido, crispatura y
laxitud: y que yo no soy médico ni practicante, ni -
entiendo una palabra de esta reciente jerigonza; y -
yo diré que no lo niego, y aseguro que si la Socie--
dad pide todas estas gullerías, se quedará sin diser--
taciones; porque ni entre los sabios que la componen,
ni entre los doce mil o más médicos que hay en Espa--
ña (echando fuera los comadrones, curanderos, porta--
jeringas y otros agonizantes hambrientos que tunan y
engullen con nuestras destemplanzas, antojos y credu--
lidades), no hay uno que pueda hacer una oración de--
primera de activa en este idioma" (81). Además, es--
tos sistemas obligaban a la reducción a principios -
que experimentalmente resultaban improbables (que
sepa descubrir todas sus máximas escondidas en las --
dos voces) de todos los datos que la observación ---
aportaba y que la experiencia confirmaba, cosa a to--
das luces imposible.

Los sistemas eran, pues, el último reducto
por vencer, al constituirse en enemigos irreconcilia--
bles de la experimentación. Para fines del siglo --

(81) Vida nat. y cat. Respuesta a la pregunta que --
hacen los médicos socios, etc., 318.

aparecía en Francia la obra que resumía toda la crítica hecha en contra de tales construcciones; todos -- aquellos autores que pretendieron explicar el mundo a partir del pensamiento, los que pretendían haber gobernado el mundo desde sus gabinetes o desde la cama, quedaban condenados. Descartes, Leibnitz, Spinoza, Malebranche, eran a quienes se dirigía la parte principal de la censura por ser los más destacados representantes de aquel modo de pensar. Eran culpables de desviar el conocimiento de sus verdaderos métodos, y el extravío había tenido que ser corregido por la filosofía natural del siglo de las luces. Condillac, en su Traité des systèmes, no hizo más que recoger y exponer sistemáticamente la crítica que se había gastado a lo largo de una centuria.

El método debía ser invertido en lo referente a la investigación natural. En lugar de asentar los fundamentos en uno o varios principios irreducibles capaces de explicar por sí solos todas las partes del sistema que informaban, toda ciencia se encontraba en la obligación de establecer primero los hechos particulares, comprobándolos por medio de la experiencia y sacando sólo de ésta posibles deducciones que habían de ser comprobadas experimentalmente a su vez. La ruta era la más ardua por los dominios que la ciencia encontraba: el campo del estudio experimental era infinito.

Feijóo se unió de inmediato a esta nueva teoría, rechazando a Descartes, Gassendi, Maignan y a todos los que pensaron como ellos en el campo de la física experimental. La luz de la ciencia venía de Inglaterra, en la obra de un gran científico Bacon, "... hay un gran cuerpo de filósofos experimentales, los cuales, trabajando conforme al proyecto de Bacon examinan la naturaleza en sí misma, y de la multitud de experimentos combinados con exactitud y diligencia, pretenden deducir el conocimiento particular de cada mixto, sin meterse a formar sistema universal". (82). Y formulando a partir de los axiomas particulares otros más comunes, ir ascendiendo hasta "los generalísimos"; y "acaso cuando venga el fin del mundo no se habrá llegado a la mitad del camino" (83).

Al resumir las ideas que de estos dos españoles setecentistas hemos expuesto en este capítulo, nos encontramos con dos posturas verdaderamente modernas en cuanto a los modos de investigación se refiere, pero ambos profesores divergen en el camino que los conduce al campo científico y en la finalidad que encuentran en la ciencia natural.

El espíritu feijoano representa la verdadera modernidad; la ciencia es la única forma de verdad que del mundo natural se puede poseer. Está, -----

(82) Feijóo, T.C.U., t. IV, disc. 7, 14

(83) T.C.U., t. IV, disc. 7, 14

además, completamente divorciada de la religión en cuanto a la forma de conocimiento. Los contenidos, científico y religioso, tienen un solo punto en común; ambos son obra divina, Verbo y Obra de Dios. Y en nada deben interferirse o estorbarse si cada vía de conocimiento se mantiene en su cauce.

La ciencia, además de su finalidad propia, debe tener una labor social, se constituye el elemento catártico que desde hacía más de un siglo se necesitaba. El ambiente que encuentra la condesa d'Aulnay, o el que se desgaja del Teatro crítico o de las Cartas, no difieren en lo fundamental: el mismo espíritu racionalista observaba una sociedad que en muy poco había variado. La superstición, la superchería, la milagrería y, en general, todo aquello que para una mente extremadamente racionalista o racionalista a secas es el error. Ciertamente es que Feijóo se detiene frente a los dogmas del catolicismo y ni en un momento se permite diferir: en general, guarda un silencio absoluto. Pero se afana por encontrar aquella frontera en donde empezaba la materia opinable, lo que podía ser juzgado, criticado y racionalizado, lo que era susceptible de pasar por la criba de la experiencia, lo que la mente podía aceptar o rechazar con la ayuda sola de la luz natural.

El peligro en que Feijóo incurría es evidente. Empeñado en una batalla en que se proponía el aniquilamiento sistemático del error, no pocas veces tiene que perseguirlo hasta en lo religioso, y si por lo general este error es fácilmente demostrable, la materia en juicio había que tratarla con todo miramiento y deferencia. Labor purificadora, pero, insistimos, peligrosa hasta el extremo.

Hemos visto cómo el maestro de la orden de San Benito consideraba casi imposible agotar el campo del conocimiento natural; ni siquiera se conocían los horizontes hasta donde abarcaba. Es natural, -- pues, que su obra tenga un carácter fragmentario, una unidad de intención y una heterogeneidad de forma. -- Su espíritu moderno se trasluce al través de su intención científica y racionalista, de su forma: el ensayo de su idioma: el español, al alcance de todos sus contemporáneos, y también en su anhelo último, -- el educativo.

El profundísimo escepticismo de Villarroel le llevó a abordar la ciencia con una intención diferente. Esta no podía más que ayudar al sostenimiento de la máquina corporal que no poseía en sí más -- que una misión secundaria: ser el soporte del alma, -- lo único valioso que el hombre posee y que debe ser, además, su única preocupación. En la salvación del alma deben confluir todos los esfuerzos, los desve--

los y los cuidados. Nada de extraño tiene, en consecuencia, que en sus obras predominen consejos prácticos que ayudarán al mantenimiento del cuerpo; huir de la gula, de la lascivia, por ser éstas enfermedades que tanto dañan al cuerpo como al alma. Mas junto a estos consejos se desliza una desazón y una inquietud constantes, el malestar de estar orillando el peligro en todo momento. La ciencia y más que -- ella la libido sciendi, esta nueva invención o apetito de descubrir, se arriesgaban a lesar a la religión. Hacer ciencia, realizar una labor científica, no traía el peligro aparejado; pensar científicamente, sí.

Alejarse de él era una solución, pero ésta no podía ser completa ni íntegramente satisfactoria. Una amplísima experiencia personal le había puesto en presencia del principal daño que resentía España: la credulidad del vulgo. Y si Feijóo ponía la intención de su obra enfocada sobre un producto humano, - el error. Villarroel enfocaba la suya al hombre mismo: a su credulidad. Este hombre, claro está, era el español de su momento. Y no es un fin puramente científico quien le dirige; hay un deseo de liberar al hombre de aquello que le impide conocer la verdadera creencia, la más rigurosamente ortodoxa. Esta credulidad encontraba su jugo nutritivo en la ignorancia: "La prontitud devota de nuestro espíritu y ---

crianza, la poca detención para el conocimiento de nuestra máquina corporal, y la mucha miseria de nuestra filosofía, nos arrojan a empujar hacia la banda de los milagros infinitos sucesos que tienen su derivación de la naturaleza solamente" (84).

Tuvo dos caminos frente a sí para elegir.- Uno, la renuncia al mundo y el puro cuidado de salvar su alma; otro, arriesgar su salvación por ayudar a quienes lo necesitaban: hacerse científico, emprender una obra reformadora y educadora. Fue éste el que emprendió y el que siguió toda su vida, lleno de sobresaltos, de temores, carente de aquel seguro convencimiento, de aquella tranquila confianza que acompañaron a Feijóo en todo momento.

(84) Vida nat. y cat., 328

SEGUNDA PARTE

CRITICA Y TRADICION

I

En 1721 aparecen en París dos extraños indi
viduos. Son unos persas que llegan a la capital de -
la monarquía francesa de manera imprevista y que, con
su extraño modo de pensar y su desconcertante presen-
tación se adueñan de los corazones franceses. Lo ha-
cen en el libro y lo hacen en la realidad. Las car--
tas que Usbek y Rica envían a la lejana Persia son --
multiplicadas por las prensas a una velocidad de vér-
tigo. Los libreros, los editores piden a los escritores
que les hagan cartas. Y es una petición angus---
tiosa y urgente: el público se ha encaprichado y ya-
no quiere otra cosa salvo estas cartas de extranjeros
que llegan a Europa de todos los puntos de la rosa de
los vientos, de extraños países de aun más extrañas -
costumbres. Envueltos en abigarradas indumentas, vie
nen provistos de una manera clara y precisa de pensar:
razonan. Muchas veces no han tenido educación alguna,
no han pisado escuela ni universidad de ninguna cla--
se, no han estado nunca sentados frente a venerables-
togados que les hayan enseñado a distinguir el bien -
del mal y la verdad del error, pero están provistos -
de la luz natural que discrimina más que todos los --
libros juntos. Analizan, escrutan, sacuden y exami--
nan a la alegre, optimista y confiada sociedad de los

tiempos de la Regencia. Nada es respetado, ni lo -- fuerte ni lo antiguo ni lo venerable. Estos epíte-- tos nada les dicen: la religión, las costumbres, -- los hogares, las familias, las creencias, las univer-- sidades, los tribunales, la magistratura y el clero, los comerciantes, los artesanos y la canalla popular, la vida en todas sus manifestaciones y formas: el -- amor, la creencia, la envidia, la valentía, el honor y el deseo de fama, todo, absolutamente todo pasa -- por la criba. No hay reglas morales ni didácticas, -- no se salva ni se anatematiza: Usbek y Rica ven que -- algunos hombres son felices y otros desgraciados. -- Los primeros son los razonables; los segundos, los -- crédulos. Todo se ha hecho con ironía y sencillez. -- Pero la sociedad francesa, y la europea en general, -- ha quedado desmenuzada: los "derviches" son unos -- impostores; los matrimonios, una farsa; las institu-- ciones más anticuadas y veneradas, una manera más o -- menos discreta de encubrir la rapiña y voracidad de -- los gobernantes que son apoyados por los derviches; -- la religión es un consuelo para uso de todo el mundo que si se toma muy en serio convierte a los hombres -- en unos maniáticos que parecen locos.

Tan misteriosamente como los persas habían llegado a París se presenta en Londres un chino, --- Luan Ching Alting, que hace exactamente lo mismo que Usbek y Rica. Igual operación de desmenuzamiento, -

igual sátira de los valores convencionales que no -- hallan apoyo más que en una tradición tan convencio-
nal como los mismos valores. Oliver Goldsmith no --
cede en su crítica a los atrevimientos del barón de --
Montesquieu. Voltaire interviene y corre hasta el --
Canadá en busca de un extranjero que aún no haya pi-
sado Europa. Un hurón al que también llama Ingenuo,
etimológicamente, libre, desembarca en las playas --
normandas. No escribe cartas pero tiene que aguan--
tar las incongruencias de los católicos y la impuls*u*-
vidad de los jansenistas. Su amor no puede fructife-
rar en un mundo comido de prejuicios y violencias. --
Termina en los ejércitos del rey matando a sus seme-
jantes, con lo que se naturaliza europeo: ya es tan
desgraciado como los tristes habitantes de ese rincón
del planeta. ¡Adios, ingenuidad! ¡Adios, bondad!

El marqués de Argens tiene que recurrir al
pueblo de Israel y nacen las "Cartas judías". Siame-
ses, turcos, persas, chinos, hurones, iroqueses, ju-
díos y marroquíes recorren Europa. Aquellos pueblos
casi no recelaba la mente europea del siglo XVIII --
irrumpen, y critican cuanto se presenta a sus atóni-
tos ojos. No importa de donde vengan, siempre harán
lo mismo: discriminar con sencillez, ultrajar con --
tranquilidad, insultar sin rencor; en general, se li-
mitan a no comprender, porque aquello que no contri-
buye a la conquista de la felicidad humana es incom-

previsible. ¿Por qué perdura? Pues eso es lo que no entienden. ¡Que contrasentidos no se encontrarán en la vida de los europeos! Se es desgraciado en la tierra para ser feliz en el cielo, y la gente acepta esto sin tener la seguridad de que el cielo existe: -- contrato oneroso que hay que deshacer. Pero antes -- hay que acabar con los mantenedores del contrato: -- los "derviches" que se aprovechan de todos los artículos y cláusulas para hacer su agosto. Y hay que lograr también la destrucción de sus casas de contratación, monstruosos edificios levantados en los siglos góticos, cuando los pueblos septentrionales y bárbaros hicieron el máximo alarde de su mal gusto. -- La misma suerte debe correr el pavoroso modo de estudiar que los "derviches" inventaron en la edad tenebrosa, la escolástica, que comprobaría todos los absurdos, todas las monstruosidades, todas las aberraciones que concluyen siempre en un convenio leoninofavorecedor de los monjes. Hay que destruir todo el pasado, toda la tradición, todo aquello que la razón no pueda justificar de inmediato. Lo que, por el -- contrario, se puede justificar por la razón, lo valioso, lo útil, hay que recopilarlo, ordenarlo y graduarlo sistemáticamente. Las cabezas más claras del siglo de las luces ponen manos a la obra.

Es una labor agotadora, se trata nada menos que de compilar toda la sabiduría y demostrar que lo

es. Hay que reunir todas las adquisiciones que el hombre ha hecho en la ciencia: en el arte, en los --oficios. No hay obstáculos insalvables para los enciclopedistas, ¿que el gobierno del rey de Francia --no permite la publicación de la obra emprendida en --el territorio sometido a su autoridad? Muy bien, al lado está la libérrima Suiza que hace años lucra del mismo modo que sus amigos los holandeses con el co--mercio de libros prohibidos y perseguidos. ¿Que no --hay dinero suficiente para pagar a los colaboradores? Tampoco importa; éstos, inflamados, entusiastas y des--prendidos como apóstoles que son, pasan horas, días, meses y años trabajando a cambio de cantidades misé--rrimas. Es una obra evangelizadora la que se reali--za y nada hay que pedir; si el beneficio es para la--casa editora, ¡qué se le va a hacer!

En 1751, en Lausana, los esfuerzos conjun--tos de D'Alembert, Diderot, J.J. Rousseau, Voltaire, --Montesquieu, Helvétius, d'Holbach, Duclos, Buffon y --Dumarsais, daban a luz el primer volumen de la -----
Enciclopedia metódica o Diccionario razonado de las--
artes y las ciencias. Mornet juzga así esta apari--ción: "...la intención de la Enciclopedia era profun--damente nueva. Era un diccionario, como lo decía el título, razonado y tanto en el prospecto como en el--prefacio explicaban claramente la intención de la --palabra. Para un francés del siglo precedente, la --

razón humana o la inteligencia entera no eran nada... No podían tener más que una utilidad práctica para la vida de este mundo; pero qué era la vida de este mundo sino un paso donde no se debía pensar más que en la vida eterna. Poco importaba, por consiguiente, que hubiese, de una generación a otra, más o menos inteligencia; el único punto que contaba era que hubiese más fé y más moral cristianas, y se concedía gustosamente que hubo más inteligencia en los antiguos y que no había habido, pues, progreso al través de los siglos. La disputa de los antiguos y los modernos marca una primera vuelta al punto de vista humano, al creer en la importancia y en la realidad del progreso. La intención de la Enciclopedia proclama con fuerza que el destino de la humanidad no es volverse hacia el cielo, sino progresar en este mundo y para este mundo, gracias a la inteligencia y a la razón. A un ideal místico opone un ideal realista.- Es más: demuestra la realidad y la eficacia de este ideal. Hace el balance de los progresos logrados y, a su través, la promesa de progresos futuros" (1).

Pero la Enciclopedia siguió aumentando, -- los volúmenes se amplían, se admiten nuevas materias, el espíritu polémico se insinúa con mayor fuerza en sucesivas ediciones. Lo que en la primera edición se esbozaba se empieza a escribir con todas las le--

(1) Mornet. Les origenes intellectuelles de la Révolution Francaise, 76

tras. La lucha en contra de las fuerzas que se oponen a la luz de la razón, al "bon sens" adquiere caracteres violentos; ya no se polemiza sino que se intenta destruir.

¿Dónde sino en España estaba la madriguera del oscurantismo, del catolicismo, del escolasticismo, de la superstición y del fanatismo que son otros tantos obstáculos que impiden al hombre alcanzar la felicidad? Los ataques se van centrando sobre la -- península escolástica. En 1782, en el tomo 71 de la Enciclopedia metódica, Nicolás Masson de Morvilliers, un desconocido, escribe: "Hoy Dinamarca, Suecia, Rusia, Polonia misma, Alemania, Italia, Inglaterra y Francia, todos estos pueblos enemigos, amigos, rivales, todos rinden una poderosa emulación por el progreso de las ciencias y de las artes. Cada uno medita conquistas que debe repartir con las otras naciones. Pero ¿qué se debe a España? ¿qué ha hecho ella en dos siglos, en cuatro, en diez, por Europa? Hace recordar hoy a esas colonias flacas y desgraciadas - que necesitan, sin cesar, el brazo protector de la metrópoli; tenemos que ayudarla con nuestras artes, - con nuestros descubrimientos, seméjase aún a esos -- enfermos desesperados, que no sintiendo la gravedad de su mal, rechazan al brazo del médico que les trae la vida" (2).

(2) Citado por J.J.López Ibor en El Español y su complejo de inferioridad. Ediciones Rialp, Madrid, 1951, I, 39

Esta censura, aunque salida de un pluma de quinto orden, representaba el sentir general de los ilustrados. Incluso de una parte de los ilustrados españoles. No era una situación presente la que se censuraba; por el contrario, España había levantado un poco la cabeza en el siglo XVIII gracias a los Borbones, dinastía francesa. Era todo el pasado español el que salía a la palestra y el que debía ser -- analizado a la luz del nuevo modo de pensar. Justificaciones escolásticas las había por centenares y -- de nada servían. Había que examinar a la luz de la razón, con relación a los nuevos valores, especialmente de aquel que la Ilustración ponía por encima -- de todos los demás: el progreso. La humanidad entera había concurrido al avance de las ciencias y las artes, en las que se reflejaba el espíritu. ----- Condorcet, Turgot, Voltaire habían esbozado esos --- grandes cuadros donde se podía seguir la marcha del espíritu; se veía cómo la razón se había abierto camino poco a poco y en el siglo XVIII había florecido con toda intensidad. Jamás luz más clara, más pura, había bañado este mundo.

En la obtención de esa luz poco o nada había participado España. En los años en que la Enciclopedia se publica, los ilustrados consideran que -- la península sigue en la oscuridad escolástica. Poco miran las intenciones de los Borbones y sus minis

tros, el magnífico auge del despotismo ilustrado;---
las universidades son escolásticas, gran parte de --
los estudiosos aún se aferran a manías góticas, bár-
baras, que han desaparecido del mundo culto y civili-
zado. Además, ¿no se publican libros como los de --
Zevallos, Hervás y Panduro, Cortiñas y Sánchez y So-
to, no siguen haciendo las más desmedidas apologías
del saber tradicional?

España queda dividida en lo más íntimo:
hay un bando tradicional, "escolástico", religioso -
y antiilustrado; otro se inclina abiertamente por --
Francia y su cultura, traducen obras francesas o las
parafrasean malamente, logran la supresión del tea--
tro nacional de los siglos de oro de todas las esce-
nas, se afanan en la lucha en contra de lo gótico, -
lo bárbaro, lo septentrional. En tercer lugar, que-
dan aquellos que no pueden ni quieren adscribirse a
ninguno de los grupos anteriores. Los que comprenden
que no se puede renunciar por completo al pasado por
ser parte constitutiva de su ser, pero que se sien--
ten incómodos dentro de él, que se ahogan en la es--
trechez de las formas convencionales que con el pre-
texto de tradicionales se les quieren imponer. Raro
fué aquel español culto que en el siglo XVIII no tu-
vo que volverse hacia su pasado para explicárselo, -
para entenderlo y asimilarlo, en una palabra, para -
intentar superarlo. Y lo hicieron guiados por las -
premisas historiográficas de la Ilustración. Ni te-

nían ni conocían otras. Las concepciones históricas de la Ilustración fueron aceptadas, pero, eso sí, -- se desvió su intención, se trató de cambiar el resultado del análisis y condenando, intentaron salvar. -- Es pura y simplemente una maniobra. Al lado de la obra historiográfica brota un género diferente, la crítica: (3) labor puramente discriminadora que to-

(3) Eruditos a la violeta, 100.- Domingo, Séptima -- lección. Miscelánea.- Instrucciones dadas por un padre anciano a su hijo que va a emprender sus viajes. "Antes de viajar y registrar los países extranjeros, sería ridículo y absurdo que no conocieras tu misma-tierra: empieza, pues, por leer la historia de España, los anales de estas provincias, su situación, producto, clima, progresos o atrasos, comercio, agricultura, población, leyes, costumbres, usos de sus habitantes; y después de hechas estas observaciones, apuntadas las reflexiones que de ellas te ocurran, y tomando pleno conocimiento de esta península, entra -- por la puerta de los Pirineos en Europa". Recomienda a continuación que se viaje por Francia, Inglaterra, los Países Bajos, las cortes del Norte e Italia.

"Después, restitúyete a España, ofrécete al servicio de tu patria; y si aun así fuese corto tu mérito o fortuna para colocarte, cástate en tu provincia con alguna mujer honrada y virtuosa y pasa una vida tanto más feliz, cuanto más tranquila en el centro de tus estudios y en el seno de tu familia", 103.

"La crítica es, digámoslo así, la policía de la república literaria. Es la que inspecciona lo bueno y lo malo que se introduce en su dominio. Por consiguiente, los que ejercen esta dignidad, debieran ser sujetos de conocido talento, erudición, madurez, imparcialidad y juicio; pero sería corto el número de los candidatos para tan apreciable empleo, y son muchos los que lo codician por el atractivo de sus privilegios, inmunidad y representación. Meteos a críticos de bote y boleo", 105.



ma como objeto el presente ^{FILOSOFIA} ~~que~~ sólo acude al pasado para aclarar alguna situación incongruente o inexplicable por sí sola. Su objeto principales, de todas maneras, lo contemporáneo: la moral, la moda, la forma de vida, el defecto temporal y pasajero. Tiene una labor depuradora por realizar y su mejor arma es la sátira.

Apologistas, críticos, historiadores, ninguno cumple un papel definido. Suelen además ser poetas, dramaturgos, humanistas, y estas actividades van a mezclarse con las anteriores; productos multiformes, en general equívocos, no encuentran un marbete con que definirse. Son escritores en la más amplia acepción del término y su principal ocupación radica en la disputa, en la controversia, en la guerra literaria. En estas luchas se perdió lo mejor de su obra; folletos, libelos, memoriales, panfletos, ataques y contestaciones, sátiras y réplicas absorbieron la mayor parte de sus esfuerzos.

Historia y crítica se identifican en gran parte de la obra historiográfica que la Ilustración produjo. La Historia no es una pura instancia explicativa en la que se intenta aprehender el acontecer humano; en primer lugar, todo aquello que la razón condenaba en el mundo europeo del XVIII, era condenado también en el pasado; las fuerzas irracionales, la --

parte del hombre que se mantenía irreductible a la -- razón no era siquiera examinado. De la misma manera-- que la historiografía providencialista había seguido-- una sola línea al través de la Historia -la del pueblo elegido-, la historiografía ilustrada buscaba y expo-- nía la línea de la razón. Voltaire corría hasta la - Prehistoria, y la seguía pacientemente hasta la Edad-- Media, con genio, con verdadero espíritu de historia-- dor; Montesquieu encontraba los fundamentos -principios los llamará- de las acciones de los hombres y trazaba un magnífico cuadro de las sociedades; mas falta en - él lo principal, un elemento dinámico, la Historia es inerte. Gibbon entroniza también a la razón y en sus ruinas hunde al Imperio Romano. Una conclusión nos-- interesa sacar por encima de todas las demás que se - pueden extraer. Por todos, o casi todos, los histo-- riadores ilustrados se condena a la Edad Media; el -- anatema es aún más sombrío sobre lo que de ella perdu-- ra. Epoca negativa, si las hubo, de predominio de los monjes, de escolasticismo, de barbarie en la sociedad, en el arte, en la ciencia, de reyes salvajes y pueblos embrutecidos, época de infelicidad. Los intentos com-- prensivos como el de De la Curne de Sainte Palaye pa-- saron inadvertidos (4). Hubo que esperar al Romanti-- cismo para que, interesándose én el Cristianismo que-- tan fustigado se había visto en el Siglo de las Luces

(4) Meinecke. El historicismo y su génesis, 165

se volviesen los ojos a esa edad que ya cargaría con el título ominoso que en el XVII se le había colgado; media porque era la oscuridad entre dos luces, entre el siglo de Augusto y el de los Medicis, que eran dos de los cuatro en que Voltaire habría querido vivir.

A España no sólo se le acusaba de su participación en la Edad Media, al fin y al cabo toda Europa la había vivido. Dos italianos, Tiraboschi y ---- Betinelli, la culpaban, además, de haber introducido el mal gusto en las letras latinas; había sido culpable de la decadencia literaria de Roma. Y este mal gusto seguía durando. Bastaba mirar a su historia -- para comprobar que en ningún lugar de Europa el oscurantismo había tenido más secuaces--; en el siglo ---- XVII se había permitido revivir lo que se había condenado en toda Europa: la escolástica, los sistemas, todo lo que impedía la difusión de la razón, lo que obstruía el camino del hombre en marcha hacia la felicidad.

Estas acusaciones eran obra de todo el siglo, pero el bofetón que Masson de Morvilliers le propinaba en el tomo 71 de la Enciclopedia fué el que inició la polémica que se convertía, por parte de algunos españoles alentados por su gobierno, en apología y justificación del pasado; por otros, en la tranquilidad que da el conocer la verdad y aceptarla, que era lo mismo que renunciar al pasado, realizándolo como un -

deber moral; para otros, simples observadores de una-
contienda en la que no participan, es la confirmación
de una decadencia absoluta de su país a la que propo-
nen algunos remedios.

II

Estas divisiones arbitrarias con las que -- catalogábamos a los españoles, no son más que un in-- tento por empezar a definir las posturas del coronel-- don José Cadalso y del eruditísimo don Juan Pablo --- Forner. Ninguno de los dos puede ser asignado a gru-- po alguno, ni puede recibir una etiqueta que le defi-- na y designe con una sola palabra: ni son tradiciona-- listas, porque otros lo son de manera más radical, ni ilustrados, porque no se les puede colocar al lado de Voltaire, de Hume o de Grimm, a los que combaten. Son apologistas de ocasión; a veces como Forner, asalaria-- dos. Son cristianos y, sobre todo, viven en España,-- que no participa plenamente del pensamiento ilustrado. (5). Cuando ellos deciden unirse a la gran corriente que prevaleció en Europa, lo hacen manteniendo reser-- vas y distingos sin cuento: tienen un pasado, una -- historia que no les permite adherirse incondicional-- mente a la Ilustración. Las Luces les servirán para-- iluminar algunos aspectos de su mundo; otros permane-- cerán en la sombra hasta que cambien las categorías -- con que juzgaba el siglo XVIII. Partamos, pues, de --

(5) Nota de la carta de Roda que se encuentra en ---- Campomanes.

sólo dos datos para empezar a definirlos: son españoles y nacen hacia la mitad de ese siglo.

El 10 de octubre de 1741 nace en Cádiz el futuro coronel del Regimiento de Borbón. A los pocos años de edad ingresa en el Colegio que los jesuitas tenían en su ciudad natal, y donde era Rector en --- aquel momento su tío, el padre Mateo Vázquez. Es de suponer que tuvo una educación análoga a la de los -- demás muchachos que estudiaron en los colegios jesuitas en aquellas décadas.

Nada se sabe sobre el despertar de su vocación militar. En 1762, en la guerra contra Portugal, Cadalso se alista como cadete en el Regimiento de Caballería de Borbón. "Esto se reduce -escribe en las Cartas Marruecas-, a que un joven de buena familia -- siente plaza; sirve doce o catorce años, haciendo --- siempre el servicio de soldado raso; y después de haberse portado como es regular, se arguya de su nacimiento, es promovido al honor de llevar una bandera -- con las armas del rey y la divisa de su regimiento. En todo este tiempo suelen consumir por la indispensable decencia con que se portan su patrimonio, y por las -- ocasiones de gastar que se les presentan, siendo su -- residencia en esta ciudad que es lucida y deliciosa -

o en la corte, que es costosa." (6). Antes de entrar en la vida de castrense se había paseado por Europa, y en su recorrido conoce Inglaterra, Francia, Italia y Alemania.

Junto a su afición por las armas resuena el llamado de las letras, y como consecuencia nace su primer volumen de versos, Ocios de mi juventud. Armas y letras se fusionan, y si no abandona su regimiento una vez la paz firmada, sigue escribiendo: Don Sancho García, tragedia influidísima por el gusto neoclásico francés, escrita en machacones pareados y carente de fuerza, sufre un fracaso estrepitoso pese al empeño de su amante, la actriz María Ignacia Ibáñez, que la lleva a la escena. El fracaso de su obra va aparejado a su gran tragedia personal. La Filis de sus poemas muere súbitamente, y Cædalso trata de expresar su dolor en una obra también de modelo extranjero, Las noches lúgubres, copia de la del inglés Young. Esta obra nace en Salamanca: el genio romántico del oficial se había encrespado y una noche trató de desenterrar el cadáver de su amada. Su protector, el conde de Aranda le destierra a la ciudad de Tormes, donde permanece hasta 1774. Dos cosas provechosas nacen de aquella estancia: su amistad con el mejor lírico español del siglo XVIII, Meléndez Valdés, y Los eruditos a la violeta. En 1774 pasa a Extrema-

(6) Cartas Marruecas, XLV, 119

dura llevado por sus obligaciones militares.

1780, guerra con Inglaterra. Cadalso se --
reintegra a su regimiento y marcha al campo militar de
San Roque, donde se une a las tropas españolas que si-
tían a Gibraltar. Allí recibe el despacho que lo ---
asciende a coronel, quedando todavía con el grado e--
fectivo de comandante de escuadrón, debido a los re--
glamentos de la época. La noche del 27 de febrero de
1782, una granada disparada por una batería de los --
sitiados estalla cerca de donde se encontraba el coro-
nel y un casco le atraviesa la sien. Muere en la ma-
ñana del día siguiente.

Deja una obra inédita que sus amigos, como-
postrer homenaje, publican por entregas en el Correo-
de los ciegos de Madrid. Es su obra más famosa, aque-
lla en la que más había trabajado, la que respondía a
lo más íntimo de su pensamiento.

En 1756 ve la luz por primera vez en Mérida, Juan Pablo Forner. Su vida es diametralmente opuesta a la de Cadalso. Frente a la vida heroica del coronel de Borbón que aún participa de ideales fecundos, que se abraza a las armas como a un punto seguro que le permita comulgar con sus anhelos, se desarrolla una vida de estudioso, de erudito, de hombre de gabinete. La obra y la vida de Forner han de ser relatadas juntas. La segunda estuvo al servicio de la primera, absorbió todas sus energías, su vitalidad, su amargura, su odio, su amor; todo ello se vierte en las únicas formas de acción que conoció: las guerras literarias. Jamás usó más armas que la pluma y la imprenta, ni tuvo más enemigos que los literatos que se oponían a sus concepciones y convicciones artísticas, filosóficas o simplemente eruditas.

Apenas liberado de las obligaciones que siendo estudiante la Universidad de Salamanca le impone entra como historiador y abogado honorario al servicio de la familia de Altamira, lo que le asegura una pensión con la que puede vivir y el tiempo necesario para luchar contra sus enemigos. En su formación confluyen tanto sus estudios universitarios, de los que extrae una enorme erudición y una afición desmedida por los clásicos, como las enseñanzas privadas de su tío, el célebre médico don Andrés Piquer, por quien

conoce la filosofía moderna. Junto a Homero, Tucídides, Platón, Aristóteles, cuenta en sus lecturas con Horacio, Virgilio, Séneca, Marcial, Tito Livio, y Tácito. Raro es el autor antiguo que no conoce. Pero Locke, Hume, Voltaire, Helvétius, Beccaria, Condillac, Rousseau, forman también parte de su acervo. Y su conocimiento de las letras españolas, desde los escritores hispanorromanos hasta sus contemporáneos, no tiene rival. Fueron la primera y principal de sus preocupaciones.

Su muerte, como la de Cadalso, sobreviene cuando apenas ha entrado en la edad madura. Nacido en 1756, muere en 1796, no pudiendo ocupar la poltrona de académico que le había sido asignada.

Ardiente batallador, polemista infatigable, atrabiliario, adusto, "su genio -escribe- naturalmente seco y ajeno a toda adulación servil, le llevaba a -- atropellar por todo inconveniente, por el gustazo de ajar la vanidad y bajar el toldo a cualquiera que se complaciese en ajar a todos" (7). Sus polémicas corrieron tanto contra españoles como Vicente García de la Huerta, hasta italianos como Betinelli, o franceses como Morvilliers; y sus ataques tuvieron por blanco toda la filosofía moderna, la renacentista, la ---

(7) Los gramáticos: Historia chinesca, citado por Pedro Sáinz y Rodríguez, en la edición de las Exequias de clásicos castellanos, 76

medieval y la antigua, en caso de que hubiesen nacido fuera de España, o no fuese de un riguroso catolicismo.

III

"Los europeos del siglo presente están insufribles con las alabanzas que amontonan sobre la era en que han nacido. Si los creyeras, dirías que la naturaleza humana hizo una prodigiosa e increíble crisis precisamente a los mil setecientos años cabales de su nueva cronología. Cada particular funda una vanidad grandísima en haber tenido muchos abuelos no sólo tan buenos como él, sino mucho mejores, y la generación entera abomina de las generaciones que le han precedido. No lo entiendo" (8). Esto que el moro Gazel no comprendía, representaba el principal problema con que se tuvieron que enfrentar los españoles a lo largo del siglo XVIII y no dieron con la solución que armonizase una tradición que veían como necesaria, pero que resultaba inconectable con el presente. Tradición y modernidad se presentaban como términos irreductibles.

Había ante todo que valorar el siglo que los veía vivir. Antes que aceptarlo o rechazarlo era preciso ponderar, medir, comparar, hallar equivalencias y diferencias con los anteriores. ¿Se había adelantado en realidad? En la lucha que se mantenía por con-

(8) Cartas Marruecas, IV, 17

quistar la felicidad humana, ¿se había triunfado?

Dos patrones surgían como medidas: el progreso material y el moral. No sólo eran los paradigmas de Cadalso sino los de cualquier ilustrado. Del primero pensaba y escribía: "Mil artes se han perdido de las que florecían en la antigüedad; y las que se han adelantado en nuestra era, ¿qué producen en la -- práctica, por mucho que ostenten en la especulativa?-- Cuatro pescadores vizcaínos en unas malas barcas ha-- cían antiguamente viajes que no se hacen ahora sino -- rara vez y con tantas y tales precauciones que son ca-- paces de espantar a quien los emprende. ¿De la agri-- cultura y medicina, sin preocupación, no puede decirse lo mismo?" (9).

En lo moral, el siglo ilustrado "dejará a la posteridad horrorosas relaciones de príncipes dignísimos destronados, quebrantados tratados muy justos, ven-- didas muchas patrias dignísimas de amor, rotos los -- vínculos matrimoniales, atropellada la autoridad pa-- terna, profanados juramentos solemnes, violado el de-- recho de hospitalidad, destruída la amistad y su nom-- bre sagrado, entregados por traición ejércitos valero-- sos y sobre las ruinas de tantas maldades levantarse-- un suntuoso templo al desorden general" (10).

Si este negro cuadro corresponde a una visión

(9) Marruecas, IV, 18

(10) Marruecas, IV, 19

general de Europa, Cadalso busca colores aun más sombríos cuando se trata de describir el estado en que le toca ver a su patria. La decadencia que corroe a España en su siglo era capaz de demostración geométrica si se tomaba como parangón la España que había existido - doscientos años antes (11). Donde había veinte millones de habitantes, en tiempos de Fernando el Católico, no quedaban más que diez, las dos terceras partes de las casas están caídas, las ciudades de quince mil familias apenas si cuentan ocho mil; España, la nación más docta del siglo XVI, es una rémora para Europa; - agricultura, manufacturas, todo ha desaparecido.(12).

Los culpables de esta decadencia eran los - Austrias, en especial los últimos de la dinastía. La decadencia era ya algo estrepitoso desde los inicios del XVII: "Se me figura -escribe- España desde el -- fin de 1600 como una casa grande que ha sido magnífica y sólida, pero que por el decurso de los siglos se va cayendo y cogiendo debajo a los habitantes" (13).- Al fenecer el desdichado siglo XVII"..., halló Felipe V su herencia en el estado más infeliz; sin ejército, marina, rentas ni agricultura" (14).

Este era el pasado que se colocaba en tela de juicio. Para los españoles, nos dice, el pasado -

(11)El tema de la crítica de los Austrias. Cartas sobre los obstáculos, etc.

(12) Marruecas, IV, 19

(13) Marruecas, XLIV, 115

(14) Marruecas, XXXIV, 93

no era un solo bloque, no era todo aquello que estaba situado antes de 1700, año que había presenciado cambios tan trascendentales para la monarquía española. Cuando un español juzgaba a la "antigüedad de su nación", dividía esta antigüedad en dos porciones: "los que entienden por antigüedad el siglo último, y los que por esta voz comprenden el antepasado y los anteriores" (15). La partición es bien clara: los que no recusaban al siglo XVII y a los tres últimos Austriás como causantes directos de la decadencia, quedaban por un lado, autobautizándose como casticistas y españolistas a ultranza; veían a los Hapsburgos como una monarquía netamente nacional, identificada con los ideales hispánicos, motor único y verdadero de la grandeza que España había disfrutado. El personalmente, se colocaba en el segundo grupo, entre aquellos que repudiaban al siglo anterior y veían en las casas reinantes originariamente españolas como era la de los Reyes Católicos un ejemplo y modelo a seguir, especialmente en aquellos soberanos "principes que serán inmortales entre cuantos sepan lo que es gobierno" (16). El pasar la corona española a las sienes de un Austria, pese a la grandeza que las armas españolas adquirieron bajo los dos primeros de esa dinastía, había sido el inicio de la decadencia que le to-

(15) Marruecas, XLIV, 115

(16) Marruecas, III, 15

caba vivir, engendrada al dilapidarse "tesoros, talentos y sangre de los españoles en cosas ajenas a España...." (17).

No se tienen noticias, escribíamos en un -- principio, de la vocación militar de Cadalso. Pero -- es del momento en que se despierta, porque lo que es -- vocación por las armas la tuvo y marcadísima. "Sen-- tía furiosamente el siglo pasado", pone en boca de la hermana imaginaria que se crea en las Cartas Marruecas. Creemos que cabe aquí la distinción antes apuntada -- entre el siglo XVII y los que le precedieron. Es seguramente este pasado lo que el Nuño de su obra, ---- aquel personaje tras el que se escuda en los momentos en los que se habla con la mayor sinceridad, deja manuscrito en una Historia heroica de España. Ese es -- el siglo que tan intensamente sentía Cadalso, eran -- aquellos años que vieron a "don Pelayo, libertador de su patria; don Ramiro, padre de sus vasallos; Peláez de Correa, azote de los moros; Alonso Pérez de Guzmán, ejemplo de fidelidad; Cid Ruy Días, restaurador de Valencia; Fernando III, conquistador de Sevilla; Gonzalo Fernández de Córdoba, vasallo envidiable; Hernán Cortés, héroe mayor que los de la fábula; Leiva, Pescara y Vasto, vencedores de Pavía y Alvaro de Bazán, favorito de la fortuna (18). Estos exaltados epítetos responden --

(17) Marruecas, III, 15

(18) Marruecas, XVI, 59

al entusiasmo que el coronel sentía por el hombre de armas, militar o guerrero y, especialmente, por la -- forma de vida que los años de auge de las letras y -- armas españolas habían exaltado al máximo, la heroico-bélica. Pese al desengaño paulatino que fué resin--- tiendo a medida que escribía su obra, hasta llegar al grado de menospreciar la fama póstuma, lo que quedaba en franca contradicción con el modo de vida que anhelaba, en este nuevo diálogo de las armas y las letras que él solo sostiene, la balanza se vuelve a inclinar por las armas.

"Las letras -escribe el erudito don Juan Pablo Forner- siguen la suerte y costumbre de los imperios. Los asuntos a los que se aplican y el modo de pensar que domina en los distintos tiempos las visten de semblantes diversos con una variedad infinita.... La amenidad de nuestra lengua decayó bien presto en adornos desmesurados: su facilidad para las metáforas degeneró en hinchazón, extravagancia y afectación insolente; su jovialidad paró en truhanismo, sus delicias en desatinada profusión, su armonía se hizo toda uniforme; todo hueco, todo campanudo, ora cantase un zagal, ora hablase un héroe, ora razonase un filósofo. Así la recibieron nuestros padres los últimos días del infeliz Carlos II" (19). El inicio de la decadencia de nuestras letras se inicia a finales del reinado de

(19) Exequias, 61

Felipe III, en lo que, cronológicamente, casi coincide con Cadalso en opinión. En los reinados de Fernando V y de los dos primeros Austrias, días en que brillaba el sol español con inigualable resplandor, "los escritos..., manifiestan un carácter grave, robusto, natural; las cláusulas caminan con una especie de reposo severo, la estructura de los períodos es lenta y noble; tal vez poco sonora, aunque muy suave e ingenua (20). Poco a poco las letras españolas se van desarrollando y adquieren una grandeza de la que ninguna otra literatura puede presumir. El reinado de Felipe IV aún conoce una lengua "rápida, lozana, viva, sonora, jovial, galante, florida, deliciosa"(21). Después, ya lo hemos visto, es una decadencia casi total la que sobreviene: la lengua había seguido la suerte del imperio. (22).

Había sido también el reinado de Fernando el Católico el que presenciara el orto de la grandeza literaria de España, de igual modo que viera las primeras grandes victorias de sus ejércitos: "Introdujose la erudición griega en España en la feliz edad de Fernando el Católico: las artes se hicieron cultas; supiéronse sus preceptos, y procurando ajustarse a ellos los escritores, dieron principio al empeño de perfeccionar la lengua, conservando de ella la propie

(20) Exequias, 60

(21) Exequias, 60

(22) Enriquecimientos de la lengua castellana al través de los Eruditos a la Violeta.

dad de las palabras, introduciendo en ella la redondez y armonía de los períodos, vistiéndola con las galas de la elocuencia y dilatándola con las licencias-resueltas de la poesía" (23).

Por lo expuesto se puede deducir que Cadalso y Forner marchan acordes en dos puntos: España -- nace a la vida con Fernando el Católico y conoce un período de marcado auge, que, poco a poco, va declinando hasta caer en la profunda sima que es el reinado de Carlos II. Bajo el gobierno de los validos del Hechizado las armas habían conocido tantos reveses como batallas habían librado, las letras habían sufrido a los epígonos de Góngora y habían atronado el ámbito de las iglesias las voces campanudas, huecas y huecas de los seguidores de fray Félix Hortensio Paravicino.

IV

Esta decadencia de lo que había sido núcleo y eje de la vida española, había por fuerza de traer una deformación de todas aquellas partes de la vida y el espíritu que se sostenían en él. La austeridad de Cadalso no encontraba un punto donde descansar: la -- nueva sociedad, ligera en las costumbres, relajada en la moral, frívola, afrancesada de maneras, olvidada -- por completo de lo que había sido, representaba para él un constante motivo de irritación. Varios de los nuevos productos sociales se cuelan en las Cartas. -- Primero aparece el señorito, ignorante, desenfadado, -- elegante, picado de majismo; rodeado de gitanas y toreros que distrae sus ocios tentando toros o bailando. El desprecio que siente por la cultura le irrita, su -- inutilidad le entristece, pero su indignación nace de ver cómo la juventud podría ser útil "si la educación fuese igual al talento" (24). ¡Qué diferencia con la juventud francesa! Esta le obliga a exclamar: "Parece increíble que con todo el lujo de los persas tienen todo el valor de los macedonios" (25). Y no sólo es esta juventud masculina española la que examina, -- ya que la femenina también es puesta sobre el tapete. El principal vicio en este caso es el "afrancesamien-

(24) Marruecas, VII, 34

(25) Marruecas, XXIX, 87

to" de lo superficial y adventicio: cocinero francés, peluquero francés, trajes, cintas, polvos, libros, -- todo ha de ser francés para que la joven se digne mirarlo, no digamos ya las comidas y las bebidas.----- Lo ultrapirineico reina en las modas y las modas en -- hombres y mujeres. Acércase a una reunión ¿y que oye? discusiones a la violeta por todas partes, un coronel que preferiría ser teniente de húsares en Hungría, -- una joven dama que se indigna y se avergüenza de ser-española porque no ha encontrado en toda la corte una cinta de tal color. Lo superficial, lo vacuo, toma -- el lugar de lo que debían ser las preocupaciones de -- las personas: "La invención de un sorbete, de un peinado, de un vestido y de un baile, es tenida por prueba matemática de los progresos del entendimiento humano. Una composición nueva de una música deliciosa, -- de una poesía afeminada, de un drama amoroso, se cuentan entre las invenciones más útiles del siglo" (26).

La clase dirigente, la que había encabezado los gobiernos desde las invasiones bárbaras hasta su siglo, la nobleza, no podía estar más estancada ni -- atrofiada. Prácticamente era un cadáver. "Nobleza -- -escribe- es la vanidad que yo fundo en que ochocientos años antes de mi nacimiento muriese uno que se -- llamó como yo me llamo, y fué hombre de provecho, aunque yo sea inútil para todo" (27). Casi con las mis-

(26) Marruecas, LXXXVIII, 217

(27) Marruecas, XII, 55

mas palabras la censuraba Forner: "El noble que cuenta por generaciones los grados de su venida al mundo, de be sólo conservar los bultos y nombres de los ascen--dientes suyos que vivieron útiles al linaje humano; - porque ¿qué nobleza pueden comunicar los facinerosos, los disolutos, los envejecidos y envilecidos con los usos que origina el perverso uso de la riqueza?"(28). Nobleza era esa sin valor alguno, "la verdadera glo--ria consiste en que obren bien los que viven" (29). - Lo malo no era que la nobleza existiese, sino que todo el mundo, además, se consideraba noble, "en España -nos dice Cadalso- no sólo hay familias nobles, sino- provincias que lo son por heredad" (30).

La misma superficialidad que Cadalso halla--ba en la sociedad española del siglo de la Ilustración, Forner la encontraba en las producciones literarias;- "Vos no encontraréis en España autores que compitan - con vuestros contemporáneos, con aquellos que, gran--des y excelentes en sus profesiones, escribían de lo- que sabían; pero en cambio hallaréis hombres así, así, que sin saberse hacia donde les caen los estudios, -- han inventado el nuevo oficio de escribir de todo; de suerte que si nos atenemos a lo que se imprime, jamás ha producido España mayor número de talentos universales. Política, filosofía, teología, jurisprudencia,-

(28) Exequias, 106

(29) Marruecas, XII, 55

(30) Marruecas, XII, 54

agricultura, economía, poesía, elocuencia, crítica, todas las ciencias entran con todos los artes en la--jurisdicción de estos inmortales escritores de a plie--go, y en dos o tres tomejós, compuestos de discursi--llos, que se publican para satisfacer el hambre o la--vanidad del que los escribió, hallaréis una biblioteca completa de todas las cosas y otras muchas más" (31).--Este vicio que Don Pablo Ignocasto y Dormilo encon--traba en las librerías españolas que frecuentaban, -no era propio y particular de España. Hazard nos di--ce cómo toda Europa ve reproducirse y multiplicarse -los extractos, los manuales, los resúmenes y los dic--cionarios. Las conquistas que en algunos campos se -hacen son tan amplias que el público no puede cono---cerlas en todos sus detalles y complicaciones. Era -necesaria una labor de simplificación, de clarifica--ción, de trilla. Muchos escritores de primera fila -realizaron trabajos de gacetilleros, por pedirlo así--los lectores. (32)

Claro es que los lectores españoles se ali--mentaban en ese y otros muchos sentidos de obras tra--ducidas en su mayor parte del francés. Forner no per--día de vista a los siglos XVI y XVII que habían sido--de predominio, al menor dentro de la propia España,--de las obras originariamente españolas, y por eso no--

(31) Exequias, 57. El tema es general en los Eruditos; Cadalso no podía aguantar la publicación de dicciona--rios.

(32) Hazard.- La pensée européenne au XVIII^{eme} siècle Vol. I, 274 y sg.

soportaba el alud de impresos que encontraban su fuente más allá de los Pirineos. No sólo se perdía el pensamiento español, sino también el estilo, y tras éste corría el idioma. Refiriéndose a estas publicaciones y a quienes las daban a las prensas, escribía: "Su -- estilo es vulgar, bárbaro, balbuciente, imitación lánguida de los libros franceses, que leen o copian, o -- razonamientos insulsos de entendimientos que se explicacan del modo que piensan, ésto es, tarde y desconcertadamente....(33).

De lo expuesto se deduce que tanto para --- Forner como para Cadalso, el primero y principal de -- los efectos perniciosos de su siglo es el haberse --- desligado de lo típicamente español, del debilitamiento del espíritu nacional. Ciertamente que había habido -- una decadencia marcada en el siglo precedente cuyos -- efectos aún resentía el país, pero la recuperación -- era tanto más difícil cuanto que los españoles no trataban de remozar lo español, sino que, por el contrario, lo consideraban fenecido y adoptaban, por fuerza de manera superficial, las formas de vida de los países que hacían el papel de primeras potencias. Estas formas de vida no traían aparejadas nuevas formas --- espirituales; los españoles eran españoles aunque se disfrazasen de franceses.

Si en la crítica coinciden, en el momento -

de presentar soluciones difieren, en algunos casos de forma radical. Cadalso se inclina por un moderado -- ecleticismo en el que junto a lo español original y típico que aún perdura y es capaz de regeneración, se adopta lo que, aún siendo extranjero, pueda ser útil al restablecimiento de España. Forner, sólo admitirá lo español.

El siglo XVIII se dió, por encima de otros - muchos, el título de filosófico. La Razón, conquista da en plenitud por el XVII, iba a ser la Puerta de en trada para este mundo. Por ella se iba a conocer --- cuanto de malo y bueno había, discriminaría lo útil - de lo inútil, descubriría el orden dentro del cual el hombre iba a ser feliz. La primera labor era limpiar las mentes de los europeos de las filosofías anteriores, entorpecedoras, engendro de supersticiones, falsas al basarse en supuestos que el hombre no podía co nocer por sus únicas luces. Se partía de supuestos-- ignotos que una vez aceptados eran la base para cons truir un orden perfecto. Mas ahora la duda se diri-- gía hacia esos supuestos fundamentales que se habían aceptado durante siglos de una manera inexplicable pa ra los ilustrados. De todos esos supuestos, el prime ro que se ponía en tela de juicio era la Verdad que -- Dios había revelado al hombre. Cualquiera de los que en ese siglo se llamaron filósofos no titubeó en em-- prenderla con ella, con esa verdad revelada, sobrena tural, a la que se oponía una verdad natural, conoci da y ganada por las solas armas del hombre, por su -- razón. De la religión revelada se pasaba a la natu-- ral. Deísmo, materialismo y ateísmo eran consecuen--

cia de esa operación.

Ni para Forner ni para nadie que conociese los escritos que se publicaban en Francia, Alemania, Italia, e Inglaterra era difícil prever las consecuencias de una tal actitud: "La razón -escribe- he aquí el asilo de la impiedad. Nuestros sofistas son, sin duda alguna, los únicos racionales que hay en el mundo. Por lo menos, o ellos lo creen así, o pretenden que los demás lo crean. La razón por sí es suficiente para que los hombres sean religiosos: lo oigo. -- Pero la historia de todos los siglos nos enseña con harta distinción las supersticiones en que han caído las gentes abandonadas al uso de sus potencias"(34).

Sería inútil hacer notar que Forner parte de una postura católica hasta donde es posible imaginar. Mas en su catolicismo, en su modo de pensar sobre este mundo, por más ortodoxo que trate de ser, se introducen métodos, fines y consecuencias que pertenecen a su tiempo. El, como todo su siglo, coloca la felicidad humana -lograda en el mundo- como la meta más difícil de alcanzar. Pero si para los ilustrados deístas, materialistas o ateos, la religión que se apoyaba en la revelación era el más grave inconveniente que se oponía para este logro, don Juan Pablo Forner veía precisamente lo contrario. El Cristianismo era el único camino que el hombre tenía para ser feliz en-

(34) Discursos, Discurso preliminar, 10

el mundo: "No me amedrentan los dicterios de la impía incredulidad: resueltamente reconozco en el cristianismo los caracteres de una benéfica omnipotencia, y sólo en sus documentos veo los medios de reducir al hombre a la virtud para la que ha nacido" (35). Lo importante para el hombre ha de ser lo útil, que será lo que le lleve a la felicidad. Sólo lo inmutable, lo perpetuo, lo imperecedero, la conquistarán, porque "la felicidad humana ni puede ni debe estribar en opiniones: en estribando en ellas, no es ya felicidad, sino tormento y martirio y congoja y angustia, y un estar en continua aflicción y disgusto" (36).

Lo inútil es dañino por ser variable, porque es una pura especulación en el vacío que atormenta. - La metafísica entera debe ser condenada y suprimida.- Estando fuera del hombre, no pudiendo éste alcanzar ningún género de certeza en ella, no existiendo ninguna verdad metafísica, a lo más que puede llegar quien se empeñe en practicarla, es a cometer alguna herejía.

Sólo aquello que no admite discusión debe -- ocupar la atención del hombre: y no admite controversia lo que se demuestra por hechos que conduce a la felicidad: "La legislación civil y religión revelada son ya las principales ocupaciones a que debe atender el hombre, siendo, como son, un suplemento de aquel -- tranquilo y puro estado de que le desposeyó su impa--

(35) Oración, 88

(36) Discursos, discurso preliminar, 20

ciencia y temeraria malicia" (37).

Esta pérdida del "tranquilo y puro estado", que es tanto como la felicidad, era culpa de los pueblos que, más atentos a la especulación que a la virtud, se habían empeñado en conocer lo que no estaba reservado al conocimiento humano: "Las repúblicas de Esparta y Roma no dieron de sí Platones ni Zenones, - grandes soñadores de mundos; y no por ello desmereció el crédito de una y otra en la consideración de la posteridad. Supieron la filosofía que bastaba para practicar dignamente las virtudes humanas y civiles; y -- dejaron a la cavilosa Atenas la ocupación de soñar -- sistemas y disputar sobre la realidad de sus mismos sueños" (38).

Aquí se había originado la catástrofe. Después de tanto pensar, ¿qué había ocurrido?. La razón, después de tantos siglos, no ha servido para nada, se encuentra en el mismo punto en que estaba, ¿se conocen acaso los atributos, la naturaleza y la adoración que se debe a Dios? ¿Se ha llegado a mostrar al hombre - un fin único, a señalarle los medios que a él le encaminasen, su lugar en el universo? No hay dos filósofos que estén de acuerdo en mostrar un mismo orden -- dentro del cual el hombre sea feliz: "El uno me dirá que el interés personal es la regla cierta que debo -- seguir: el otro que debo hacerme bruto: éste que debo

(37) Oración, 88

(38) Oración, Al lector, VIII

obedecer al impulso de las pasiones: aquél que debo - acomodarme a la ordenación general. Unos me dicen que tengo alma; otros que no la tengo; otros que no se sabe si la tengo; otros que poco importa que la tenga;- acá oigo optimismo, allá materialismo, acullá natu--- ralismo, por aquí deísmo, por allí fatalismo, y otros cien ismos que me hacen andar de aquí para allí, sin saber en fin a dónde tengo de ir a parar, ni a qué -- he de atenerme" (39). No le quedaba al hombre, pues, más que una vía expedita; usar a la razón para entronizar a lo inmutable, único e imperecedero: Dios.

De frágiles extremos

huya resuelta la Razón, y el hombre

restituya al asiento que la mente

del Criador le dispuso,

de augusta majestad y preeminente.(40).

Aquél que se niegue a hacer ésto será un equi vocado o algo peor. A los que se obstinan les grita:- "¡Miserables! ¡Os hacéis jueces de aquél mismo que os creó para juzgar de vosotros! ¡Ignoráis la esencia del alimento que os sustenta, de la ley que os alumbrá, - de la tierra que os sufre, de los entes que os rodean y sirven sin que lo merezcáis, y osáis disputarle a - Dios la providencia de su creación culpársela, afeársela!" (41).

(39) Discursos, Discurso preliminar, 19

(40) Discursos V, 150

(41) Discursos, Discurso preliminar, 17

¡Y si por lo menos los filósofos ilustrados hubiesen sido originales! Pero Pope tomó el optimismo de los antiguos platónicos, sin tener su energía; el interés que Helvétius creía que guiaba a los hombres se encontraba ya en Teodoro quien "sostuvo el mismo disparate", y Protágoras "le arrebató la gloria de haber dicho primero este absurdo"; la necesidad que Collins observaba en la base de la sociedad había sido anunciada por los estoicos, Estos también habían --- creado el fatalismo y el materialismo; los epicúreos habían sido los primeros en hablar de la inutilidad de la providencia; los cirenaicos habían hecho el --- panegírico de los placeres corporales. ¿Qué tenía, - pues, de propio, la filosofía de su siglo? (42).

En las Exequias de la Lengua Castellana expone cual es, en su sentir, la verdadera filosofía, - que no es más que la que se desprende de los místicos y ascéticos españoles, de fray Luis de León, de fray Luis de Granada, de Santa Teresa de Jesús: "Estos --- libros enseñan al hombre a humillarse y a reconocerse por átomo despreciable ante la presencia de la Divinidad, y esto es lo que no quiere, no la filosofía, sino la arrogancia inflada de ciertos charlatanes, que se llaman filósofos porque llenan de desvergüenza al género humano; esos libros, en un estilo grave, majestuoso, adornado con galas propias de la santidad del objeto, y animados con pasiones afectuosas, pero varo-

(42) Discursos, Discurso preliminar, 22

niles, enseñan a adorar al Omnipotente en espíritu de verdad y justicia; enseñan al hombre la beneficencia -- inefable de su Criador, que hizo inseparables entre -- sí la felicidad humana y el cumplimiento de las leyes divinas;..."(43)

Más atento a la crítica social que a cualquier otra actividad, son pocas las alusiones de Caudalso a la filosofía de su tiempo. De hacerlo, se -- interesa por los efectos sociales más que por la filosofía en sí. Es natural que se interesase por desembrollar el problema que representaba la filosofía que se unía a la tradición. El tradicionalismo se empeñaba en el mantenimiento de la filosofía escolástica, -- como si fuese el único medio posible de averiguar --- verdades, y, además, como si fuese española de raíz:

"La filosofía aristotélica, con todas sus -- sutilezas, desterradas ya de toda Europa, y que sólo -- ha hallado asilo en este rincón de ella, se defiende -- por algunos de nuestros viejos con tanto esmero, e iba a decir con tanta fe, como un símbolo de la religión. ¿Por qué? Porque dicen que es la doctrina siempre -- defendida en España, y que abandonarla es desdorar la memoria de nuestros abuelos. Esto parece muy palusible, pero como has de saber..., que en esta preocupación se encubre dos absurdos a cual mayor. El primero es que habiendo todas las naciones de Europa mante

nido algún tiempo el peripatetismo, y desechándolo -- después por otros sistemas de menos grito y más certidumbre, el dejarlo también nosotros no sería injuria a nuestros abuelos, pues no han pretendido injuriar a los suyos en esto los franceses y los ingleses. Y el segundo es que tal tejido de sutilezas, precisiones, trascendencias y otros semejantes pasatiempos escolásticos que tanto influjo tienen en las otras facultades, nos ha venido de fuera, como de aquello se queja uno u otro hombre docto español tan amigo de la verdadera ciencia como enemigo de las hinchazones pedantescas y sumamente ilustrado sobre lo que era o no -- era verdaderamente de España..." (44).

Este peligro no lo señalaba sólo en la filosofía, Cualquiera que fuese la manifestación del espíritu a la que se mirase, se veía que "los viejos" -- estaban dispuestos a rechazarla por el título de ser nueva o, volviendo la frase, por no ser tradicional. No podía faltar, pues, en su obra unas páginas dedicadas veladamente a Feijóo y a los que le habían acompañado en la lucha que se había sostenido a principios del siglo por la introducción de la nueva ciencia en España. "Las ciencias, que parecen influir dulzura y bondad, y llenar de satisfacción a quien las cultiva, no ofrecen sino pesares. ¡A cuánto se expone el que de ellas saca razones para dar a los hombres al--

gún desengaño, o enseñarles alguna verdad nueva!, ---
¡cuántas pesadumbres le acarrea!, ¡cuántas y cuán si-
niestas interpretaciones suscitan la envidia o la ig-
norancia, o ambas juntas, o la tiranía valiéndose de
ellas!, ¡cuánto pasa el sabio que no supo lisonjear -
al vulgo!"(45).

Bien diferentes eran las opiniones que ----
Forner expresaba sobre la obra del benedictino: "impug-
nó en muchos lugares de sus obras, en vez de errores,
verdades comunes, y en lugar de ellas quiso introdu-
cir sus errores particulares..., tan infeliz en el --
uso de esta lengua..., no había saludado cuanto la --
docta antigüedad nos dejó para el estudio y ejercicio
de la elocuencia artificial..."(46).

La filosofía era el punto en el que las opi-
niones de Forner y Cadalso se separaban diametralmen-
te. Para el primero toda la filosofía en cuanto no -
tuviese una aplicación inmediata, la conservación del
orden estatuido por Dios, debía ser abandonada; desde
Platón a Helvétius nada firme, nada positivo, nada --
útil había aportado.

Cadalso no podía condenar la filosofía ilus-
trada, aunque, a veces, le encontrase los mismos de--
fectos que apuntaba Forner: "según la variedad de --

(45) Marruecos, IXX, 177

(46) Exequias, 97-98

los hombres que se llaman filósofos, ya no sé qué es filosofía. No hay extravagancia que no se condecere con tan sublime nombre" (47).

(47) Marruecos, VIII, 34

VI

Mundo desolador, el de estos dos españoles: el país en ruinas, las letras en su más profunda decadencia, las armas en el mismo estado, la sociedad corrupta y desmoralizada, los estudios debatiéndose entre las formas antiguas y las modernas sin que ninguna de las dos prevaleciera. Ciertamente es que son tonos demasiado lúgubres porque siempre se busca el más violento contraste. Los siglos de oro son el parangón, la medida que se emplea. La diferencia era natural que se les antojase abismática.

Si la nobleza era un caso perdido, la gente de letras otro, y la sociedad entera otro, no quedaba más que el vulgo a quien dirigirse en última instancia.

Pero Cadalso prefería verle quedarse en donde estaba y no andar dándole verdades que, a la larga, podrían ser perjudiciales. Dirigiéndose a "la secta hoy reinante que quiere revocar en duda cuánto hasta ahora se ha tenido por más evidente que una demostración de geometría", escribe, "la libertad que pretendéis gozar, no sólo vosotros mismos, sino esparcir -- por todo el orbe, ¿no sería el modo más corto de hundir al mundo en un caos moral espantoso, en que se aniquilasen todo el gobierno, economía y sociedad?"(48)

(48) Marruecas, LXXXVII, 215

La participación del pueblo en los destinos de su --- país no podía satisfacer al coronel que, a lo largo -- de su obra, hace profesión de un marcadísimo espíritu monárquico y minoritario (49).

Forner, siempre ocupado por las letras, ana liza este problema, el del vulgo, al través de las -- creaciones literarias. Especialmente, al través del- teatro. Fué, pese al amor que sentía por las creacio- nes españolas, de los que condenaron el teatro del -- Siglo de Oro.

Si las artes habían de ser útiles en primer lugar, admitiendo en segundo solamente el deleite, -- ¿qué aportación había hecho en el primero de los sen- tidos la escena española? "Para representar al pueblo -explica- y ofrecerle monstruosidades, vicios y grose- rías, ciertamente valdría más que no existiesen los - teatros. El fin de éstos es enseñar y corregir delei- tando, y en España se puede decir con verdad que su - fin ha sido hasta aquí corromper deleitando, o produ- cir con la representación un deleite bárbaro y escan- daloso" (50). Culpa era ésto de los escritores que - se habían preocupado más por el lucro que por la obli- gación moral que el teatro suponía. El vulgo recla- maba lo vulgar, lo extraordinariamente portentoso, lo extravagante, y la escena, medio principal de la edu- cación popular, no ofrecía perspectivas halagüeñas en

(49) Sobre las ideas prácticas del despotismo ilustra- do, véase el capítulo II.

(50) Exequias, 92

ese sentido, "mientras no aparezca un talento tan gran de como el de Calderón, que juntando la regularidad a las bellezas de la imaginación se apodere de la opinión pública y ponga en descrédito los absurdos, las cosas permanecerán en el mismo estado de depravación y ruina..."(51). El vulgo y su posible educación, por culpa de las que debían ser minorías educadoras, quedaban también al margen de una posible recuperación.

La crítica que realiza Cadalso se le antoja como la única base seria donde cimentar un futuro de recuperación nacional. Seguramente a ello se debe la falta de humorismo que hay en las Cartas Marruecas, -- oposición evidente con el desenfado de que ha ía gala en Los eruditos a lavioleta. Satiriza con una sequedad extraña, un poco amarga; no tiene una página de buen humor; campea un tono de censura. Pese a su forma que correspondía a un género verdaderamente satírico en el resto de Europa, las Cartas Marruecas son más fácilmente analogables a una disertación profesoral -- que a las Cartas Persas o al Eurón. Hizo una profesión de fe en su obra, y en ésta quedó incluida: "Bien sé -- que para igualar nuestra patria con otras naciones es preciso cortar muchos ramos podridos de este venerable tronco, ingerir nuevos y darle un fomento continuo; pero no por eso hemos de aserrar por medio, ni cortar le las raíces, ni menos me harás creer que para darle su antiguo vigor es suficiente ponerle hojas postizas

(51) Exequias, 95

y frutos artificiales. Para hacer un edificio donde-
vivir no basta la abundancia de los materiales y obre-
ros; es preciso examinar el terreno para los cimien-
tos, los genios de los que han de habitar, la calidad
de sus vecinos y otras mil circunstancias, como la de
no preferir la hermosura de la fachada a la comodidad
de las viviendas" (52).

(52) Marruecas, XXXIV, 93

VII

La crítica era una obra que se realizaba para el consumo interno y era tolerada siempre y cuando coincidiese con las intenciones de los gobiernos de Su Majestad. Una crítica tan sana y benigna como la de Cadalso no era bien aceptada y encontraba mil dificultades, hasta el grado de que sus superiores le impidieron publicar las Cartas Marruecas. Forner, atento casi siempre a las letras, encontraba por causa de sus destemplanzas cierta oposición en los medios oficiales, a veces, amenazas abiertas.

Sin embargo, esta crítica de España y de los españoles se hacía también desde el extranjero y el gobierno encargaba a los mismos que había silenciado en otras ocasiones, la defensa de tales acusaciones. Forner fué encargado de contestar a Masson de Morvilliers.

Su agresividad, su cultura ilimitada, su habilidad polémica y su, a veces, profundo tradicionalismo le habían valido tal honor y unos miles de reales. Mas antes de que él tomase la pluma, ya se había tratado de responder a la censura ilustrada. En París, el abate Eximeno, preceptor de los hijos del duque de Infantado, contestó a las acusaciones de ---

Morvilliers, exhibiendo en corto discurso las glorias españolas del siglo XVIII. Defensa floja, inconexa e incolora, tanto por la calidad del defensor como por la materia defendida.

En Berlín, el abate Denina, hace la misma - defensa ante la Academia de Ciencias de Berlín, el día del cumpleaños del rey de Prusia. Su obra: Réponse a la question; que doit-on a l'Espagne?; es la primera - apología que se hace de la cultura española, dentro - de un espíritu y por métodos ilustrados. Este abate - piamontés conocía con rara erudición, más aún en un ex - tranjero, la historia literaria y cultural de España. Demuestra en sus discursos las aportaciones que este - país hizo hasta el año de 1600, en el que se detiene. - Sabe, como Cañalso y Forner, que el XVII es la deca - dencia, la improductividad y la esterilidad de las -- ciencias que hasta entonces se habían cultivado con - tan buen suceso en la península. Las materias siguen el mismo orden en que se estudian en las universida -- des; la exposición es corta, sintética, apretada. Más adelante, el cónsul español en Hamburgo, don Manuel - de Urquello, recoge, traduce y publica las cartas que el abate cruza con importantes personajes europeos -- que aún no se mostraban del todo conformes con la de - fensa hecha en la Academia berlinense. Y allí es don - de Denina vierte todo su conocimiento, toda su erudi - ción sobre la cultura española, antigua, medieval y - moderna.

El pensamiento que don Juan Pablo Forner --
exponé en la Oración apologética por la España y su --
mérito literario, es todavía más preciso que el de --
Denina y, sobre todo, aprovecha con rara habilidad las
mismas armas que el pensamiento ilustrado empleaba pa-
ra atacar a la cultura española. Después de todo lo-
que hemos expuesto de su manera de tratar a los filó-
sofos, se plantea él mismo como filósofo, para defen-
der a su patria en la misma palestra a la que había -
sido sacada.

Al defenderse de la crítica, crítica sobre
una base historiográfica, que los ilustrados france--
ses e italianos hacen del pasado español, Forner rea-
liza una hábil maniobra que le permite enfocar direc-
tamente a sus enemigos: acepta en gran parte las pre-
misas con que Masson de Morvilliers ha juzgado a su -
cultura. Son netamente ilustradas: la razón, que ha-
bía conocido un gran auge en el mundo helenístico, --
quedó obscurecida en la Edad Media por la presencia -
de los pueblos bárbaros que, con el caos que arrastra
tras ellos, permiten a la Iglesia cristiana asentarse
sobre las ruinas del Imperio romano y, dueña de unos-
restos de cultura por completo desvirtuada pero que -
es la única que existe, se apodera por la necesidad -
de espíritus y cuerpos, entronizando su gobierno has-
ta que la luz del Renacimiento disipe las tinieblas -
que el Cristianismo había esparcido por Europa y, una

vez liberados los espíritus, la razón vuelve a regir- a los hombres, en pugna con la Iglesia que se obstina en gobernar por medio de la superstición y el terror. Las formas más absurdas, más bárbaras y más inútiles, habían surgido en la tenebrosa Edad Media. La esco-- lástica, lejos de acercarse a la verdad, que sólo puede encontrarse en la observación del mundo natural, se - encerró en su propio pensamiento y construyó sistemas aparentemente armónicos, pero absurdos y disparatados en cuanto se analizaban sus fundamentos.

Ya hemos expuesto cuales eran las ideas que don Juan Pablo Forner tenía sobre el conocimiento; -- era bueno lo útil, lo que acercaba al hombre a su fe- licidad, y lo que le alejaba de esta felicidad era lo condenable. Aquello sobre lo que se pudiese tener una certeza fuera de toda duda debía ocupar la atención - de los hombres, fuera especulaciones, fuera metafísica. La ciencia, a su debido turno, quedaba también en en- tredicho ya que una certeza dada por una instancia ex- plicativa única no existía. La razón también caía en esta misma falta de unidad, en una equivocidad condena- ble. Lo verdadero era lo unitario, y sólo la religión tenía tal carácter.

El cuerpo de la acusación que se alegaba en contra de la península escolástica se fundaba en que- ésta había sido la principal procreadora de escolásti- cos, y no sólo la que los había producido durante más

años, sino, también, en los años más tardíos. Esto es lo que rebate Forner.

La Edad Media se le presenta como "siglos - de horror, de obscuridad, de cavilaciones" (53), en - donde "la ignorancia dió autoridad a todos los escritores, y desdichadamente la lograron menos los más sa-- bios, los que menos servían para alimentar el fuego - de la contradicción y la disputa. Las escuelas componían un mundo imaginario, donde las cosas eran muy diversas de lo que son en el que vivimos. Los doctores Resolutísimos, Irrefragables, Sutiles, siendo ciudadanos, nada entendían de la política o gobierno de las- ciudades; siendo hombres nada averiguaban sobre sus - relaciones con los demás hombres: la admirable fábrica de sus cuerpos les servía más de peso que de objeto de indagaciones útiles: su cosmografía era metafísica, los elementos círculos, el tiempo, los períódos, la - varia constancia de los movimientos de la universal - madre naturaleza en los seres que rige, acomodados a- la vana metafísica de cada secta, con ser tan vana ma- teria en sí daban alguna vez asidero para ligeras es- caramuzas, que dejaban bien presto libre el campo a - la ventilación de las abstracciones y marairas dialécticas. Desterráronse la observación y la experiencia, como opuestas al fomento de las altercaciones (54). -

(53) Oración, 52

(54) Oración, 54

Esta es la visión que Forner tiene de la Edad Media y que cualquier ilustrado no hubiese dudado en suscribir.

Más había que aclarar dos puntos: uno, quienes eran los culpables de aquel estado de decrepitud; otro, quienes habían levantado a Europa de sus escombros y habían hecho de ella lo que en aquel momento era.

A lo primero contestaba: "No fué España el teatro en donde no se representaron las lloronas escenas de los Roscelinos, Almericos, Porretanos, Dinantos, Abelardos" (55). Había que buscar en las universidades de París, Bolonia, Oxford, Padua, Ferrara y Nápoles, la escena de aquellos campeonatos de la verborrea, de aquellas disputas sin sentido.

España, en aquellos siglos que veían arder en toda su intensidad las disputas de los doctores, se mantenía alejada de esas guerras estériles entre las escuelas y "fué la quemantuvo el verdadero uso de las ciencias" (56). "Nada se disputaba en España. Su Teología era sólo la explicación del dogma y la tradición, afirmada por los divinos oráculos de la Escritura, y expuesta con desembarazada sencillez por los Santos Prelados a quienes el Nombre Dios, sin títulos de Sutiles e Irrefragables, confirió la autoridad de-

(55) Oración, 55

(56) Oración, 61

interpretar sus misterios, y mantener la estabilidad invariable de su creencia" (57). El hecho de que se hubiese mantenido la península alejada de aquel saber, permitió que apareciese un varón tan docto como ----- Alfonso X que restableció la astronomía en Europa y - que por no haber sido escolástico, pudo ser historiador, poeta, filósofo experimental y prudentísimo legislador.

La ciencia aquella que se practicaba en España por un lado y en Europa por otro de maneras tan diferentes, había llegado en un solo bloque al continente europeo, por un camino bien extraño. Nacida -- en Grecia, de donde venían ya los frutos maleados, -- recogida por los árabes en el caduco Imperio de Constantino, es transplantada por éstos a un terreno árido, inculto, sin preparación, que la degenera aun más. Con el Islam llega a España. En la península había -- pasado la época de los Lucanos, Marciales, Porcios y Columelas, éstos habían sido sucedidos por "la religiosa austeridad de los concilios y árdas interpretaciones de la voz de Dios, en que ocupada la atención de los grandes varones de aquellos tiempos, quedaron como abandonadas las artes filosóficas, y las de humanidad casi pervertidas con la mezcla de la barbarie -- goda. Las letras profanas, consideradas como inúti--

una especie de traje religioso, que al mismo tiempo - que las consagró, las encogió primero, y después las- olvidó de lo que habían sido" (58).

En este medio irrumpen los árabes, Su ciencia, impura por su origen y medios de transmisión, se transplanta a un país que sufre la barbarie de los septentrionales. Las escuelas árabes empiezan a florecer, cayendo desde sus inicios en el vicio de la disputa. Aristóteles es comentado y glosado por los maestros del Islam de quienes es tomado por los estudiosos de Francia, Inglaterra, Italia y Alemania, "sin que España se adhiriese a la tiranía hasta muchos años -- después que gozaba ya de la autoridad de oráculo casi universalmente" (59).

Los árabes unían a su natural incultura un ansia de curiosar; se aplicaban a la contemplación y averiguación de la naturaleza. "La España árabe -nótese se que ya no son los árabes solos- era el emporio de- cuantos deseaban aprender las artes, que, o dejó imperfecta la antigüedad, o arruinó la bárbara constitución de los tiempos" (60). Todas las ciencias se van purificando, fijando, liberando de la ganga que las envolvía: matemáticas, botánica, astronomía, medicina y química nacen en su forma moderna en las escuelas de la España árabe, de allí sale "el principalísimo funda--

(58) Oración, 45
(59) Oración, 46
(60) Oración, 48

mento y elementos primeros de estas ciencias naturales tan célebres hoy y, cultivadas, no sé si con tan buen suceso como vehemencia" (61).

El horror que los españoles sentían por la religión islámica lo hicieron extensivo a la filosofía que practicaban los doctores árabes y "esta fué sin duda la causa de que España, de las ciencias árabes, adoptase sólo las que, sin mezclarse en la religión, ilustraban el entendimiento y socorrían la vida"(62). Mientras tanto, el occidente europeo, que había admitido todo lo que los árabes habían traído, sin discriminación alguna, ardían en disputas que encontraban su fuente primigenia en el pensamiento árabe.

La escolástica entró en la península "cuando vió que para conservar íntegra la unidad de la religión, era ya indispensable necesidad demostrar con la Teología escolástica a los que confundiendo los abusos de ésta con los fundamentos de la religión, con pretexto de desterrar el escolasticismo, destruían el dogma y desunían la Iglesia" (63). Había sido, pues, para mantener la felicidad humana para lo que se había dado entrada a la tan temida filosofía de la Escuela. La felicidad, ya lo vimos, se encontraba en la unidad del Cristianismo.

(61) Oración, 48

(62) Oración, 56

(63) Oración, 64

Y, además, el escolasticismo se adoptó mejorándolo, "convirtiéndolo de profesión semibárbara en ciencia elegante y sólida, reducida a principios ciertos e invariables" (64). Había sido revalorado en todas y cada una de sus partes por los españoles, por hombres como Vitoria, Cano, Báñez, Soto, Castro, Suárez, Valencia, Maldonado, y el restante escuadrón de varones doctísimos, Estos habían creado un sistema en el que el hombre podía ser feliz, le habían puesto frente a un orden comprensible, frente a aquel que le correspondía. La humanidad entera les era deudora de admiración y veneración; "la malignidad misma habrá de confesar que uno de éstos vale por muchos Okamos -- y Halesios; y España jamás trocará al solo escolástico Cano, no ya por todos los Iluminados e Irrefragables de la edad pasada, pero ni tal vez por ninguno de estos ponderados fabricantes de mundos de la presente" (65).

Y así había continuado España encabezando la cultura europea. Nadie había dicho nada nuevo, todo se encontraba en "cuarenta o cincuenta libros que ha perdonado a la antigüedad la barbarie de los siglos -- medios" (66), si se exceptuaba a Francisco Bacon de Verulamio y a Juan Luis Vives que "han conocido el mé-

(64) Oración, 69
(65) Oración, 65
(66) Oración, 6

rito intrínseco, el valor real de la sabiduría, y --- sólo ellos eran capaces de desempeñar dignamente el -aprecio de cada nación" (67).

Los filósofos ilustrados se le presentan -- como los nuevos bárbaros, los nuevos septentrionales- que venían nuevamente a sumir en las tinieblas y en - el caos un mundo de luz y armonía. Ridículos, vanido- sos, plagiarios ignorantes que trataban de imponer -- gobiernos, religiones, usos y costumbres, que semaja- ban dispensar una ley de la que carecían.

Cierto es que en la acusación que la Europa ilustrada hacía a España se hacía especial hincapié en el alejamiento que la península tenía de la ciencia.- Ciencia existe, alega Forner, pero no sirve para gran- cosa. "También sabe España desmenuzar los cuerpos, - examinar sus partes, medir sus períodos, y seguir el- callado curso de la naturaleza en el admirable artifi- cio de sus efectos y transmutaciones" (68); La cien- cia era útil, era saludable en algunos casos; pero su falta de unidad, hacía que fuese siempre un conocimien- to incompleto, que no podía jamás traer la felicidad- al hombre. Este había sido creado por Dios, "más para que obedeciese sus decretos, que para que escudriñase sus designios" (69).

(67) Oración, 6
(68) Oración, 38
(69) Oración, 38

Hombres contemplativos, Cadalso y Forner --- sienten el declinar de España en toda su virulencia. - En el mismo momento en que ellos escriben, los minis-- tros de Carlos III realizan su obra y se constituyen - en los verdaderos representantes de la acción en la -- España del siglo XVIII que ya no dejaba margen a la ac-- tividad puramente individual, sin más guía ni orden -- que la voluntad de quien obra. Los regalistas sintie-- ron esta decadencia como el acicate que puso en marcha su política, pero no ven por lo general, más que un -- momento, después realizan su justificación personal -- por medio de su obra.

El hombre que no aparta la vista de la situa-- ción decadente se encuentra casi imposibilitado para - obrar y, la persistencia de la visión de esta decaden-- cia, le lleva a la búsqueda de un refugio por lo común situado al margen de la realidad. No podemos hallar - una relación entre la vida y la obra de Cadalso. Sus-- hechos de armas, su servicio en los ejércitos de la mo-- narquía española tienen todo el carácter rutinario y - ordenancista de la milicia moderna: no se puede hallar la voluntad de acción que hay en el guerreño. El mis-- mo comprendió esta separación entre su obra y su vida - al levantar ante los ojos de sus contemporáneos a las-- figuras que la Edad Media española y el Renacimiento - habían visto. La vida que el coronel llevó en el ejér-- cito no pudo ser un refugio que le aislase del siglo;-

de serlo, lo fué sólo a medias.

Descontento de su mundo, de su patria (a la-- que amaba "porque el amor a la patria es ciego como to dos los amores"), de la sociedad en la que vivía, nece sitó crearse un ideal que permitiese un descanso a su espíritu, separándole de lo que veía bajo tan desapa-- cible forma. De ahí su prerromanticismo.

Preferimos usar el término prerromanticismo, a pesar de las confusiones que engendra, porque no se trata de un romanticismo literario análogo al de 1830. No es el intento de encontrar una escapatoria para --- adentrarse en ruinas medievales, en sociedades caballe rescas en las que deambulan trovadores o reyes moros.-- Una sola de sus obras puede ser clasificada como román tica: "Las Noches lúgubres; las demás tienen modelos - que pertenecen al XVIII: Los eruditos a la violeta, -- Los ocios de mi juventud, Las Cartas marruecas. Esto prueba, en cierta manera, cómo Cadalso estaba estruja do por varias corrientes que no le daban un punto de - descanso, al pedirle que seafiliase a una de ellas de manera decidida.

Aceptar el modo de pensamiento que la Ilustra ción tenía, era tanto como pedirle que renunciase a -- todo su pasado; y no quiso hacerlo; rechazarlo era lo mismo que aceptar el estado de penuria espiritual y -- material de su patria, lo que también le era imposible.

-Tuvo, pues, que buscar una escapatoria, pero ésta fué puramente individual: entre su siglo y su país no encontró armonización posible y se refugió en el individuo. A esa idea responde la descripción que hace hacia el final de las Cartas marruecas, de lo que consideraba hombre de bien. Imagen bucólica, paradisíaca, idílica, irreal y casi infantil (70).

Una de las cosas más sorprendentes en las Cartas es la carencia casi absoluta de soluciones. -- Por el contrario, encontramos con una sátira despectiva y violenta de los "proyectistas", que sacaban soluciones de las mangas, todas ellas disparatadas, absurdas e irrealizables (71). En ello se extremó ya que los Proyectos de Ward y Bowles, no fueron precisamente dos dislates. Su crítica, si hoy nos parece endeble en la mayoría de los problemas que aborda, no difiere en lo fundamental de la que realiza todo el siglo ilustrado. Quizá la más hábil solución postpuesta

(70) Marruecas, LXIX

(71) El Conde de Fernán Nuñez, en su Historia del Reinado de Carlos III, relata lo fastidiosos y absurdos -- que eran los proyectistas.

"La bondad natural del marqués de Eguilache, su deseo del acierto, de quitar abusos y de aumentar las rentas del rey, junto al poco fondo de conocimiento que tenía en el ramo de la Hacienda, que sólo sabía por práctica, hicieron que diese oídos a varias de aquellas personas que regularmente se llaman proyectistas y que, estudiando el amor del ministro, sólo buscan el modo de -- adaptarse a sus ideas para hacer su fortuna particular, sin reparar en el modo ni los principios públicos que pueden producir sus operaciones.

C. de Fernán Nuñez, Vida de Carlos III, 164.

fuese el apoyar incondicionalmente la política de los - ministros regalistas, aconsejando a los "filósofos" de su tiempo que no metiesen al pueblo en los asuntos de gobierno. Sus Cartas son, en última instancia, un plano puesto al servicio del despotismo ilustrado.

+ + + + +

Frente al hombre inseguro que es Cadalso, -- frente a sus eternas dudas, se opone la arrogancia de don Juan Pablo Forner. La solución que éste ofrecía, - era filiable a la que se había intentado mantener en - el siglo precedente por parte de los escritores del si glo de oro, o sea, "el defendella y no enmendalla" de Guillén de Castro. Pero para un erudito no era un pro blema de política el que se hacía presente, sino algo más complicado. Tenía que buscar una justificación a todo el pasado español, que ya había hecho crisis.

Su posición podrá ser tachada de falsa y con vencional, o ser vista como un producto de la mala fe; pero de lo que no se puede dudar es de la perfecta --- congruencia de toda su obra. Si en los Discursos filo sóficos sobre el hombre combate a la filosofía moderna, en la Oración apologética demuestra el origen de los -- "errores filosóficos modernos" a la par que prueba la - aportación que el modo de pensar español hizo a Europa, criticando los defectos de aquél en las Exequias de la Lengua castellana.

Si tratamos de llegar al fondo del pensamiento de Forner, encontraremos quizá las mismas dudas que hallábamos en Villarroel. La ciencia, de manera indiscutible, había hecho progresos gigantescos, pero, ¿a donde conducían? ¿era en realidad el camino de la salvación, como lo proclamaba Europa casi al unísono, o no era más que una desviación momentánea de la vida -- europea, cristiana hasta aquel entonces?

Si Villarroel dudó toda su vida entre sumirse en el nuevo modo de pensamiento o quedarse en la -- segura orilla del pensamiento tradicional cristiano, -- en don Juan Pablo Forner no existió tal indecisión; -- forzando interpretaciones, buscando las más escondidas veredas de la mente y desconfiando de la cultura de la Ilustración, se erigió en campeón literario del cristianismo y de la cultura española tradicional.



TERCERA PARTE

DESPOTISMO ILUSTRADO Y TRADICION

I

Frente a la agustiniana Ciudad de Dios, --- los europeos del siglo XVIII pretendieron erigir la Ciudad de los hombres. No se buscaba en ésta una felicidad ultraterrena, incomprensible para la criatura racional, tan elevada que debiera ser creída y no comprendida. Por el contrario, se quería levantar una habitación hecha a la medida de lo puramente humano,-- se suspiraba y se trabajaba por un mundo razonable,-- en el que las verdades descubiertas por el hombre sirviesen de fundamento al palacio en el que el habitante de la Tierra encontraría la felicidad, última y --única meta de su existencia. Y esta felicidad había-- también cambiado de signo, se había materializado e --"ilustrado". La ciencia, el comercio, la industria, el trabajo, eran las fuentes de los bienes humanos: -- la riqueza, el bienestar, la tranquilidad, la paz, la seguridad, el orden eran la concretización de los bienes. La piedad, la gloria militar, la mortificación de la carne, la austeridad, eran formas desechadas de comportamiento. Los nuevos placeres estaban hechos a la medida de quienes los habían de disfrutar y estos-- goces podían ser aprovechados de una manera total, -- completa, exhaustiva; se trataba de ser feliz hasta -- los límites de lo imaginable y todo conspiraba para -- ello.

Por desgracia, aunque la felicidad se sentía casi al alcance de la mano, había aún un camino bastante frágil por recorrer; la simple apetencia no aportaba lo deseado. Eran necesarios nuevos sacrificios y nuevas luchas para obtener la última conquista, la que cerraría la marcha de la razón.

Los valores que se perseguían habían de ser establecidos derribando las instituciones antiguas y tradicionales, mantenidas exclusivamente por el paso de los siglos y las intenciones de unos cuantos, tan carentes de escrúpulos que eran capaces de explotar para su provecho la superstición de la mayoría. Ese pasado gravitaba como un fardo sobre las espaldas de la humanidad. Había que empezar por aliviar al hombre de su carga más pesada. Para lograrlo se abrió el proceso de la religión y en especial del Cristianismo (1), al que de buena gana se identificaba con la superstición. Voltaire exclamaba para lo que llamaba su pequeño grupo: "Ecrasez l'infame!". La infame era para él el Cristianismo, que, con sus misterios y su irracionalidad, anudaba la venda sobre los ojos de sus infelices seguidores a los que explotaba sin piedad, y que con la promesa de una salvación eterna hipotecaba vidas y haciendas en este mundo.

Sin embargo, el mismo que pedía que la infame fuese aplastada, no dudaba en comulgar delante de

(1) Hazar, Paul. La pensée européenne au XVIII^e siècle.

todos los campeinos que vivían en su castillo de ----
Ferney, "para darles el buen ejemplo". Y es que la -
religión era, hasta entonces, la máxima garantía de -
orden que la sociedad había encontrado. Las acciones
de la Iglesia, intérprete de la Escritura, sostenedo-
ra del hombre con los Sacramentos y su máximo juez --
terreno, con castigos tan eficaces como la excomuni6n,
estaban sancionadas por Dios, con lo que obtenían un-
carácter sobrenatural y divino capaz de someter a los
más osados. Los reyes y los emperadores, los jueces-
y magistrados, al unir su potestad temporal a la ----
eclesiástica, gozaban también de ese sello divino. -
La autoridad temporal y la espiritual quedaban fundi-
das en una sola. El papa coronaba al emperador y el-
obispo al rey; el mundo natural y el divino se halla-
ban en una relación de dependencia que garantizaba --
los fines del primero al mismo tiempo que otorgaba lo
espiritual un sentido a lo temporal. La ley divina -
sancionaba a la natural y, en su segundo grado, a la-
positiva. La dada por la potestad temporal, tenía --
que estar de acuerdo con la natural y la divina, con-
lo que se hallaba doblemente hipotecada por la volun-
tad de Dios y por la que la naturaleza depositaba en-
cada hombre; doble cadena que entorpecía la marcha de
los reyes y reducía la esfera de su autoridad.

La ley divina y la ley natural eran las prin-
cipales trabas, al mismo tiempo que los más firmes sos

tenes, del depositario de la soberanía. El Estado -- autoritario, absolutista y autocrático del siglo ---- XVII se halló en la necesidad de combatir en contra - de ambas leyes, para subsistir acompañado de todos -- los adjetivos que quería que le caracterizaran. Si - los hombres o la Iglesia se podían oponer a la autori- dad real para combatirla o para asociarse a ella en - un plano de igualdad y no de obediencia, la potestad- podía considerarse destruída. La soberanía debía go- bernar sola, sin nada que se le asociase o escapase - y para eso lo primero que tenía que hacer era encon-- trar un origen que le evitase ser responsable ante una potestad superior. Tomás Hobbes iba a ser quien fun- damentase este nuevo modo de gobernar a los hombres y a la Iglesia.

II

En 1648 triunfaba la revolución que daría - al traste con la monarquía y con la cabeza de Carlos- I de Inglaterra. Las disensiones religiosas habían - sido el germen de la guerra civil: por profesar en -- confesiones diferentes, el choque entre el príncipe - y los súbditos se hizo necesario y del encuentro vino la muerte de la autoridad real. No sólo Inglaterra - había presenciado la ruptura entre el príncipe y los- vasallos, Europa entera había ardido en guerras intes- tinas por motivos religiosos. Las Naciones estaban - arruinadas, el comercio languidecía, las industrias - apenas trabajaban, los campos estaban yermos y los - ejércitos los recorrían asolando lo que quedaba y lle- nando los espacios aún vacíos en los cementerios. -- Francia, Alemania, Austria, los Países Bajos, habían- conocido las discusiones a mano armada entre las dife- rentes facciones religiosas, y estas guerras, en un - principio nacionales, se habían extendido más allá de las fronteras en las que habían nacido para arrastrar a España, a Suecia y a Dinamarca y convertirse en la- lucha más grande y violenta que el mundo europeo ha-- bía conocido en su historia. Para evitar que estos - azotes se volviesen a presentar, Thomas Hobbes, naci- do en 1588 y exilado por la Revolución inglesa de ---

1648, meditó en Holanda, su refugio, el sistema de gobierno que traería la paz y la seguridad que conducirían a su vez al progreso y a la felicidad.

El pensamiento de este filósofo inglés perseguía un solo objetivo al través de toda su obra, el establecimiento de la omnipotencia de la soberanía -- dentro del Estado; el confundir en una sola mano los poderes que hasta entonces la monarquía nacional y la Iglesia, nacional o universal, se habían disputado. -- Con eso, a su modo de ver, los conflictos quedaban -- zanjados de una vez para siempre.

Para construir su Estado, Hobbes necesitó, -- en primer lugar hallar los materiales dispersos, sin cohesión ni agrupación, libres de la forma que les había dado ya la sociedad. Por medio de una abstracción lógica extraordinaria los descubrirá en la naturaleza, en un estado de libertad y pureza absoluta. Con ellos y ayudado exclusivamente por la razón, construirá el Estado, lógico y natural al mismo tiempo.

Estos materiales que encuentra son los hombres y, a partir de ellos, asociándolos y disociándolos como fuerzas libres, por un método geométrico, levantará algo puramente humano, dependiente únicamente de voluntades humanas, humano en su base y en su cúspide. Esta condición es conducida hasta el extremo, -- hasta la máxima tensión, hasta dar con la deificación

de lo humano. El resultado es el Leviatán, dios ---- hecho por los hombres y, por consiguiente, participe de la naturaleza de éstos, pero será un dios mortal, - el dios de quien decía el Libro de Job que había terminado pastando en los campos, convertido en una bestia.

Antes de agruparse en el seno de la sociedad Hobbes encuentra a los hombres viviendo en el llamado estado de naturaleza, del que ya había hablado Lucrecio. Como elementos primeros que eran, gozaban de -- una perfecta igualdad en las facultades del cuerpo y - en las del espíritu. Esta igualdad se extendía a las ambiciones: deseo de placer sensual y espiritual. La equiparidad que los caracterizaba no establecía el -- equilibrio, por el contrario, engendraba la inseguridad producto de la insuficiencia que tenía el hombre para gozar de los frutos de su trabajo. Bastaba con que unos cuantos se asociaran para que alguien saliese despojado. El único camino para la conservación - (cosa inherente a la naturaleza humana), es la anti-- cipación, el dominar a los demás durante el mayor --- tiempo posible. Bellum omnium in omnes, guerra que, - si no siempre se actualizaba, siempre se hallaba en - estado potencial, por no haber un derecho que regulase las acciones humanas. Así pues, ius omnium in omnia, derecho de todos sobre todo dentro del cual nada es - injusto: los hombres luchaban porque la naturaleza -

les incitaba a proteger sus personas y sus bienes.

El temor a la muerte, el deseo de las cosas necesarias para el bienestar y la esperanza de obtenerlas por medio del trabajo, eran las causas que habían incitado a los hombres a buscar la paz. La razón había proporcionado las leyes para su mantenimiento. Estas leyes -leyes naturales- eran las que establecían el pacto que permitía a los hombres vivir en sociedad. Se reducían a dos:

"Cada hombre debe esforzarse por la paz, mientras tiene la esperanza de lograrla; y cuando no puede obtenerla, debe buscar y utilizar todas las ayudas y ventajas de la guerra. Y,

"Que uno acceda, si los demás consienten también, y mientras se considere necesario para la paz y defensa de sí mismo, a renunciar este derecho a todas las cosas y a satisfacerse con la misma libertad, frente a los demás hombres, que les sea concedida a los demás con respecto a él mismo. (2)

El pacto era básicamente una renuncia a la libertad, que tan funesta había sido para los hombres, en beneficio de un tercero que recibía el título de soberano. La soberanía era la libre disposición por parte del soberano de la parte de libertad a que cada hombre había renunciado. Ahora bien, el soberano no había solicitado nada, habían sido los signatarios del pacto quienes le habían llamado, y por ello el pacto era irreversible. En ningún caso, en ningunas condiciones podía ser deshecho. El romperle, suponía, ---

(2) Leviatán, parte I, cap. 14, 107

además, la vuelta al estado de naturaleza.

La soberanía gozaba de todas las atribuciones necesarias para asegurar la paz dentro del Estado. En primer lugar, nadie podía considerarse libre de so meterse al soberano; en caso de negarse un hombre a acatar el pacto, se arriesgaba a ser eliminado por los demás, por no cubrirle la acción que el soberano prodigaba a los hombres que se sometían. Ninguno de los que formaban el Estado debía ni podía quejarse de injusticia o de injurias provenientes del soberano, ya que éste obraba de acuerdo con una ley que él mismo -- hacía y deshacía a su antojo; por lo mismo, nadie podría castigarle o matarle. Las opiniones de los súbditos y las doctrinas que llevasen a la paz tenían un juez en el depositario de la soberanía, quien al mismo regulaba, además, la propiedad de sus súbditos, por no haberla habido en el estado de naturaleza y haber aparecido con el pacto. Era, también juez en todas -- las disensiones que pudieran surgir de la aplicación de la ley natural y civil; nombraba a sus ministros, -- consejeros, magistrados y funcionarios; declaraba la guerra y firmaba la paz; recompensaba y castigaba; -- imponía los tributos y, finalmente, daba a cada hom--bre su lugar en el Estado.

Su poder es tal, escribe Hobbes, que los -- hombres "cuando no están en su presencia, parecen --- unos más y otros menos, delante de él no son sino co-

mo las estrellas en presencia del sol" (3).

Este inmenso poder que parecía inmenso en las manos de una sola persona para los eternos descon- tentos, era la única garantía de la paz. Con todos -- sus gravámenes, la tranquilidad de la vida dentro del Estado era infinitamente superior a la vida en el es- tado de la naturaleza, a la que calificaba de "tosca, solitaria, embrutecida y breve".

Quedaba, después de establecer los atributos y derechos de la soberanía, el problema de la religión de los súbditos. Esta tenía su origen natural en --- cuatro causas: la idea de los espíritus, la ignoran- cia de las causas segundas, la devoción hacia lo que los hombres temen y la admisión de las cosas casuales como pronósticos. Estas ignorancias y debilidades -- humanas habían sido capitalizadas por los fundadores y legisladores de los Estados de los gentiles para -- mantener a los pueblos en la paz y en la obediencia.- Las circunstancias históricas obligaron a Hobbes, ma- terialista y escéptico en el fondo de su alma, a acu- dir a la Revelación para explicar la religión de su - país. Pero siempre alerta para evitar cualquier con- flicto entre la ley civil y la divina, afirma que --- Dios, "dió leyes no solamente para la conducta de los hombres respecto a El, sino para la de uno respecto a

(3) Leviatán, parte II, cap. 18, 150

otro. Por esta razón en el reino de Dios la política y las leyes civiles son una parte de la religión, y-- por ello no tiene lugar alguno la distinción de dominio espiritual y temporal" (4). La unidad de la soberanía era, pues, completa, y no presentaba la más pequeña fisura que pudiese permitir una escisión; el rey -- sería al mismo tiempo jefe de la Iglesia y los súbditos estaban obligados a seguir la voluntad del monarca, prestando un acatamiento exterior a la religión -- que éste decidiese, con lo que los vínculos entre gobernante y gobernado se apretaban más aún. "Poder -- temporal y espiritual son sólo dos palabras traídas -- al mundo para que los hombres vean doble y confundan a su legítimo soberano" (5), concluye.

El Leviatán, el Estado monstruo, acaparaba al individuo, sus bienes, sus acciones y la expresión de su pensamiento y creencias. Se requería una sumisión completa del individuo exterior y, además, un -- consentimiento de esta sumisión, por ser un acto libre, voluntario y beneficioso del hombre. Al no obedecer más que a una sola voluntad, terminaban las dudas, los titubeos y las divisiones; se aseguraba la paz y el bienestar; se eliminaban las guerras civiles, el verdadero monstruo que acechaba a la humanidad para volverla a llevar a la degradación y a la muerte.

(4) Leviatán, parte I, cap. 12, 97

(5) Leviatán, parte III, cap. 39, 387

La obra de Tomás Hobbes tuvo una repercusión inmediata en todos aquellos que estudiaron el derecho natural y sus orígenes con posterioridad a 1651, año en que se publicó. El pacto social se convirtió en el punto en que se debatieron las ideas políticas del siglo en el que vivió y en el subsiguiente. Don Joaquín Marín y Mendoza, el primer profesor de Derecho natural y de gentes, escribía de la obra del filósofo de Malmesbury: "Este mismo (Hobbes), meditando sobre la construcción y forma de las Sociedades Públicas o Estados, cimentó la doctrina de los pactos y decretos que intervienen, cuyo plan ha adoptado después otros modernos, y tiene, además, otras ideas y opiniones muy particulares, pero éstas forman la divisa y como seña de su doctrina" (6). En efecto, es la doctrina del pacto social creador del Estado y de la soberanía, el punto más destacado de su teoría y aquel en que se centró la polémica.

(6) Historia del Derecho Natural y de Gentes, XVIII, 40.

III

Las ideas que habían formado al nuevo Leviatán no se quedaron en el papel ni sirvieron exclusivamente para las discusiones de los teorizadores del -- Derecho y de la Política. Los príncipes la acogieron con las mayores muestras de contento (7) y la Iglesia las condenó de inmediato; la Iglesia católica no fue la única en ponerlas en el índice: los obispos anglicanos se ensañaron en contra del autor y no se libró de sus iras más que por la protección que el recién entronizado Carlos II le dispensó.

Tal como había sido expuesta, la teoría del Estado de Hobbes no podía ser aceptada por los príncipes católicos. Tuvieron, pues, que recurrir a un rodeo, a una acomodación del monstruo apocalíptico con otros principios extraídos de la Escritura. No era un fenómeno nuevo, igual fenómeno se había realizado con Maquiavelo y había producido excelentes resultados. La potencia europea que primero va a experimentar estos nuevos principios será el reino del Cristianismo Luis XIV, estado Leviatán si jamás los ha habido. Von Wise, lo ve así: "la forma de gobierno de -- Luis XIV había constituido el ideal de la monarquía absoluta. En la lucha contra los gremios y la Iglesia-

(7) Historia del Derecho Natural y de Gentes, XIX, 41

romana, el absolutismo francés había hecho surgir un Estado sancionado por Dios, pero absolutamente determinado por puros intereses político-estatales, que an tepone siempre el desarrollo del poder político y la razón de estado a los principios eclesiásticos. Las controversias confesionales van disminuyendo en el -- juego de una intrigante política de gabinete. Medi-- das de previsión militar/burocrática procuran condu-- cir la soberanía propia del Estado, según principios-- racionales" (8).

El fortalecimiento adquirido por la autoridad real en la Francia del Rey Sol era un fenómeno -- casi desconocido para Europa. Jamás se había conocido una homogeneidad tal en el ámbito de una nación: -- el rey reinaba y gobernaba hasta confundir su perso-- na y la del Estado; sus órdenes llegaban hasta los -- más recónditos lugares y rompías las decisiones de -- los Parlamentos; su potestad en materias confesiona-- les era acatada como un oráculo divino y, cuando no, -- sus soldados se encargaban de imponerla por la fuerza. Por primera vez, un Estado era una organización racio nal, clara, con la evidencia y solidez de un sistema. La mente más lúcida de la Francia del Siglo XVII, ---- Jacobo Benigno Bossuet, la justificaba en el terreno-- religioso y hallaba esos vínculos misteriosos que --- unían al Estado absoluto con los principios divinos --

(8) La cultura de la Ilustración, 39

de la Escritura. La monarquía se santificaba y hallaba un fundamento divino y no contractual como quería - Hobbes, pero era al mismo tiempo poseedora de una soberanía absoluta e indivisible, que ejercía un poder - también absoluto pero no arbitrario. El país de Descartes no podía dar entrada a lo irracional entre sus principios de gobierno. No importaba tanto este desarrollo racionalista de las premisas del pensamiento político como sus conclusiones: la teoría de la no resistencia de los súbditos en contra del monarca. ¡Por algo se encontraba el Leviatán en la biblioteca particular de Bossuet!

El año de 1700, Felipe V de Anjeo, nieto de Luis XIV, partía del palacio de Versalles para ceñirse la corona de España. Le acompañaron una pléyade de servidores formados en la escuela de administración que era la monarquía francesa y, desde los primeros momentos, empiezan la labor de asimilar a España los métodos que habían aprendido al norte de los Pirineos. La primera misión que se les presentaba era la de homogeneizar un país que se negaba a ello.

IV

El pensamiento político del despotismo ---- ilustrado adquirió verdadero relieve en España en la segunda mitad del siglo XVIII, es decir, durante el -- reinado de Carlos III. Se destaca como pensamiento, -- ya que la política ilustrada, la acción de los ilus-- trados, nacionales o extranjeros, se puede fechar con el advenimiento de los Borbones. Orry y Macanaz, se-- rían dos ejemplos de funcionarios reales, que empiezan a marcar el influjo de las ideas extranjeras en mate-- ria de gobierno desde los albores del siglo. A ellos podríamos añadir una lista de ministros, consejeros, -- eclesiásticos, nobles y militares que se unen ferve-- rosamente a las reformas de Felipe V y Fernando VI. -- Pero no fué hasta el reinado de Carlos III más que -- una minoría demasiado exigua y demasiado influida aun por el peso de la tradición para que pudiese exponer-- abiertamente su ideología. Los dos primeros autores -- que hemos examinado, Feijóo y Villarreal, son sínto-- mas de esta primera mitad del XVIII; no creemos nece-- sarios volver a insistir sobre los problemas que se-- les presentaron.

Por el contrario, en la segunda mitad de -- esa centuria, la miría ilustrada se va ensanchando, --

realiza una labor de catequesis abierta, se siente -- más atrevida y más segura, el apoyo de la autoridad-- se hace más firme, las reformas emprenden un vuelo -- inusitado y el pensamiento que guía este movimiento -- declara sus principios, sus fundamentos y sus anhelos. La obra de J. Sarrailh (9) traza un cuadro magistral de la obra de este grupo de reformadores.

La ideología política de la Ilustración española no fue expuesta de una manera clara y sistemática en ninguna obra. Hay una profunda diferencia en tre su acción y su pensamiento. Se presenta por lo general de manera imprecisa, vaga, diluída, contradictoria en algunos casos, al través de las obras o en la correspondencia de los ministros y consejeros de los Borbones. Por regla general, no forma nunca un cuerpo de doctrina, sólido y organizado, cosa que, -- sin embargo, encontramos en los enemigos de los ilustrados. No sólo los historiadores modernos de la España del siglo XVIII como J. Sarrailh, L. Sánchez Agesta, V. Palacio Atard, L. Sánchez Diana o C. Alcázar - Molina coinciden en estas ideas, sino que, los principios contemporáneos así lo consideraron.

En 1792, el conde de Cabarrús, antiguo director del Banco de San Carlos, ilustrado por los cuatro costados y futuro afrancesado, escribía a Jovellanos:

(9) L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIIIe siècle.

"El catecismo político está por hacer: vmd. sabe que - yo quise proponerlo por asunto de un premio cuantioso a nuestra sociedad patriótica. Se podría seguir este método o confiarlo a alguno de aquellos pocos para -- los cuales la idea de contribuir de un modo tan efi-- caz a la felicidad nacional sería dulce recompensa" - (10). Existe en el período que aquí examinamos un -- temor indiscutible a abordar el tema de la política.- Por ejemplo, Marín y Mendoza la definía así: "La Po-- lítica supone las sociedades civiles o Estados, la --- autoridad, las leyes y todos los demás objetos sobre- que versa el Derecho Público, y pasa, supuestos es-- tos antecedentes, a examinar la forma de gobierno que es más conveniente y los medios que más conducen a -- que el pueblo viva tranquilo y con todo lo necesario- para su conservación y mayor comodidad" (11). Es na- tural que en un tema tan candente como era la discu-- sión de los medios para hallar la felicidad de los -- hombres, -discusión que podía rozar a la autoridad _ real o al ministerio-, los escritores políticos pre-- firiesen abordar temas más generales -el derecho natu- ral y de gentes, por ejemplo-, los cuales no designa- ban situaciones particulares que podían volverse en - su contra. El mismo Marín y Mendoza insiste sobre el particular: no quiere saber nada con la política.

(10) Cartas sobre los obstáculos, 85

(11) Historia del Derecho Natural y de Gentes, 21 y ss.

Pese a este temor, algunos escritores abor--
daron el tema de la política. A veces de manera di--
recta, otras al través de rodeos como la moral, el de--
recho, la religión, etc. En términos generales es la
segunda posición la que domina y La falsa filosofía, -
crimen de Estado de Zevallos, los Principios del or--
den esencial de la naturaleza son dos ejemplos de es--
ta postura; las Alegaciones fiscales del conde de ---
Campomanes y la Instrucción reservada del conde de --
Floridablanca, son especímenes de la primera.

El fiscal del Consejo de Castilla, don ---- Pedro Rodríguez Campomanes, aprovechando un conflicto nacional y uno internacional, presentó dos informes - que por la materia e intenciones, son reveladores de su ideología política. Pese a ser piezas de proceso, - circunstanciales y elaboradas con una intención inmediata, pese a no ser más que un Memorial y un Juicio - calificado de imparcial, encierran en sus folios toda la ideología del fiscal, como se puede comprobar fácilmente, confrontándolos con los cinco tomos de Alegaciones que publicó don José Alonso en 1848.

En el año de 1766 el obispo de Cuenca, don - Isidro de Carvajal y Lancaster, hermano del que había sido ministro de Fernando VI, escribió una carta al -- Confesor de Carlos III, el obispo de Osma, en la que se quejaba amargamente de la situación de la Iglesia española. El confesor se la entregó al monarca y éste al ministro de justicia, don Manuel de Roda, furibundo regalista. Entre estos tres prepararon una verdadera celada al obispo conquense, insistiendo para -- que en una nueva carta expusiese de manera abierta y sin temor de ninguna clase cuales eran las quejas que le parecían pertinentes sobre la política del gobierno respecto de la Iglesia. Tan pronto como lo hizo, la-

segunda misiva, acompañada de la primera, fue entregada a los fiscales de lo civil y de lo criminal del Consejo, Floridablanca y Campomanes, respectivamente, para que "informasen" sobre su contenido y expresiones. El primero se encargó de contestar en el terreno hacendístico; el segundo en el de lo criminal. -- Tan pronto como el proceso fué ventilado, se reunieron todas las piezas que en él se utilizaron y con ellas y las Alegaciones de los fiscales se publicó un volumen in-folio para dar a conocer al público la actuación de la justicia real. Era, en su verdadera intención, un aviso para quienes intentasen en lo sucesivo seguir el camino de don Isidro de Carvajal, que -- vió sus escritos quemados por la mano del verdugo y -- tuvo que presentarse a excusarse ante el Consejo, del modo más humilde.

Dos años después se le presentaba otra ocasión a Campomanes para explayar su teoría política. -- Esta vez no se trató de un obispo sino de la cabeza de la Iglesia; Roma, "los curiales" serán los enjuiciados.

El ministerio de Parma tomó varias medidas -- "para el mejor orden y administración del Estado, y -- conservación de las regalías" y eso le había costado -- ver cómo la curia romana lanzaba un Monitorio "en el que no sólo se trataba de apropiar el Papa la soberanía de Parma y Plasencia, con desprecio de los trata-

dos más solemnes y títulos más recomendables, sino -- que se propasó hasta el extremo de absolver a los --- súbditos de aquel Estado del juramento de fidelidad - a su príncipe, y fulminar anatema contra el ministe-- rio y estado de Parma, suponiendo voluntariamente que los edictos ofendían la inmunidad eclesiástica, to--- mando de aquí prestádo para herir al príncipe de Par- ma con expresiones poco decorosas, aun entre personas privadas" (12). De acuerdo con Campomanes, no sólo - el príncipe de Parma era un Infante de España -hecho que por sí sólo hubiese permitido la intervención --- del Consejo sino que, además, el Monitorio ofendía --- a "todos los soberanos de Europa, y aun más particu-- larmente al rey de España, porque se infringían y con- culcaban los tratados, y se atentaba contra las rega- lías, los derechos e independenciam de las naciones, y era indudable que si no se rechazaban estos ataques y se reprimían estas invasiones del sacerdocio en el te- rreno del imperio, lo que entonces sucedía al estado- de Parma, más tarde o temprano sucedería con los de--- más (12).

Esta Alegación no corrió con la misma suerte que la anterior. Sometida al Consejo extraordinario, sus ideas, su tono, su manera de expresarse, die- ron pie a que se desatase una violenta campaña en con-

(12) Juicio Imparcial sobre el Monitorio de Roma con- tra el Ministerio de Parma, Hecho, 40 y ss.

tra del autor, aprovechando la obra. El mismo Roda - se vió obligado a dar la orden para que la Alegación, que ya había sido impresa fuese retirada. En una carta que Campomanes mandó al ministro de Justicia de -- Carlos III, podemos vislumbrar de que tipo eran los - ataques en los que había sido blanco. "En lo teológico -escribe- nadie trata de dogma. Sin embargo, antes de comunicar este escrito y por mayor seguridad, - le pasé con anticipación de tres semanas a los cinco- prelados que asisten al extraordinario" (13). La tormenta arreció de tal manera que no tuvo más remedio - que esperar a que aclarase antes de reemprender sus - actividades. En otra carta que escribió al mismo --- ministro hay una frase que nos indica claramente cual era su postura: "Si no ha llegado la época de que -- este país se illustre, me contento con hacer lo que -- puedo a riesgo de atraerme oposiciones que no merecen mi franqueza ni mi ingenua atención con todos" (14).

Aunque de las dos Alegaciones una gozó del favor del monarca y del Consejo y la otra fue retirada, ambas obedecían a un mismo pensamiento político; - diferían, exclusivamente, en la virulencia del tono.- En algunos casos, Campomanes usa las mismas expresiones en ambos escritos.

(13) Carta de Campomanes a Roda incluida en el vol.II, 58 de las Alegaciones fiscales.

(14) Carta de Campomanes a Roda incluida en el vol.II, 56.

VI

De los escritos de Campomanes se puede inferir con facilidad que el Estado a cuya edificación ayudaba, no coincidía con el que solicitaban los ilustrados europeos. El modelo que copiaba se había fabricado en el siglo anterior, cuando triunfaron entoda la línea las monarquías nacionales, autoritarias y absolutas. Dentro de ese tipo de sistema político, intentaba conseguir con mayor facilidad las metas de la Filosofía de la Ilustración. Había, pues, de adaptarse la organización política y administrativa del reinado de Luis XIV a nuevas circunstancias políticas, económicas, sociales, geográficas y temporales. La ideología que se iba a aprovechar, era en los puntos fundamentales, la que se desprendía del Leviatán, aunque no se declarase expresamente. Muchas razones concurrían para esto último. Como M. García Pelayo señala (15), "no se desconocía la raíz protestante ni el carácter anticatólico de algunos de sus postulados, - proposiciones y consecuencias, y en este sentido el iusnaturalismo tenía que ser objeto de una consideración negativa.- El resultado de esta contraposición - hubo de ser el intento de adaptar el lado "Técnico" - de tales doctrinas a la concepción del mundo sobre --

(15) Cfs. el prólogo al Derecho nat. y de gentes de Marín y Mendoza.

la que reposaba espiritualmente el Estado español, es decir, articular la novedad en la tradición, lo racional en verdades que se estimaban más allá de la razón".

Campomanes, a nuestro parecer, constituye una excepción: no trató de articular sino de imponer, no consideró lo tradicional como algo valioso, por el contrario, casi lo vió como algo nocivo y sin más razón de existir que lo rutinario. Las circunstancias antes apuntadas nos permiten suponer que, las concesiones que hizo a la tradición fueron imposiciones de su circunstancia histórica. Sus cartas no han sido editadas, sus obras no conocen más ediciones que las que él mismo hizo y alguna que otra del siglo XIX, no existe una sola biografía que nos indique cual fue su carrera y cual llegó a ser su poder e influencia que, de acuerdo con los raros testimonios que poseemos, debieron de ser enormes (16). Un simple inventario de su biblioteca sería de una enorme utilidad para conocer mejor su pensamiento.

Por lo pronto, vamos a limitarnos a exponer la enorme influencia que tuvo de Hobbes y cómo se las ingenió para, al mismo tiempo que la hacía valer, mantenerla embozada en una venerable túnica de doctrina ortodoxa y tradicionalista.

(16) Cfs. Vida literaria de don Joaquín Lorenzo de Villanueva, uno de sus protegidos. En ella cuenta como Campomanes era quien decidía prácticamente la entrada en la Academia de la Historia.

VII

El primer problema que el pensamiento político del despotismo se veía obligado a establecer era el de las relaciones entre el Imperio y el Papado. --- No en vano los pensadores políticos del Setecientos - español fueron regalistas, es decir, defensores y --- "rescatadores" de la autoridad regia que consideraban enajenada en beneficio del sacerdocio.

Para empezar, la soberanía del rey era totalmente independiente de la del papa. "En el juicio del cardenal Reginaldo Polo, no sólo deriva el César de - Dios la potestad absoluta e independiente, sino que - también es Vicario del Todopoderoso en los negocios - de la Iglesia, y en esta calidad debe intervenir en - todos los concilios generales, sin que por esto se -- ofenda la autoridad pontificia, porque en la senten-- cia de este purpurado no se puede dudar que el supremo rey y sacerdote, Jesucristo, dueño de toda la potes-- tad del cielo y de la tierra, tiene sus vicarios por ambos respetos, y la representación de cabeza sacerdotal que corresponde al papa en el concilio general, - no excluye la concurrencia del vicario de Cristo, rey"

lo que con él hiciesen los monarcas sólo serían dadas cuentas a Aquél que lo había conferido.

Pese a los claros títulos que los monarcas poseían, la soberanía había sido sustraída por la curia romana a sus legítimos poseedores, en España y en el resto de la Cristiandad. En el momento en que los príncipes habían tratado de recuperar sus derechos habían surgido los conflictos verbales, doctrinales y bélicos, por culpa de la oposición de los curiales. Meridiano ejemplo de estas luchas eran la Guerra de las Investiduras que, en la opinión del fiscal se debía a los atropellos de que había sido víctima la potestad temporal ya que "no se puede negar que al mismo tiempo que el santo pontífice Gregorio VII hacía sus conquistas espirituales, no se descuidaba de aspirar al dominio temporal en todo el orbe" (18). Este papa, tan pronto como se sentó en el trono de San Pedro comenzó a juzgar a los reyes, a deponer a los emperadores, a desatar los vínculos que unían a los vasallos a sus legítimos señores, a permitir que los juramentos de fidelidad fuesen rotos. El ataque a la soberanía de Enrique IV, su deposición y excomuni3n encendieron la guerra. Los males que de ella se habían desprendido, eran producto de la interpretaci3n "abusiva" que el papa había hecho de la sentencia de Jesucristo, mi reino no es de este mundo. Sintiendo en -

(18) Juicio Imparcial, 92

la Historia un apoyo seguro, Campomanes también calificaba a la interpretación papal de "nueva" o sea, que consideraba infringidos los principios eternos e inmutables de la organización política de los Estados --- cristianos.

De esta inamovilidad que concedía de tan -- buena gana a los reyes eran testimonios los Evange--- lios, en cuyas páginas se hallaban consignados los de rechos de los monarcas y afirmaba que "de la obliga-- ción a cumplir estos preceptos no está exento el papa ni la curia" (19). Sin embargo, el papado había aten-- tado otra vez en contra del poder temporal. A pesar del ejemplo de Gregorio VII, Bonifacio VIII se opuso a los derechos de Felipe el Hermoso de Francia por me-- dio de la bula Unam sancta, en la que se pretendió -- establecer un predominio de la Iglesia sobre el Impe-- rio, amenazando con la excomuni3n a aquellos que se -- opusiesen a los dictados de Roma. Pese a que la cle-- mentina Meruit había revocado la bula anterior, algu-- nos se seguían apoyando en ella. Finalmente, cuando el poder de los monarcas se había logrado establecer-- desembarazándose de sus rivales, "los escritores apa-- sionados de la curia" habían descubierto el llamado - "poder indirecto", "para disponer de los reinos, de -- sus leyes, de sus costumbres, de sus derechos y de -- sus propios soberanos, siempre que sea necesario para

(19) Juicio Imparcial, 93

un asunto eclesiástico o que se nombre tal" (20).

Todas estas doctrinas habrían caído en el olvido más absoluto si los jesuitas "no hubiesen vuelto a resucitar este espantajo (el poder indirecto de la soberanía espiritual sobre la temporal) para poner a su arbitrio los cetros". El Consejo, por medio de una real provisión del 23 de mayo de 1767, las había desterrado de las universidades españolas, siguiendo las decisiones del Concilio de Constanza. Francisco Suárez, Roberto Belarmino, Antonio Santarell eran los principales autores de las doctrinas "sanguinarias y tiránicas", y su influjo se había notado incluso en el docto Martín de Azpilcueta y en don Diego Covarrubias.

La historia era, pues, para el conde de Campomanes el tribunal que decidía en favor de la soberanía temporal el conflicto que los papas, con sus ingerencias en lo que les estaba vedado, habían creado. Los atentados no habían cesado y la prueba era que, en 1768, el Papa se permitía deponer a un príncipe cristiano de sus estados, sin tener autoridad para ello. Sin embargo, lo que crispaba al fiscal, era que lo hiciese reivindicando la soberanía que sobre los ducados de Parma y Plasencia decía tener en virtud de la Donación de Constantino.

Dos razones evidenciaban lo contrario. Primera, la Donación era falsa y apócrifa; segunda, aun en el caso de que hubiera sido verdadera, no podía -- tener valor alguno porque (y aquí se apoya en Hobbes) "siendo la sociedad un cuerpo que formó un contrato - libre y voluntario, no se puede separar ninguna de -- las partes sin su expresa voluntad, utilidad y absolu ta necesidad" (21). Este pacto, que tiene punto por punto las mismas características que el originador de Leviatanes, otorgaba a la soberanía las más amplias - facultades: "El pacto social, en cualquier forma --- de gobierno, ha reservado al arbitrio del que ejerci ta la soberanía el juicio de la necesidad, utilidad y conveniencia de los establecimientos que se dirigen a la felicidad pública y equilibrio de las posesiones - de todas las clases de ciudadanos" (22). En esas lí neas se resumían varios de los derechos que el sobe-- rano poseía de acuerdo con la teoría política de ---- Hobbes: La regulación de la propiedad de una manera libre por parte del detentador de la soberanía y la - igualdad de los súbditos ante el monarca, ya que en - este caso no hay que olvidar que el ministerio del du que de Parma había intervenido en la propiedad de los eclesiásticos, dando varias disposiciones sobre los - bienes de manos muertas.

(21)

(22) Juicio Imparcial, 100

Otra de las características de la soberanía era, siempre según Campomanes o su inspirador, como - se quiera, el conducir a los vasallos a su verdadera-finalidad, teniendo poder para organizar la sociedad-de acuerdo con su arbitrio. "La suma potestad civil--escribe citando a Santo Tomás con la mayor habilidad--formalísimamente no consiste en otra cosa que en orde-nar y dirigir las acciones de los súbditos a la utili-dad pública. Este es su fin y esta es su definición" (23).

Si el príncipe regulaba la propiedad y deter-minaba la arquitectura de la sociedad mediante ella - ("para evitar que cuando promueven una parte, las --- otras queden desatendidas"), en su mano debía estar--el medio de lograrlo, o sea, el de hacer la ley e in-terpretarla, de esta manera, "el estado de salud pú--blica les es privativo a los soberanos, con el conse-jo de los tribunales e independencia de los súbditos-y de toda ajena y extraña voluntad". Si la justicia-que los príncipes ejercían debía ser sometida a una - instancia superior, civil o eclesiástica, la sobera--nía sería destruída, porque lo era siempre que permi-tía asociaciones. Es bien claro que, en el pensamien-to de Campomanes, el poder que mantenía la cohesión--de los Estados encontraba un principio y una finali--dad, o sea, una autojustificación de sí mismo indepen-

dientemente de la sanción divina que pudiese hallar - en la Escritura. Y debe destacarse y distinguirse -- con especial cuidado la idea de la muerte del Leviatán por culpa de las guerras civiles y de sus anteceden-- tes obligados, la disensión entre los súbditos y el - depositario de la soberanía. Suigiendo su modelo, re- calca en la absoluta independencia que el príncipe -- tiene para legislar y juzgar (24).

(24) Juicio Imparcial, 101 y ss.

VIII

Si en el Juicio Imparcial, aprovechando un conflicto con la Santa Sede, se habían establecido los derechos de la potestad civil respecto a los súbditos, en el Memorial Ajustado que originó la acusación hecha al obispo de Cuenca, se trataban de especificar las relaciones entre Iglesia y Estado, deslindando las respectivas esferas de soberanía. El hecho de que el expediente formado fuese aprobado por Carlos III en juicio rotundo y que no daba lugar a distinciones, nos permite suponer que los principios en que se sustentaban los fiscales del Consejo eran los que informaban la política realista del despotismo ilustrado.

Campomanes, en el Memorial Ajustado, empieza por distinguir dos esferas de acción, dentro de las cuales se mueven las dos potestades. La competencia de la Iglesia no atañe más que al hombre interior y su método de acción es la oración; "orar e invocar la protección del Altísimo para que ilumine a los que gobiernan en su nombre, puesto que la autoridad les viene del mismo Dios, que alguna vez permite desaciertos para mejorarnos" (25). La doctrina contraria era sacrílega "porque quiere sujetar a los ungidos de --

(25) Memorial Ajustado, f. 147 r.

Dios al juicio de los particulares, como hizo el pueblo de Inglaterra, guiado de la ambición y fanatismo de Oliverio Cronwell contra Carlos I" y seductiva, -- "pues a título de conciencia, aunque errónea, pone a -- los eclesiásticos, siempre que sus intereses particulares se lo dicten, las ideas de persecución de la -- Iglesia, arrogándose los ministros de ella, y aun los impropios de este nombre, como lo pretendían los regulares de la Compañía en sus obras anónimas..., dando a entender que en ellos estaba reunido el centro de la Iglesia y que el no adular sus pasiones era perseguir la... Que en substancia, con rodeo de palabras es -- querer tomar un pretexto para poder levantarse contra la soberanía, siempre que las cosas no fuesen a medida de los deseos de tales fanáticos" y subversiva por que sujetaba al juicio de hombres díscolos lo que dependía del juicio de Dios solamente y contradictoria del Derecho Civil, del de Gentes y de la ley de Dios. Finalmente, era herética por haberse declarado así en la sesión 15 del concilio de Constanza (26).

En resumidas cuentas, el individuo, aun el hombre interior competencia de la Iglesia, no poseía una conciencia libre o, en el mejor de los casos, no podía tener más acción que una resistencia interior -- que en ningún momento podía ser manifestada. Como -- Hobbes indicaba, no estaba permitido por el pacto so-

(26) Memorial Ajustado, f. 147 r. y v.

cial el más pequeño gesto, acción o palabra que pudiese enderezarse en contra de la soberanía.

La Iglesia se hallaba dentro del Estado y sus miembros debían someterse a la soberanía del príncipe lo mismo que lo hacían los demás súbditos. Algunos se habían opuesto o lo habían censurado: por ejemplo, "Salmerón decía con blasfemia que San Pedro y San Pablo habían adulado a los reyes cuando inculcaban tanto al clero obediencia a sus príncipes; ---- idescaro execrable que con dificultad dará un ejemplo tan impío la historia de los heresiarcas!"(27).

Si los miembros de la Iglesia eran súbditos del príncipe, la Iglesia como tal era un cuerpo puramente espiritual que, como ya hemos visto, no podía salir de esa esfera y, por lo tanto, no podía imponer reglas ni vínculos que no se dirigiesen en forma exclusiva a lograr la salud eterna de los hombres. La vinculación que se hacía de los bienes era impropia e indebida, ya que estos habían sido concesiones de los reyes. El Tratado de la regalía de desamortización, obra póstuma de Campomanes, llevaba la intención desde principio hasta el fin de demostrar el derecho que asistía a los reyes de España para modificar la propiedad de la Iglesia. Ya en el Juicio Imparcial, escribía con cierta sorna que "el oro y la plata", estos codiciados metales, sólo sirven de embarazo, y se de-

(27) Juicio Imparcial, 161

ben abandonar para buscar el reino de los cielos" ---
(28).

Si se reducía la última y más fuerte barrera que se podía levantar en contra de la autoridad del rey, el dominio de éste aparecía como algo "absoluto, eminente, arquitectónico y paterno". El príncipe va siempre acompañado de la razón y sus actos, precisamente por eso, nunca deben ser vituperados ni impugnados abiertamente aunque se consideren gravosos. En cuanto a sus magistrados, "están exentos en todas las funciones de su cargo del rayo de la censura, por el laurel de la majestad que los cubre y abriga; son --- unos depositarios y coadministradores de la potestad suprema, con quien viene a constituir un mismo cuerpo; y ésta no puede ser interrumpida en su ejercicio ni, por consiguiente, pueden ser excomulgados" (29).

Si los magistrados estaban, pues, protegidos contra toda autoridad y censura que no viniesen del príncipe, no ocurría lo mismo, ni muchísimo menos en lo que a los eclesiásticos, nacionales o ultramontanos, se refería, ya que el príncipe podía emplear el recurso de fuerza y silenciar cualquier opinión -- que, proveniente de la Iglesia, le resultara contraria a sus intereses. "Si alguno quisiera ver reducido a dos palabras el espíritu de todos los decretos del Consejo en esta clase y su justicia, sepa que los

(28) Juicio Imparcial, 112
(29) Juicio Imparcial, 161

de fuerza dicen así, y no más: la bula o auto eclesiástico de que se trata, perjudica al público. Este es el secreto de todos los recursos de fuerza, y él mismo es su apclogía, pues manifiesta que se ciñe a lo temporal, y que es del interés del público. Aquí se encierra todo el tesoro de la regalía" (30). Resulta difícil expresar de una manera más concisa y directa que los ministros regalistas estaban dispuestos a instaurar la Razón de Estado como regla suprema de gobierno.

(30) Alocuciones fiscales, vol. II, 205

IX

Por lo mismo que no aceptaba las intromisiones de la potestad espiritual en la temporal, Campomanes se veía obligado a rechazar las veleidades de independencia que ciertas organizaciones mostraban en el interior del reino. Los gremios, con sus reglamentos establecidos por propia voluntad y tradición, sancionados en gran escala por el carácter religioso que desde la Edad Media habían adquirido, se sustraían a la administración real. En ese aspecto también fueron combatidos por los regalistas y, en la Educación popular de los artesanos, se advertía con toda claridad a aquellos a quienes se dirigía el discurso, la imposibilidad en que se encontraban para legislar en todo lo referente a "delitos comunes" y más aún en lo correspondiente a los "atrocés", fijar el número de profesores, tratar de obtener privilegios que otras clases sociales no gozaba. Es más, aún en lo que correspondía a la parte técnica o facultativa de un oficio, el gremio carecía de autoridad para fijar reglamentos que afectasen el trabajo de los maestros y oficiales, porque "el adelantamiento quedaría interrumpido, si la ordenanza fijase los principios del arte" - (31).

(31) Educación popular de los artesanos, 240 y ss.

Podemos decir en resumen, que el principal interés de Campomanes fue derribar cuantas trabas se oponían a la soberanía, proviniesen éstas de la Iglesia, la nobleza, los gremios o la Mesta. Los tribunales propios y la autolegislación que ciertas clases pretendían poseer por propio derecho eran atacados -- violentamente tan pronto como se tenía ocasión. ¡Cuán to más si este fraccionamiento de la potestad redundaba en beneficio de algún poder extraño al reino! -- Bastaría hacer una relación de los asuntos tratados -- por el fiscal en sus Alegaciones para ver esta lucha obstinada por rescatar la soberanía real vencer en casi todos los terrenos: los pleitos eclesiásticos habían de fenecer en el interior del reino, las prerrogativas del Nuncio apostólico eran reducidas a su mínima expresión, la autoridad de los obispos era fortalecida en detrimento de la de Roma, y dentro de esta nacionalización de lo que por sus orígenes debía de ser universal y ultramontano, se nota una tendencia centralizadora que va aumentando a lo largo de los -- escritos: el Patronato regio se aplica con toda la -- fuerza posible, la inmunidad de los eclesiásticos es puesta en entredicho y casi suprimida, lo mismo que el derecho de asilo que algunas iglesias poseían, las -- tierras que se hallaban vinculadas a la Iglesia eran desvinculadas por la fuerza para convertirlas de inmediato en tierras de realengo, el Consejo se otorga-

ba el derecho de intervenir en asuntos puramente eclesiásticos como eran las dispensas de matrimonios, --- etc.

Para realizar esta política se necesitaba, como principalísima condición, fundamentarla en una soberanía por completo independiente y que, al mismo tiempo, fuese su autojustificación. En lo que a don Pedro Rodríguez Campomanes se refiere, podemos ver cómo la estableció.

X

Hemos podido apreciar, en las obras del conde de Campomanes, la fundamentación de la soberanía de la monarquía nacional apoyándose en el pensamiento iusnaturalista de Hobbes, acomodado a hechos que destacaban con insistencia especial en la realidad histórica de la España del siglo XVIII. Estas circunstancias y la forma tan particular que sus escritos tuvieron fueron las causas principales que le impidieron desarrollarlo de una manera sistemática, aunque también es muy posible que deliberadamente evitase el hacerlo. En todo caso, las fuentes en las que bebió su pensamiento político no ofrecen la menor dificultad para ser descubiertas y las consecuencias que produjeron están fuera del campo de nuestro estudio y ya han sido estudiadas.

En 1785, un abogado sevillano, don Antonio-Xavier Pérez y López, miembro de aquella universidad andaluza, publicó un tratado en el que el pensamiento del despotismo ilustrado español se desenvolvía sistemáticamente; es más, su autor pretendía haber eslabonado un nuevo sistema. La originalidad del nuevo sistema, en caso de tener alguna, radicaba en ser un nuevo intento para poner de acuerdo los dos gladios.

El Orden esencial de la naturaleza está, como las obras hasta ahora vistas, plagada de concesiones formales: la primera de ellas es la propia forma del libro; es un nuevo sistema filosófico, a pesar -- de las repetidas demostraciones que en el siglo XVIII se habían hecho sobre la inutilidad de este método de pensamiento, y que los sistemas habían sido escarnecidos, triturados y ridiculizados tanto si se trataba de los aristotélicos o de los modernos, escolásticos o no. El mismo, como veremos más adelante, careció por completo de fe en ellos; mas fue seguramente esta concesión la que engañó al propio Menéndez y Pelayo, quien le colocó entre los apologistas del cristianismo en el Siglo de la Ilustración. (---). Si no nos está permitido dudar del catolicismo de Pérez y López, no podemos, sin embargo, aceptarle como "apologista" y colocarle junto a Zevallos. La influencia enorme -- que tuvo del pensamiento del XVII le alejaba de los defensores de la unidad del poder temporal y el espiritual, que identificaban los fines de ambas potestades. Otras concesiones serán las condenaciones que -- haga del pensamiento de Hobbes, a quien nombra expresamente, censurándole, para después seguirle casi al pie de la letra. Apologista, nos parece a nosotros, del poder real absoluto, su obra fue un canto de gloria en honor de la monarquía y, como las dos espadas no cabían en una sola vaina, eliminó, aunque sin de--

cirlo, una de las dos. El rey reinará solo, sin más-
guía que su conciencia.

quinto

XI

El planteamiento de la obra de Pérez y López responde a un tipo de pensamiento rigurosamente tradicionalista. Parte, en su sistema, de un principio indudable, Dios, y de un hecho evidente, la Creación. En la contemplación de ésta hallará materia y método; se limitará a observar el Universo y tratará de descubrir en él la huella de la voluntad de Dios que, para quien sepa observar, será fácilmente descifrable, de la misma manera que en un objeto manufacturado se puede adivinar la impronta del artífice-creador. La huella de Dios es el orden que se puede descubrir en el Universo, orden que se manifiesta como el progreso de unas cosas a otras y que la mente puede seguir. Universo racional y criatura racional, racionalismo que permite la comprensión de la voluntad divina. Sus maestros serán Descartes y Leibnitz.

La razón le indica que en ese progreso que la mente realiza de unas cosas a otras hay un principio y un fin. Dios, principio de todas las cosas, se le hace así evidente: es una razón necesaria, poderosa, racional y proveedora (32). Una vez establecido este principio la Creación resulta algo claro, racional y evidente; causas y efectos, potencias y facultades

(32) Orden esencial, 6

des, medios y fines, todo es comprensible y las cosas quedan "ordenadas en justo peso, número y medida"(33). En una palabra, el Universo es racional y ese racionalismo se evidencia en orden. "Sólo hay un orden necesario, eterno, inmutable que enseña la Metafísica, -- evidencia la Física, muestra la Moral y canoniza ---- nuestra Santa Religión. Este consiste en que todo el Universo y cada una de sus partes se ha creado y hecho esencialmente para gloria accidental de Dios y que ésta se verifica: 1º En dar a conocer su Divina esencia, atributos y perfecciones; 2º En comunicarlas exteriormente o ad extra según llaman los teólogos, y - por último en ejercitar estas mismas perfecciones y - atributos en sus criaturas" (34). El hombre, ser contingente, posee las facultades necesarias para conocer ese orden, garantizado por Dios, quien al mismo - tiempo garantiza el orden de las acciones humanas por medio de la inmortalidad del alma, única capaz de recibir un premio o un castigo verdadero, tan pronto como queda liberada del cuerpo por la muerte. La regla que el hombre debe seguir en la tierra es la ley natural, subalterna al orden esencial que impera en el mundo (35), cuyos fines pueden ser penetrados por el hombre; para ello basta con "investigarla en sí misma" (36). La ciencia marca, pues, el camino a seguir.

-
- (33) Orden esencial, 7
(34) Orden esencial, 11
(35) Orden esencial, 32
(36) Orden esencial, 32

"¿Qué medio más seguro de conocer íntimamente el cuerpo humano que el uso de la anatomía? ¿Ni cuál más cierto de fondear el fin de un artífice que reconocer su obra?" (37). Una vez averiguadas las facultades superiores e inferiores del hombre, advertidas las exigencias, tendencias y fines del mismo, se estará en condiciones de "conocer este portentoso edificio"(38).

Para montar su sistema político, el punto de partida verdadero de Pérez y López es el hombre. La contingencia de su naturaleza es vista como un atributo más, el principal incluso, pero eso no obsta para que el Orden esencial de la naturaleza se finque en radical singularidad del hombre. Como en Hobbes, una vez definida la naturaleza humana, será ésta la que se utilice para levantar "el portentoso edificio" y las leyes de equilibrio que lo mantienen en pie -la ley natural- será la argamasa que sirva para hacer de él una construcción imperecedera, o sea, el Estado.

(37) Orden esencial, 32

(38) Orden esencial, 32

XII

El hombre es un ser racional y su alma tiende por naturaleza a conocer la verdad "necesaria e in finitamente perfecta"; su mayor placer es contemplarla. Por ello tiende al bien y los bienes de esta vida no pueden satisfacerle ("dejan un vacío infinito - que sólo puede llenar un bien de su propia clase"). - El conocimiento de Dios es el único que puede producir una satisfacción absoluta. Y de la misma clase - son el elogiar las perfecciones de los demás, el agradecimiento, el arrepentimiento, el deseo de evitar -- los males y otras virtudes "que están impresas en el espíritu del hombre" (39). En este cimiento natural se funda la religión. (40).

Habiendo sido hecha la Creación para la --- gloria accidental de Dios y siendo los hombres los únicos que pueden conocerle por su racionalidad, el mundo les pertenece. Los brutos quedan excluidos por su -- irracionalidad que les impide alabarle (41). Para -- que los hombres puedan arreglar su conducta existe el derecho natural, necesario, eterno e invariable como la Creación misma. Esta ley, "dicta, en el caso de - concurrir dos obligaciones contrarias, cuál debe pre-

(39) Orden esencial, 33

(40) Orden esencial, 34

(41) Orden esencial, 44 y 45

ferirse y cuál posponerse, cuyo conocimiento sería -- imposible sin la inteligencia de la armonía y relaciones de todas las cosas entre sí, y sin el medio de -- combinarlas" (42). Es la armonía y la razón, escribe, y no la fuerza, como pretende Hobbes, lo que otorga un fin a lo creado. La naturaleza, creación divina, será la que otorgue por su voz inequívoca la regla de - conducta del hombre, es decir, el orden moral del Universo. El otro camino que se abre ante la humanidad para conocer la voluntad divina es la Revelación (43). Quienes se opongan a razones tan evidentes - el ateísmo y el politeísmo- deben ser excluidos, de la misma manera que aquellos que infringen la ley natural por medio de la blasfemia, la impiedad, el perjurio y la mentira (44).

(42) Orden esencial, 60
(43) Orden esencial, 71
(44) Orden esencial, 74 y ss.

XIII

Esta naturaleza del hombre no se presenta -- así en la realidad porque entre ella y la actual me-- dia algo que le da un sentido especial a la vida. En tre la naturaleza "íntegra o pura" y la naturaleza -- que el hombre posee en la actualidad se encuentra en la Caída. Racionalista empedernido, Pérez y López in tenta una explicación natural y física de un fenómeno religioso.

Los hombres habían conocido la naturaleza -- en todo su esplendor. En aquel entonces se dedicaban de manera exclusiva a entonar cánticos en honor de -- Dios, a hacerle sacrificios y a la meditación; el tra-- bajo no era necesario porque la tierra producía más -- allá de las necesidades de sus pobladores y los que -- se dedicaban a una faena lo hacían por diversión (45). La senda de la verdadera religión fué abandonada, de-- pronto, cuando los hombres empezaron a adorar a unos-- dioses "a medida de sus pasiones y antojos" (46), y -- el castigo no se hizo esperar y a partir de aquel ins

(45) El bienestar del mundo y la generosidad de la -- tierra las explica Pérez y López por medio de la Físi ca: el mundo giraba sobre sus dos polos sin declinar, el ecuador era siempre el mismo y por ello los días y las noches eran iguales, no había desiertos y la temperatura era siempre la misma y reinaba una eterna -- primavera. Bastó que los polos declinasen para que se produjese un desastre.

(46) Orden esencial, 130

tante "la confusión universal era la reina del mundo imperando en él por el trastorno de nuestra naturaleza y facultades respecto a sus fines" (47). La religión verdadera fué revelada, Jesucristo vino al mundo y los milagros, profecías cumplidas, etc., fueron apoyos para volver a conducir a la humanidad hacia la --verdad. Mas el mundo había cambiado y el hombre se --hallaba en estado de naturaleza (48), es decir, poseedor de una naturaleza que podríamos llamar dañada o --deficiente. La tendencia al bien que se manifestaba en la naturaleza íntegra o pura, se encuentra tan obs--curecida que resulta casi imposible reconocerla, y el primer síntoma de los resultados de la Caída es el --egoísmo. La naturaleza física también estaba dañada y la tierra ya no es lo que fue: rinde poco, hay que--trabajarla con mucho esfuerzo y esto, mezclado al ---egoísmo hace que nadie se de al trabajo si no es con--la sola y única esperanza de gozar de los frutos de --su esfuerzo con toda libertad, "en vida o al tiempo de la muerte" (49).

Aunque Dios había creado los bienes terre--nos para uso y sustento de todos los hombres, "en su estado actual es indispensable para conseguir este --fin la división de ellos e introducción de los domi--nios" (50). El mal, el egoísmo es, pues, el princi--

-
- (47) Orden esencial, 131
(48) Orden esencial, 154
(49) Orden esencial, 155
(50) Orden esencial, 155

pio de la propiedad, pero ésta es, al mismo tiempo, - un paliativo al daño que siguió a la Caída, porque -- asegura el trabajo y la producción, cosas que serían- inexistentes sin la seguridad de la posesión. Y la - falta de trabajo y producción acarrearía la desaparición de los hombres, pasando antes por una etapa de - desorden y violencia.

Como no hay un hombre, un juez, capaz de de terminar qué es necesario para la supervivencia del - hombre, cada uno debe guardar lo que le pertenece y - disponer libremente de sus bienes. Para asegurar esta posesión se establecen los dominios, los contratos, los testamentos (51) y así, la propiedad pasa a ser - algo legal.

Para asegurar esta propiedad y sus diferentes formas legales aparece la sociedad civil. Junto a esto hay otras necesidades que conducen a esta establecimiento, tales son: "el orden prescrito por la naturaleza en su estado actual, esto es, para ser racionales efectivamente, religiosos, justos, humanos y caritativos (52). La sociedad ayuda a la conservación de la vida, del honor, de la familia y de los bienes, cosas que ya considera "obligaciones que Dios les ha -- impuesto por medio de la naturaleza" (53). Ya se tra

(51) Orden esencial, 156 y ss.

(52) Orden esencial, 168

(53) Orden esencial, 169

ta de un castigo o de una recompensa, en ambos casos los resultados son los mismos y tienen un mismo origen: la naturaleza del hombre no es íntegra y el mundo se lo muestra a cada paso. Sin embargo, el hombre virtuoso está obligado a comer, vestirse, conservarse él y su familia y su honor; no ha de injuriar a nadie, debe ayudar a los demás y debe cumplir los pactos en los cuales se ha comprometido (54). --- Para poder cumplir con este decálogo natural es una condición necesaria el formar parte de la sociedad. - Son una necesidad moral y una necesidad "casi física" las que allí le guían y, una vez en la sociedad, se está en condiciones para obtener los fines humanos, - en cuya conquista se obtiene la perfección y la felicidad humanas (55). Para un hombre, quedarse al margin de la sociedad equivale a "quedarse hecho un idiota, o matarse" (56).

Así pues, la sociedad civil, pese a ser una exigencia lógica de la ley natural, dependiente a su vez de la ley divina, cuando se plasma se convierte en algo humano, sujeto a fines y leyes humanos, aunque dependientes de la voluntad divina, cierto es que en segundo grado. Pero todos los pasos son racionales-- porque el Universo entero es razón y, por lo tanto, - la sociedad será según Pérez y López, "un medio nece-

(54)

(55) Orden esencial, 169

(56) Orden esencial, 175

sario para conservar el orden racional" (57), cuyos -
elementos primeros serán los hombres y cuya finalidad
será la felicidad y perfección de los mismos.

(57) Orden esencial, 175

La misma obligación creadora de la sociedad civil engendra la potestad pública soberana, "esto es, escribe, una persona moral, bien sea una o muchas físicas, en cuya mano esté el conjunto de derechos y -- medios indispensables y oportunos al fin de la sociedad" (58), con lo que suprime a los hombres la libertad de establecer un soberano o vivir ajenos a una -- potestad (59). Para salir al paso de las teorías que pretendían ver en los depositarios primeros de la soberanía, es decir, antes de ser delegada, una posible ingerencia en la administración de la misma, afirma -- que "tampoco son los hombres libres para constituir -- una potestad pública, tomando este nombre en un sentido moral abstracto, es decir, que no son árbitros de -- aumentar ni disminuir los derechos de la soberanía; -- porque ésta resida en una persona o en muchas, sea -- electiva o se ascienda a ella por sucesión, según las diversas leyes fundamentales de los imperios. Si ha -- de ser perfecta, como debe ser, es indispensable que -- resida en un mismo agregado de derechos que en otra, -- y que en todas: un conjunto, digo, necesario para man -- tener el orden y conseguir el fin de la Ciudad, que es

(58) Orden esencial, 175

(59) Orden esencial, 175

la felicidad humana en cuanto es posible en esta vida"(60). El origen iusnaturalista de esta idea de la soberanía es innegable: la ley natural es tan inalterable como el mismo mundo de la naturaleza, en el que la Providencia hace que las especies nuevas que puedan surgir por cruce de las establecidas, sean estériles para no trastornar el orden establecido (61). -- Por otro lado, la influencia de Hobbes en su pensamiento sobre la soberanía resulta evidente, y a partir de este momento empieza a seguirle con toda docilidad, - excepto en lo que se refiere a la fusión de la soberanía temporal y espiritual, problema que decidirá en favor de la idea de Campomanes sobre las dos esferas distintas.

Si la soberanía es única e indivisible y no permite agregados ni fraccionamientos, el primer problema que se presenta es el modo de evitar un conflicto con aquella otra que también reclamaba y hacía valer su poder sobre los componentes de la sociedad. - Interesado de manera especial en la soberanía civil, - pasa sobre este problema como sobre ascuas y se limita a señalar que la potestad civil se dirige a los hombres con ayuda de "derechos y medios naturales" (62)- mientras que la jurisdicción eclesiástica -no emplea

(60) Orden esencial, 176
(61) Orden esencial, 14
(62) Orden esencial, 177

el término potestad- se encuentra llamada a interve--
nir en una esfera superior a la natural y, por consi--
guiente, "espiritual y sobrenatural", siendo los mis--
terios y sacramentos, el sacrificio y la dirección de
los fieles a una vida y felicidad superiores, sus úni--
cas actividades (63). En esta diferencia de "natura--
leza" encontraba la clave que había de solucionar el--
problema que tan ásperas disputas provocaba en ese --
momento.

Salvado este primer y difícil escollo, se -
enfrenta a un problema que ya había sido tratado por--
el iusnaturalismo y que él va a limitar a exponer ---
otra vez ya que ni el desarrollo ni la conclusión tie--
nen visos de originalidad. ¿Cómo es que, no habiendo
potestad entre los hombres en estado de naturaleza, -
la subordinación que deriva del pacto social habrá --
de ser respetada por aquellos que no participaron en--
su formación? El mundo de la naturaleza, la Física, -
venían a resolver esta objeción. En este reino, de -
la reunión de los primeros principios resultaban unos
entes nuevos que antes carecían de existencia y, por--
lo tanto, de atributos. Del mismo modo, las llamadas
personas morales no existían en el terreno político -
hasta que los hombres las establecían y, al hacerlo,--
aparecían con todos los atributos que las caracteriza--
ban. Los príncipes y los vasallos, los jueces y los--

súbditos, son todos hombres no habiendo más que una - sola diferencia entre ellos: los primeros están encar- gados de la conservación del orden, es decir, mandan. Y mandar es reprimir las injusticias y las violencias, disponer de tal manera que todos puedan cumplir con - las obligaciones naturales y contraídas y, sobre todo, dirigir los hombres a sus fines (64).

La manera de realizar esto se fundamenta en "un pacto muy solemne celebrado entre el soberano y - la nación" (65). Pacto eterno e irreversible, "dere- cho inviolable y sagrado" es el que mantiene a un rey sentado en su trono y el que le confiere la potestad- para gobernar a la nación, porque ésta, además, es una persona moral que posee capacidad para obligarse a -- respetar el pacto y como tal persona moral no desapare- ce nunca, "pues aunque van faltando insensiblemente - sus partes o miembros, va también subrogándose del --- propio modo por otros, que por el mismo hecho de unir se a ella, acceden a sus obligaciones: como puntual- mente sucede en los Ayuntamientos y demás comunidades" (66).

El soberano rige de acuerdo con la ley que- el mismo hace, o sea, la ley positiva, debiendo cui- dar que ésta no sea más que una acomodación de la ley natural, una simple modificación de ella, ya que se--

-
- (64) Orden esencial, 180
(65) Orden esencial, 181
(66) Orden esencial, 181

gún San Pablo, es el origen, base y fundamento de la civil. La ley positiva debe ser una acomodación de la natural al carácter, clima, tiempo, costumbres y constitución de las naciones (67).

Partiendo de estas premisas se elaboraban los derechos del soberano y los deberes de los súbditos, que resultarán, evidentemente, ser los mismos -- que enunciaba el Leviatán.

Las obligaciones fundamentales de los vasallos (no menciona ningún derecho), son cinco: obedecer a las leyes y a los superiores, tanto a los justos y modestos como a los díscolos, "siempre que no manden alguna cosa opuesta a la ley natural y divina y aun en este caso debemos tolerar hasta perder la vida, imitando los ejemplos y doctrinas de nuestro Redentor Jesucristo y de sus apóstoles y verdaderos discípulos; ya porque conforme a lo mostrado, la esencia y derechos de la soberanía no penden de pacto alguno, y porque la resistencia produciría continuas guerras civiles y daños imponderables" (68). La invalidación del pacto se refiere expresamente a lo concerniente a los atributos de la soberanía y no al origen de ésta; simple aplicación, una vez más, de las ideas de Hobbes.

La segunda obligación de los vasallos es --

(67) Orden esencial, 184

(68) Orden esencial, 192

estimar y reverenciar la patria y la potestad soberana, viniendo a continuación el pagar los tributos, se guida esta obligación de la de guardar los pactos y - promesas. Finalmente, los vasallos habían de contribuir a la gloria de su rey y a la de su patria haciendo florecer las artes, el comercio, las ciencias y la agricultura, defendiendo a la nación en caso de invasiones internas o externas.

La analogía entre los derechos del soberano especificados por Hobbes y los que estima Pérez y López es total. Este último los califica de derechos de la Majestad y son: establecer las leyes e interpretarlas; castigar los delitos; imponer las contribuciones para sostener las cargas del Estado; acuñar la moneda, "imponiendo valor extrínseco al oro, plata, - cobre u otra materia, según lo exijan las circunstancias"; conferir los empleos públicos; conceder las -- preeminencias y dignidades y potestad eminente, o sea, "la facultad que reside en el soberano para disponer de los bienes y de las acciones de sus vasallos en -- caso de necesidad"; el último de sus derechos es la - facultad que posee para declarar la guerra y la paz, - y celebrar tratados de comercio (69).

Este agregado de derechos conducía de manera ineluctable al sometimiento total del individuo al soberano, único depositario -e irresponsable de añadi

(69) Orden esencial, 193 a 198.

dura- de la potestad y encarnación del Estado. Si no se expone Pérez y López a tomar por la base los razonamientos del iusnaturalismo europeo, es, como ya --- apuntamos más arriba, por el origen protestante que éste tenía y por no desembocar en el cesaro papismo --- en que había caído Hobbes. Basándose en unas premisas de un catolicismo ortodoxo puede, liberando y confi--- riendo una autonomía y una legalidad propias a la naturaleza, liberar al poder civil de la traba que para el despotismo ilustrado suponía la asociación con la potestad eclesiástica. Su intención principal es establecer una política secular y nacional; el pensa--- miento filosófico de la Ilustración le ayudaba a ello, le proporcionaba un instrumento. La cadena que ha--- bía de sujetar los súbditos al trono había sido forjada en la larga lucha que las monarquías nacionales habían sostenido en contra de los poderes que se empeña--- ban en ser supranacionales y universales, como el papado y el Imperio. La paz de Westfalia había consa--- grado el principio protestante después de treinta --- años de guerra, desastrosos para los países que ha--- bían defendido la universalidad de ciertas potesta--- des y nuevos estados aparecían en el horizonte imbuídos de nuevas ideas: Suecia, Prusia, a los que había que asociar a Francia e Inglaterra, viejas y acérri--- mas defensoras de las prerrogativas reales en materia de religión, se constituían en los países clave de la

nueva política. España, la verdadera derrotada de la Guerra de los Treinta años, mantuvo aún largo tiempo la teoría de la potestad universal de Roma. No es si no hasta el siglo XVIII cuando aparecen las primeras obras en defensa de la autonomía radical y absoluta del Estado. Fué necesario, pues, que sus autores, -- casi todos asalariados del poder real, defendiesen los principios más favorables al trono, desentendiéndose del pensamiento de su época o utilizándolo de una manera parcial e instrumental. Contribuyeron a forjar el cetro de hierro que tanto temía Voltaire y que, antes de él, Locke había combatido encarnizadamente. Lo -- forjaron y, cierto es, también lo doraron un poco, -- obteniendo ciertos reflejos religiosos.

Frente a los principios del pensamiento --- político del despotismo ilustrado se desarrolló en -- España una corriente paralela pero que aportaba soluciones opuestas a todos o casi todos los problemas -- que aquel pensamiento había abordado. Un hecho fundamental la caracterizó: la lucha por mantener sin alteración alguna la imagen que, de las relaciones existentes entre la Iglesia y el Estado, la tradición había formado. De acuerdo con esta imagen, el poder temporal y el espiritual no eran, como pretendían los regalistas, de naturaleza distinta, ni se movían en esferas diferentes; eran una unidad que aspiraba a idénticos fines. Fray Fernando Zevallos, representante típico del pensamiento tradicionalista español en el siglo XVIII, apologista de la religión en su obra --- La falsa filosofía, encuentra la unidad espiritual y material de los estados en el origen de las leyes que los rigen (ley divina y ley natural) las cuales, por tener un mismo legislador, resultan no ser más que -- dos manifestaciones de una misma voluntad. La Iglesia y el Estado se asientan, a su entender, en una misma base, y se hallan esencialmente vinculadas una a la otra, resintiéndose cualquiera de ellas un cambio sobre

venido en la otra institución.

El principal problema político que engendraba la ideología del despotismo ilustrado en España -la supremacía absoluta y la radical autonomía de la soberanía real- no es, en la obra de Zevallos, el punto de partida de su pensamiento. Es más, sólo hace alusiones veladas por la generalización y, sobre todo, jamás menciona expresamente la política de Carlos III o la de sus ministros. Recordemos que la obra, en su primera edición, estuvo dedicada al conde de Campomanes, dedicatoria que desaparece en la segunda de 1800, cuando el fiscal había muerto y los ministros de Carlos III habían desaparecido del escenario político.

Encontró, pues, un punto de partida que podríamos calificar de "tema de actualidad". Fueron los "filósofos", las figuras más traídas y llevadas, los hombres siempre discutidos, y los efectos sociales de sus doctrinas el lugar de arranque, poniéndose así de manifiesto los culpables de la crisis que todo el mundo advertía en las relaciones hasta entonces tan cordiales entre la espada temporal y la espiritual. ¿Por qué existía la crisis? o, con mayor precisión, ¿por qué la habían producido los filósofos? son las preguntas iniciales a las que trata de contestar el fraile jerónimo, para pasar a continuación a examinar

los orígenes de la sociedad, del Estado y de la soberanía. Los ataques y sátiras en contra de los filósofos no cesan ni por un momento, trátase del punto que se trate.

XVI

La Historia es una vez más, en La falsa --- filosofía, el tribunal al que se someten los casos -- que el pasado ha conocido. Ella, criterio moral ab-- soluto, decide lo que ha sido un pueblo feliz y uno - infeliz, cuales han sido los reyes buenos y cuales los malos, en qué casos los hombres han podido realizar - sus fines terrenos y en cuáles se han visto imposibili- tados para lograrlos. Los principales acusados son, -- claro es, el ateísmo, el materialismo, la impiedad, -- la incredulidad, la superstición y otras ideológicas -- que recibirán diferentes condenas. Al través de sus juicios, Zevallos va a descubrir el orden verdadero - del mundo, orden establecido por la Divina Providencia.

Los primeros en comparecer son los prínci-- pes que en el pasado se distinguieron por su falta de piedad. Dionisio, Juliano el Apóstata, Federico II y Alfonso X, al caer en la impiedad se aparejaron la -- infelicidad y la desgracia (70). Son casos paradigmá- ticos que ponen de manifiesto cómo una realidad supe- rior castiga o premia las acciones humanas aún en esta vida. Esta ejecución de las sentencias divinas sobre los mortales era aun más fácilmente apreciable entre-

(70) La falsa filosofía, IV, 44

algunos reyes de España. Alfonso el Batallador, Pedro IV, doña Urraca, Enrique II y Juan I habían sido castigados por la mano de los santos como consecuencia de los atropellos que cometieron en la persona de los eclesiásticos o en los bienes de las iglesias. -- Estos sencillos casos aislados le permiten preguntar: "Si por un sabor de impiedad se ven turbados los días más serenos de los estados y monarquías, derribada -- por tierra la gloria de los príncipes y perdidas las empresas y negocios públicos, ¿qué efecto producirá la impiedad misma, si fuera posible que alguna nación unida en cuerpo profesase y reglase sus máximas por ella?"(71).

Mas dentro de la impiedad había grados. --- Así, por ejemplo, el ateísmo era muchísimo más dañino que la superstición, y sus pésimos efectos se ponían fácilmente en evidencia comparando las dos formas de impiedad. La superstición podía, incluso, llegar a ser provechosa. "Jeroboam --pone por ejemplo-- no pensaba tampoco sin política cuando levantó los becerros", Mahoma utilizaba una paloma con la que simulaba obtener avisos del cielo y con ello conquistaba pueblos y derribaba imperios, Licurgo enviaba sus leyes a Delfos y las hacía pasar por las del oráculo, Venecia se ---

(71) La falsa filosofía, IV, 47

amparaba en San Marcos para dar sus decretos. Todas estas supersticiones habían dado frutos (72). Muchos estados habían nacido de la superstición o apoyándose en ella, ni uno solo se podía citar que hubiese surgido de la impiedad absoluta o que hubiese tomado al ateísmo como norma de conducta. Era cierto también que, cuando la superstición triunfaba, lo hacía en detrimento de alguien, pero, también era verdad, -- en beneficio de algunos, "de donde se infiere que no es absolutamente perniciosa" (73).

El orden y la armonía, es decir, el bien de todos, sólo se podían establecer por medio de la religión verdadera. "Ninguna cosa -escribe- es tan necesaria en el mundo como Dios; o guardando más propiedad, ninguna cosa, sino Dios, es necesaria" (74). -- Dios es el principio y orden del Universo, sin El viene el caos y forzosamente la anarquía. El paganismo hacía dioses de los reyes; el ateísmo, al disolver -- sus títulos legítimos, los reducía a la nada; la religión los situaba en un término medio, es decir, en su verdadero lugar (75). En los extremos se hallaban -- los peligros: en uno la tiranía, en el otro, la anarquía, "un perpetuo interregno".

-
- (72) La falsa filosofía, IV, 48 ss.
(73) La falsa filosofía, IV, 58 - 76
(74) La falsa filosofía, IV, 53 - 77
(75) La falsa filosofía, IV, 57

XVII

Para lograr la felicidad y sus fines, los--hombres necesitaban vivir sometidos a un orden que se conseguía solamente en el interior del Estado. Este--podía ser de dos clases: "Los unos son particulares - que se componen de gentes o naciones singulares, reducidas a ciertos límites y regidas bajo unas o muchas--cabezas unidas por diferentes leyes y pactos. Tales--estados son los reinos, repúblicas, ciudades libres y todos los demás gobiernos que no dependen unos de --- otros. La segunda idea es más general; porque se compone de todos los hombres y naciones, obligadas recíprocamente por el derecho natural bajo la inspección--del autor de la naturaleza"(76).

El derecho natural que mantenía y regulaba--las relaciones entre los hombres, "no queda entre las ideas abstractas de los lógicos: baja a casos prácticos e individuales" (77). Las leyes que existían en--tre los hombres eran casi todas ellas naturales. Por ejemplo, el mantener la religión, el no violar los juramentos, "el no hacer comunes las cosas individuales de los singulares, ni usurpar o hacer propias las cosas que por naturaleza deben ser universales y comu--nes", casos generales, advertía, pero que englobaban--

(76) La falsa filosofía, IV, 72

(77) La falsa filosofía, IV, 72

una multitud de casos prácticos. Resulta obvio que, cuantos más casos prácticos cayesen bajo la jurisdicción de la ley natural más restringidos serían -- los que concerniesen la civil, con lo que el arbitrio de los Estados quedaría cada vez más reducido y los príncipes seculares más limitados en sus funciones, -- aunque a veces, por medio de ese mismo derecho natural, encontraban el medio necesario para cumplir sus miras. Un ejemplo: como los ateos se oponían a un decreto de la naturaleza, la religión, los príncipes podían y debían perseguirlos, pero como, además, los "ateístas" no reconocían los principios en que se --- asentaban las sociedades ni las potestades que las -- regían, por ese solo hecho se ponían, como los pira-- tas, al margen de la protección que la ley natural -- obligaba a los príncipes a dispensar a sus vasallos, -- y por eso los ateos podían ser perseguidos por un --- príncipe cualquiera, de la misma manera que los obispos perseguían a los herejes aun fuera de su dióce-- sis (78).

El orden humano le parecía evidente; el ver dadero problema estribaba en desenredar su origen y, al mismo tiempo, especificar los medios que Dios ha-- bía dado a los hombres para mantenerlo.

(78) La falsa filosofía, IV, 73

El hombre, por naturaleza, nace para vivir en sociedad. Prueba de ello es su carencia para conseguir alimentos, vestidos, su falta de armas naturales para la defensa. En lugar de todo esto recibe la razón, y ésta le conduce a conseguir por medio de la colectividad lo que no puede obtener por sí solo. La sociedad se forma "naturalmente" y surge la división del trabajo, una de sus más importantes características, (79). Y ésta, a su vez, acarrea la necesidad de una persona que rija a las demás, "porque existiendo muchos hombres juntos, y procurando cada uno lo que le conviene en particular, la multitud sería presto destruída, no habiendo alguno que tuviere por oficio particular procurar el bien común. El cuerpo del hombre se destruiría si faltara en él algún orden y miembro capital que trabajase por la salud común de todos los miembros. Esto enseñó Salomón cuando dijo: Será disipado el pueblo donde no haya gobernador" (80)

La sociedad se había formado, como se podía apreciar, por la misma necesidad que implicaba la naturaleza humana, naturaleza que había sido establecida por Dios. Sin embargo de las razones tan claras que para ello se hacían valer, se podían advertir algunos autores buscaban caminos escondidos e inventaban fábulas y torcían interpretaciones para lograr, como consecuencia final, un tipo de Estado dentro del

(79) La falsa filosofía, IV, 93 y ss.

(80) La falsa filosofía, IV, 95

cual se satisficiesen sus ambiciones. Entre éstos -- algunos hablaban del estado de naturaleza. Zevallos los toma en broma y los caricaturiza, recurso que, - como explica Hazar, estaba de moda en toda Europa (81)

(81) Zevallos ve así el origen del estado de naturaleza y la manera en que vivían los hombres en aquella -- época: "Para desterrar del mundo los tuertos que se hacen so color de derecho, y castigar las fuerzas cometidas contra menesterosos que tomaron lo que sobraba a otros; contra rufianes que contrataban amistades libres; contra dueñas y damas amantes de la humanidad y perseguidas por malas lenguas; para el socorro (digo) de tantas hermosuras e inocencias atropelladas, - se ha rebullido y conjurado entre sí una manada u orden de filósofos caballerescos que, habiendo viajado en redondo de toda la naturaleza, apearon sus límites y trajeron de vuelta los principios, fines y títulos originales de los derechos humanos. Han hecho descubrimientos singulares, con una historia civil completa de los hombres, no sólo antediluvianos, sino antemundanos; el estado de naturaleza antes de que fuese Adán, y cómo andaban todos los hombres en guerra contra todos, antes que hubiese tierra para reñir.

Fatigados al fin aquellos genios terribles de huir todos de todos, sin tener aun donde esconderse, empezaron a venirse a buenas: se olieron unos a otros; se ajustaron bajo condiciones honestas; nacieron los hechos y derechos humanos; se formaron las leyes; la tierra se cuajó y toda quedó en leche, comenzando el siglo de oro y una primavera que, sin trabajo alguno, ponía los higos y las uvas sazonadas en las bocas de todos, que eran precisamente filósofos.

De allí ven nacer la justicia, porque afirmar que ésta miró siempre desde el cielo y que un Dios considera desde lo alto a los hijos de los hombres, son noticias que alcanza la Escritura, que no se confirman ni alcanzan en los tubos de Torricelli ni con los que hizo Espinosa.

La voluntad de los hombres y los pactos con que se -- juntaron cuando inventaron vivir en sociedad, es la -- justicia de que consta solamente a los filósofos ---- legum-peritos, y de esto hallan documentos probadísimos en Glauco, Epicuro, Lucrecio y otros archivos --- tan incorruptibles. Oigamos a sus doctores y orígenes que no son ciertamente los Solones ni los Catones, ni algunos legisladores pesados y serios".

La falsa filosofía, IV, 105 y 106. La pensée européenne au XVIII s. Vol. I, pp

La caricatura se acaba cuando pretende rebatir los -- argumentos de los filósofos. De inmediato les opone -- la autoridad de las Escrituras y, con ello, la discusión queda forzosamente zanjada. Sin embargo, al discutir la obra de Hobbes cuyo contenido había querido ridiculizar, vuelve nuevamente a esgrimir una argumentación científica, haciéndole dos objeciones a las -- cuales ya había contestado el autor de Leviatán. Los dos reproches que le hace son, naturalmente, el no especificarse ni cuándo ni dónde se hallaba el hombre -- en estado de naturaleza y, admitiendo la validez del -- razonamiento, el ser éste un alegato para establecer la tiranía (82).

Si la soberanía, pues, no encontraba sus -- raíces en el hombre, para el autor de La falsa filosofía no hay duda de que sólo Dios puede ser fuente de origen de los gobiernos humanos, de la misma manera -- que lo era de los derechos. De El veía la legitimidad y las Sagradas Escrituras lo confirmaban; en sus -- páginas, que tantos filósofos habían escudriñado buscando monstruos, se podían leer los principios que -- probaban el origen divino de los gobiernos, de los -- príncipes y de los reyes y, en una palabra, de todas las cosas (83).

En las Sagradas Escrituras se podía leer:--

(82) La falsa filosofía, IV, 110 y ss.

(83) La falsa filosofía, IV, 145

"Mío es todo consejo sano y de equidad; de mí procede la prudencia y la fortaleza. Por mí reinan los reyes y los legisladores dan reglas justas. Por mí mandan los príncipes y los que tienen poder determinan en justicia (Proverbios, cap. 8, V, I) (84). Pérez y López, Campomanes, Villanueva y los regalistas en general se apoyaban en las mismas sentencias en última instancia, pero la diferencia radica precisamente en ello, en que lo hacían en última instancia, después de haber seguido paso a paso el camino que la ciencia política indicaba. Villanueva, llegó a establecer los derechos de la monarquía absoluta basándose en las Escrituras, y eso mismo le condujo con posterioridad a ser uno de los campeones del liberalismo en el siglo siguiente, mientras Zevallos lo fue del absolutismo.- La diferencia que Zevallos presenta frente a los regalistas es la de derivar la autoridad de la soberanía directamente de Dios, sin recursos intermedios como la ley natural o el pacto social.

(84) La falsa filosofía, IV, 146

XVIII

Resulta aun más curioso comprobar que, del mismo modo que el despotismo ilustrado bebía en una fuente inglesa, la apologética de Zevallos también lo hacía, pero, claro es, en un enemigo de Hobbes, aunque también partidario de la monarquía absoluta y de la teoría de la no resistencia. Robert Filmer, autor de Patriarcha, un anti-Leviatán, fue el autor elegido y criticado, con los mismos cuidados que los regalistas habían criticado a Hobbes.

Apoyado en Filmer, Zevallos asegura que no hay más estado legal que aquel que está regido por -- una potestad que obtuvo por vía legal la soberanía, y ésta tenía que venir de Dios en línea directa. Filmer la desenredó y encontró el hilo conductor que conducía de Adán a los Estuardos, y al mismo tiempo que lo -- desenredaba proporcionaba la plataforma en la que se levantaría el primero de los Tratados sobre el gobierno de John Locke. En esa legalidad y, sobre todo, en el hecho de ser heredada y hereditaria, el Patriarcha fundamentaba la no resistencia y la libre voluntad de los monarcas ingleses.

La falsa filosofía insiste sobre este principio. Dirigiéndose de nueva cuenta a los "filósofos

extravagantes" Zevallos les pregunta: "¿qué cosa es -- el padre en medio de su familia sino una autoridad -- nata para regir su casa, y un príncipe a cuyas órde-- nes se mueven todos los domésticos?" (85). Esta auto-- ridad le viene de Adán, a quien, si viviera, "no hu-- biera algún hombre honesto que no le prestase obediencia, a cuantas órdenes no fuesen contra Dios o contra la razón natural" (86). Todos, reyes y vasallos, --- grandes y pequeños, siervos y señores, quedarían bajo la autoridad del que fue primer hombre y primer padre.

Adán desapareció y todos los padres, piensa, han de desaparecer: por ello se había elegido un --- príncipe que hiciese las veces de padre. En un principio este cargo fue ocupado por el príncipe de la -- familia, que era aquel que recibía la bendición del -- padre", y ésta (la primogenitura) no se debía al orden de nacimiento, sino al mérito de la virtud"(87),- con lo que Zevallos logra anastomosar el cordón umbilical que unía a Adán con los reyes, identificando, - al pronto, la legalidad con la legitimidad. Además,- no está en el nombre de Rey, ni en ^{el} de Khan, ni en el de Sultán, ni en el de Zar, la dignidad que manda a - muchos pueblos, ni la autoridad a quien los hombres - se someten" (88). Estas modalidades de la potestad,- producto de tiempos, climas, costumbres y lugares no-

(85) La falsa filosofía, IV, 147

(86) La falsa filosofía, IV, 147

(87) La falsa filosofía, IV, 148

(88) La falsa filosofía, IV, 149

tienen validez alguna de por sí, ya que son simples creaciones humanas. La potestad va desligada de nombres y dignidades. Tomando los ejemplos mismos que citaba Filmer, explica con las propias palabras del tratadista inglés cómo Abraham, sin título alguno, venció a cinco reyes y cómo Judas condenó a muerte a su nuera Tamar estando en las mismas condiciones del primero. Estas eran dos entre muchas otras pruebas que se podían aducir como demostración de que la autoridad que Dios concede a los padres para gobernar a los hijos es la misma que poseen los reyes para gobernar a sus súbditos, porque "los príncipes son un subsidio hallado por falta de los padres de familia o de la patria que no pueden permanecer, o una adopción hecha en medio de la orfandad del padre común" (89). De la oposición a este orden establecido por la Providencia habían surgido las tiranías, las usurpaciones y todos los gobiernos ilegítimos.

Entre una familia y una nación no había, -- por lo tanto, diferencia esencial alguna, ya que las potestades que las gobernaban y mantenían unidas eran de la misma naturaleza: respondían al amor universal que reinaba en la Creación, el amor de los hijos hacia los padres era el más evidente, aunque para un observador acucioso todas las cosas creadas y especialmente los animales lo manifestaban. Las abejas y su-

(89) La falsa filosofía, IV, 151

monarquía y las hormigas y su república eran dos casos típicos en que la naturaleza evidenciaba el orden que en ella era patente. Ante esta armonía perfecta exclama: "Id, pues, necios filósofos y preguntad a las hormigas ¿quién les enseñó la democracia y a las abejas quién las conquistó y puso el yugo de la monarquía?" (90). Estos animales, escribe, se habían limitado a seguir la ley de la naturaleza, sin turbarla con pasiones de ninguna clase, cosa que no podían alardear los gobiernos humanos, donde los abusos de razón, producto de las pasiones, habían terminado por desviar el orden primitivo. "La ambición desmedida mudó la santa idea de la monarquía en tiranía, y debiendo el rey proveer a todos, sólo quiere ser proveído y servido de todos. Su administración declinó a veces en despotismo absoluto, el respeto real en idolatría y la regalía se desvaneció en humos de divinidad"(91).

(90) La falsa filosofía, IV, 157

(91) La falsa filosofía, IV, 157

XIX

Resultaba claro, después de establecer estas premisas, que los verdaderos gobiernos cristianos debían buscar a los culpables que los habían engañado y desviado de sus verdaderos fines. El mal venía de la averiguación sistemática de los principios de las cosas, entre ellas, la búsqueda del origen de los gobiernos. Se había abusado del poder de la razón, y -- los filósofos eran los culpables, de los atropellos cometidos. "¿A quién daña un filósofo (me preguntarán) que en su gabinete se aplica a estudiar la naturaleza y a probar la fuerza y la esfera de la razón humana?" (92). Los mismos filósofos, prosigue, aseguran que no exceden los límites de ésta, ni violan sus leyes, ni se meten en el terreno de la religión revelada. Pero, pone como réplica en boca de sus "filósofos", "de las que se dicen verdades naturales hay muchas cuyo fundamento no descubrimos dentro de la esfera de la razón. Si pasamos a buscarlo solamente lo hallamos en la tradición, en el consentimiento del mayor número, siempre sospechoso, y en haberse creído así, por no entrar en el trabajo de examinarlo. Por estas dos causas hallamos a los hombres sumidos y dormidos en una noche de ideas obscurísimas y supersti--

(92) La falsa filosofía, IV, 201

ciosas, cuyas razones no se perciben o son perjudiciales a los derechos que tienen sobre los nacidos. ---- ¿Pues qué crimen cometemos en guardar sobre todas estas cosas una conducta más detenida, sin precipitar al entendimiento humano en tantos peligros?" (93). La pregunta ponía en duda nada menos que los fundamentos mismos en que se apoyaba la Ilustración, era, al mismo tiempo poner en entredicho la obra de todos los -- autores que hasta aquí hemos visto, el horror al vulgo, la confianza en la razón, las minorías ilustradas, el valor de la ciencia, los progresos del espíritu -- humano, en una palabra, el sentido que la historia -- tenía en el siglo XVIII. Todos los problemas científicos, históricos, literarios, políticos, en resumen, toda la actividad del espíritu desembocaba en un problema religioso, de solución cada vez más difícil. -- Difícil para Feijóo, Villarreal, Cadalso e incluso -- Forner, pero sencilla y clara como la luz para Zevalllos, que escribe: "ninguna cosa causa más profunda alteración en los ánimos como las opiniones nuevas en el negocio de la religión creída y recibida. Este es un hecho constante" (94). Es más, el misoneísmo ardiente que profesaba le lleva a pensar que falsa o -- verdadera, con unos dioses u otros, hay una "verdad" -- en la que están de acuerdo todos los estados, y es -- "que mudando o alterando el culto, sufriría el estado-

(93) La Falsa filosofía, IV, 201

(94) La falsa filosofía, IV, 206

una relación de arriba abajo y de un extremo a otro.- En este principio de gobierno no erraron los hijos del siglo, ni fueron menos prudentes que los hijos de la "luz" (95).

En los tiempos modernos Nicolás Maquiavelo, Juan Bodino, Benito Espinosa, Bacon de Verulamio, Tomás Hobbes habían sido los filósofos sediciosos que habían atentado en contra de la autoridad del Estado para tratar de imponer la tiranía sobre los pueblos.- Entre sus contemporáneos, todos los que cargaban con el calificativo de filósofo se dedicaban a la misma labor. A su entender, la degradación del pensamiento era tal que se siente compelido a escribir: "O los salteadores y ladrones han aprendido a escribir e imprimir libros, o los nuevos filósofos han aprendido en las galeras y cárceles el estilo en que hoy escriben y publican. Yo preguntaría a los que son sensibles a otro interés que al de la ilustración y gloria de la filosofía, esto que se han preguntado ya los nuevos filósofos entre sí mismos ¿Podría glorificarse la filosofía (Essai sur les préjugés, cap. 8, p. 181 y ss.) de tener por asociados una patrulla de libertinos disipados y sin costumbres? ¿Podría dejar lisonjear de los aplausos necios que le da una tropa de gente abandonada, de ladrones públicos, de destem

plados, de voluptuosos, que del olvido de su Dios y del menosprecio que tienen de su culto concluyen que no se deben nada a sí mismos ni a la sociedad...."

Rebasados los límites del razonamiento --- Zevallos recurre constantemente al vituperio, del cual hemos dado algunos ejemplos. No merece la pena reproducir todos los insultos que vierte sobre los filósofos tan pronto como se le antojan materialistas, ateos, o "bellos espíritus". Para él, sólo la religión, la verdadera de preferencia, es capaz de conducir al --- hombre por su camino; sólo el catolicismo garantizaba las leyes y llevaba al hombre a sus fines, terrenos y ultraterrenales, por la senda del bien y del orden. - La historia daba ejemplos de países que habían escuchado a los nuevos falsos profetas. Entre ellos destacaba Inglaterra, la patria del sedicioso Cronwell, que, de acuerdo con Zevallos, había conocido los más negros abismos, pensara lo que pensara el "bello espíritu" que era Voltaire.

- C O N C L U S I O N E S -

El conflicto que la implantación de la ideología ilustrada supuso para el pensamiento español, tuvo sus raíces en el Renacimiento, y encuentra una explicación en el acontecer histórico de España durante los siglos XVI y XVII. M. Bataillon, L. Pfandl, F. de los Ríos y J.A. Maravall, quienes se dedicaron de manera especial al estudio de estas dos centurias, coincidieron en demostrar cómo España adquiere su peculiar perfil moderno en estos doscientos años.

"Este siglo (el XVI) -escribe Fernando de los Ríos- tiene el valor de una divisoria de vertientes -- para la cultura occidental; la conciencia europea se desgarró y surgieron dos actitudes, renacentistas ambas, que corresponden a la manera como cada cual concibe la relación del hombre con la naturaleza, la relación del hombre con Dios, y al modo como unos y otros explican la obra que a la razón compete" (1). Ante esto nos sentimos autorizados para preguntar: ¿no son estos los mismos problemas que España pretendió resolver en el XVIII y, por lo tanto, se encontró en la obligación de replantear? Lo primero que nos llamó la atención fue, precisamente, lo tardíamente que aparece

(1) Religión y Estado en la España del siglo XVI, 33

esta problemática señalada por De los Ríos en el --- pensamiento español. El retraso se debió a las soluciones que se dieron por valederas en los siglos XVI y XVII, soluciones que acarrearón la caída de la prepotencia de los Habsburgos, y que en el campo del -- pensamiento ocuparán en lugar primordial en las cavilaciones de la Ilustración tanto al Norte como al Sur de los Pirineos.

El Renacimiento conoció una crisis del pen--samiento que, como ya hemos indicado con palabras de De los Ríos, fraccionó la base unitaria de la cultura que el Occidente europeo había conocido a lo largo de la Edad Media. La crisis enfrentó el conocimiento humano con una serie de antinomias insolubles; cada grupo de conocimientos reclamó una autonomía que no se --- resignaba a perder en beneficio de una instancia explicativa unitaria superior. La ciencia, el arte, la política, van descubriendo las leyes que las rigen, le--yes ajenas unas de otras en algunos casos.

La razón individual se enfrentó a diferentes aspectos de la realidad natural en detrimento de la -- tradición que, portadora del espíritu universal, es -- depositada en la Iglesia. Frente al particularismo -- que primaba en las mentes europeas (Estados nacionales frente al imperio; Iglesias nacionales frente a catolicismo; clases sociales frente a sociedad) España se -- manifiesta como la principal defensora del universalisci

mo; de donde la lucha en contra de la razón individual aplicada a lo religioso, es decir, la Contrarreforma(2); la lucha en contra de la razón individual aplicada a lo político, dará la razón de Estado, en contra de la cual se afanan los escritores políticos españoles del siglo XVII, que encuentran en Maquiavelo un chivo expiatorio (3). Otro aspecto de este conflicto es el renacimiento de la Escolástica, como oposición de la Autoridad al libre examen. Defensora del Imperio y de la Iglesia, cerrada a las ideologías europeas frente a las cuales opone su concepción universalista del mundo. España conduce hasta el propio dintel de la Ilustración una ideología medieval.

El cambio de dinastía que se efectúa en España a principios del XVIII y la total depauperación del país abrió las puertas al debate que se había interrumpido a continuación del Concilio de Trento. El nuevo rey, procedente del país que, al menos ideológicamente, era rector de Europa, acompañado por un equipo no por reducido menos influyente, abrió las fronteras a las nuevas ideas. Este proceso de confrontación de lo tradicional y lo ilustrado (nunca una época, al menos en lo que se refiere a la cultura española, encontró una minoría más dispuesta a aceptar una adjetivación) llega al clímax bajo Carlos III. Todo cuanto se consi-

(2) Bataillon afirma que la participación de España en la Contrarreforma (término que rechaza) no fue una acción voluntaria sino obligada. Cf. Erasmo y España, -- Vol. II, Conclusiones.

(3) Cf. J.A. Maravall, prólogo al Norte de Príncipes de J. P. Martín Rizo

deraba hasta entonces como tradicionalmente español -- fue comparado con lo nuevo. No hubo un solo nexo que fuera del pasado al presente que se examinase a la luz de la nueva razón, razón que, por lo demás, consideraban los ilustrados de ambas vertientes de los Pirineos universal e imperecedera, aunque hubiese sufrido múltiples ocasos parciales que Feijóo narró simbólicamente.

En la mayoría de los casos que hemos analizado hemos podido ver soluciones eclécticas, aunque, en todos los casos hemos podido advertir un matiz que permite calificar a los pensadores del setecientos de ilustrados o anti-ilustrados. Feijóo, Cadalso y Campomanes, en tres campos diferentes, se abrieron a las ideas nuevas y se pusieron voluntariamente a su servicio. Intentaron propagarlas y darles una efectividad práctica. Por el contrario, Forner y Zevallos son dos detractores de las innovaciones, enemigo el primero de la tradición, apologistas ambos del cristianismo, en el cual ven la única salvación del hombre. De Villarroel y Pérez y López podemos concluir que hay una manifiesta contradicción entre las premisas y las conclusiones de sus obras, pese a que intentaron compaginarlas haciendo sacrificios en las dos líneas que constituían sus horizontes históricos.

Entre los caracteres comunes a los que calificamos de ilustrados, advertimos, en primer término, - la voluntad de instaurar el mundo en la razón, con una finalidad principal, netamente ilustrada, que es el an helo de alcanzar la felicidad humana. En consecuencia, el primer resultado que se produce es el alejamiento - del vulgo. Bajo esta palabra el setecientos engloba - a los que se manifestaban ajenos a la razón, a los partidarios y defensores de las ideas recibidas y aceptadas sin previo examen. Todos los escritores examinados coinciden en ello excepto Zevallos, que en su empeño por defender lo tradicional, les niega la libertad a los "filósofos" y rechaza el libre examen de las --- ideas propiedad de la tradición.

En lo que se refiere al problema religioso - que la Ilustración entrañaba, hemos visto cómo la razón fue también empleada en este campo, produciéndose lo que P. González Casanova llama modernidad cristiana y P. Hazard, cristianismo ilustrado. Este fenómeno es fácil de advertir en Feijóo y en Forner, quienes pretendieron liberar a la religión de todo cuanto la tradición le había indebidamente añadido, y que no dudan en calificar de superstición. Esta descubre un abogado en Zevallos, aunque considerándola bajo un aspecto diferente (paganismo, politeísmo y, en general, todas las religiones, exceptuando la católica.) Pese a esta diferencia de significados nos parece conveniente des-

tacar el hecho ya que en este monje jerónimo hay un -- intento de salvar la tradición en bloque, en cuyo caso la diferencia de contenidos no sería tan importante.

El problema de la religión adquiere un sesgo diferente al ser examinado por los escritores políti--cos. Campomanes y Pérez y López intentan sustraerle - toda efectividad social, al declararle una esfera ajena a la vida temporal del hombre. Respondiendo a las exigencias de una concepción del mundo diferente, ---- Campomanes, tardío discípulo de Hobbes, pretende inver tir la relación que la Edad Media había establecido -- entre Iglesia y Estado: la religión -excepto los asun tos puramente dogmáticos, que no le interesan- será so cialmente, una servidora del Estado. Tradición y reli gión fueron, para los efectos sociales, estrechamente- identificadas y se las pretendió substituir por el Esta do, presentado por Pérez y López y Campomanes como un- producto de la razón. Si esto era cierto y para ellos era evidente, la razón conducía al hombre a la felici-- dad pasando al través del Estado ilustrado. La razón, considerada como verdad absoluta, se impone sin discu- siones: de ahí el despotismo ilustrado, forma políti- ca que pretende englobar en su esfera toda la vida del hombre. En Feijóo, vuelto todavía a muchos de los --- problemas que pertenecen al repertorio de ideas del -- siglo XVII, hallamos una condenación abierta de Maquia velo, autor sañudamente perseguido en el XVIII por ---

distintos motivos que los que habían impulsado a los escritores políticos del XVII, y la apología de Luis XIV. y Pedro el Grande, modelos de los monarcas para la Ilustración. Toda la ideología favorecía, pues, en el benedictino al despotismo ilustrado. En Cadalso y en Forner, aunque su esfera de pensamiento no aborda expresamente el terreno político, se encuentran los fundamentos que apoyarían, dado el caso, la actuación de los Borbones de España.

Si el Estado ha de ser racional y, (de ser un puro medio al identificar sus fines con los de la Iglesia) se transforma en algo sustantivo al descubrir fines propios; es lógico que toda la vida sufra el mismo proceso racionalizador. Las Cartas marruecas, ejemplo de crítica sutil, intentan mostrar todo lo que la sociedad tiene de irracional y absurdo; también señalan la irracionalidad del pasado, al igual que lo había hecho la Oración apologética por la España y su mérito literario o las Exequias de la lengua castellana de Forner, especialmente en el terreno de la cultura literaria. Como toda crítica es un proceso destructivo que permitirá, por lo menos en intención, construir un nuevo orden, obediente a los nuevos principios que dicta la razón. Mas el pasado no aparece ahora envuelto en los tonos lúgubres que Campomanes se había complacido en destacar. Se intenta hacer un balance y establecer una armonía entre presente y pasado; es en las letras-

donde hemos advertido un mayor eclecticismo.

La ciencia natural sería la forma de conocimiento que daría sus mejores triunfos a la Ilustración española. La ruptura con la tradición, la superstición, lo irracional, "lo mágico", no llega a tomar la pendiente peligrosa en que la política o la simple crítica de lo cotidiano conducían. La ciencia en sí no ofrecía una posibilidad de condenación inmediata, como pretendía Villarroel, el conflicto surgía del nexo que unía a la religión con la ciencia y éste -- fué fácilmente preservado, tanto por Feijóo como por Villarroel. La ciencia natural de la Ilustración y la religión no se excluían mutua y forzosamente, como era el caso de la política.

En resumen, podemos decir que el proceso fundamental de la España del siglo XVIII es la lucha por la racionalización de la vida y del mundo. Parafraseando a Erasmo, podríamos decir que se intenta instaurare omnia in ratio, al ejemplo de los demás pueblos europeos. El aislamiento que había padecido a partir de Trento, con la consecuente creación de una tradición -- propia, dificultó gravemente el esfuerzo de las minorías ilustradas, creando una situación conflictiva en la ideología ilustrada española. Frente a casos extremos, los más escasos, media y abunda una postura ecléctica que intenta buscar una armonía entre los términos

opuestos, concediendo, casi siempre, la primacía a la razón.

Los éxitos de la Ilustración en España son difícilmente ponderables. El propio J. Sarrailh no llega a una conclusión definitiva y ello se debe, en gran parte, a los nuevos problemas que España afronta desde la llegada de Godoy al pie del trono de Carlos IV. La invasión napoleónica, que supone una solución de continuidad casi absoluta, hace aun más ardua la tarea. Pese a estas dificultades, algunos de los prodigiosos hechos realizados por la Ilustración en el terreno económico, militar, naval, industrial, social y político, empiezan a ser sacados a la luz.

Nosotros hemos deseado poner en claro algunos de los problemas ideológicos que los ilustrados tuvieron que resolver antes de poder fraguar una nueva vi--sión del mundo, aunque ésta careciese en la mayoría de los casos de un sello original y el conflicto constitutivo del momento. La minoría ilustrada española trató de rellenar el foso que desde hacía dos siglos la se--paraba del resto de Europa. Por ello es a todas luces injusto el juicio de Menéndez y Pelayo cuando considera que: "el mayor elogio de tiempos como aquellos (el ---XVIII) es decir que no tienen historia" (4).

(4) Heterodoxos, vol. VI, 65

- B I B L I O G R A F I A -

E S P E C I A L

Campomanes, conde de

Colección de las alegaciones fiscales del Excmo. Sr...
Publicada, ..., D. José Alonso, Madrid, Imprenta de -
Repullés, 1841.

Memorial-Ajustado hecho de orden del Consejo-Pleno a instancia de los señores - fiscales, del Expediente Consultivo, visto por remisión de Su Majestad a El. Sobre el Contenido, y Expresiones de diferentes - Cartas del Rev.Obispo de-Cuenca D.Isidro de Carbajal y Lancaster. Madrid, en la Oficina de Joachin de - Ibarra, 1768.

Discurso sobre la educación popular de los artesanos, y su fomento. Madrid, en la imprenta de D. Antonio de Sancha, 1755.

Cadalso, José

Cartas marruecas, prólogo - edición y notas de Juan Tamayo y Rubio, Madrid, Espasa Calpe, S.A., 1950.

Cadalso José

Los eruditos a la violeta,
por don Mateo Repullés, 1803

Las noches lúgubres, por don
Mateo Repullés, 1803.

Sancho García, por don --
Mateo Repullés, 1803

Denina, Abate

Réponse a la question Que
doit-on a l'Espagne?
Discours lu a l'Academie
de Berlin dans l'Assamblée
publique du 26 janvier l'an
1786 Pour le jour anniver-
saire du Roi par M.....
Madrid, a l'Imprimerie
royale, s.f.

Cartas críticas para servir
de suplemento al Discurso
sobre la pregunta ¿Qué se
debe a la España? por el
señor... traducidas por
Don Manuel de Urqullu, Cón-
sul general de España en to-
do el Círculo de la Baxa
Saxonia, Residente en Ham-
burgo. Madrid, por Don
Plácido Barco López, 1788.

Feijóo y Montenegro,
Benito Jerónimo.

Teatro Crítico Universal,
o Discursos varios en todo
género de materias para
desengaño de errores comu-
nes; Escrito por el muy ./.

ilustre señor D. Fr...,
Nueva Impresión, en la cual
van puestas adiciones del
Suplemento en sus lugares.
Madrid, a costa de la Real
Compañía de Impresores y
Libreros, 1773.

Feijóo y Montenegro,
Benito Jerónimo.

Cartas eruditas y curiosas
en que por la mayor parte
se continúa el designio del
Teatro Crítico Universal,
Impugnando o reduciendo a
dudosas varias opiniones
comunes: Escritas por el
muy ilustre Señor D. Fr...
Madrid, a costa de la Real
Compañía de Impresores y
Libreros, 1774.

Fornier, Juan Pablo

Exequias de la lengua cas-
tellana, Buenos Aires-Méxi-
co, Espasa-Calpe, S.A.
(Colección Austral), 1952.

Discursos filosóficos sobre
el hombre: de... Madrid, en
la Imprenta Real, 1787.

Oración apologética por la
España y su mérito literario:
para que sirva de exornación
al Discurso leído por el
abate Denina en la Academia
de Ciencias de Berlín, res-

pondiendo a la cuestión -
Qué se debe a España? por
D... , Madrid, Imprenta Real
1786.

Pérez y López Antonio Xavier Principios del orden esen-
cial de la naturaleza, es-
tablecidos por fundamento
de la moral y política, y
por prueba de la religión.
Nuevo sistema filosófico.
Su autor Don.... Madrid,
en la Imprenta Real, 1785.

Villarroel, Diego de Torres Vida, edición, introducción
y notas de "Clásicos caste-
llanos" (El autor de la -
edición es Federico de --
Onís, aunque su nombre se
haya suprimido), Madrid,
Espasa-Calpe, S. A., 1941

Tratados físicos, médicos
y morales, Vida natural y
católica: medicina segura
para mantener menos enfer-
ma la organización del
cuerpo, y asegurar al alma
la eterna salud. Escritos
por el Dr. D... Madrid, en
la imprenta de la Viuda de
Ibarra, 1794.

Sueños morales. Los deshau-
ciados del mundo y de la glo-
ria: sueño místico, moral y
físico, útil para cuantos

desean morir bien y conocer las debilidades de la naturaleza. Tradúldo desde la fantasía al papel el Dr. D...., Madrid, en la imprenta de la viuda de - Ibarra, 1794.

Zevallos, Fernando de

La Falsa Filosofía, o el Ateísmo, Deísmo, Materialismo, y demás nuevas sectas convencidas de crimen de Estado contra los Soberanos y sus Regalías, contra los Magistrados y Potestades legítimas. Su autor Fr..., Madrid, en la Imprenta de Don Antonio de Sancha, 1775.

- Alambert, Jean Lerond d' Discours préliminaire de l'Encyclopédie, Publié intégralement d'après l' édition de 1763 avec des notes, une analyse et une introduction par F.Picavet. Paris, Armand Colin, 1929.
- Artola, Miguel Los afrancesados, Madrid, Sociedad de estudios y publicaciones, 1953.
- Azorín Clásicos y Modernos, Obras Completas, Aguilar, Madrid, 1947.
- Bataillon, Marcel Erasmus y España, estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI, traducción de A. Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1950.
- Becker, Carl L. La ciudad de Dios del siglo XVIII, versión española de José Carner, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.
- Brenan, Gerald The spanish labyrinth, An account of the social and political background of the civil war, by..., Cambridge, at the University Press, 1950
- Cabarrús, conde de Cartas del... al señor D. -- Gaspar de Jovellanos sobre -- los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las le-

yes oponen a la felicidad pública, Impreso en Madrid, 1820.

Cassirer, Ernst

Filosofía de la Ilustraciónm traducción nuevamente revisada de Eugenio Imaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1950.

Castro, Américo

España en su historia, Cristianos, moros y judíos, Buenos Aires, Editorial Losada, 1948.

Collingwood, R.G.

Idea de la historia, por...., Traducción de Edmundo O'Gorman y J. Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1952.

Idea de la naturaleza, por..., Traducción y nota preliminar - por Eugenio Imaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1950.

Groce, Benedetto

La historia como hazaña de la libertad, Versión española de Enrique Díez-Canedo, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.

Chevallier, Jean-Jacques

Histoire des idées politiques a travers les grandes oeuvres de la littérature politique de Machiavel a nos jours, par ..., París, Les Cours de Droit, 1952-1953.

- Domínguez Ortiz, Antonio La sociedad española en el siglo XVIII, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1955.
- Fernán Núñez, conde de Vida de Carlos III, Madrid, Aguilar, 1944.
- Ferrer del Río, Antonio Historia del reinado de Carlos III en España, por...., Madrid Matute y Compagni, 1856.
- Figueiredo, Fidelino de Las dos Españas, México, Ediciones de San Angel, 1944.
- Filmer, Robert Véase: Locke, John.
- Floridablanca, conde de Obras originales del..., y escritos referentes a su persona. Colección hecha e ilustrada por D. Antonio Ferrer del Río, Madrid, Imprenta de Hernando, 1899.
- Groethuysen, Bernhard La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII, Traducción y prólogo de José Gaos, México, Fondo de Cultura Económica, 1943.
- Hamilton, Earl J. El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de Historia económica, Traducción de - Alberto Ullastres, Madrid, Revista de Occidente, 1948.

- Hazard, Paul La pensée européenne au XVIIIeme siecle, Paris, Boinvin et Cie., 1946.
- Hobbes, Thomas Leviatán o La materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil, por.... Traducción y prefacio de Manuel Sánchez Sarto, México, Fondo de -- Cultura Económica, 1940.
- Jovellanos, Gaspar de Obras escogidas, Edición introducción y notas de "Clásicos castellanos", Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1945.
- Diarios, Edición y estudio preliminar de Don Miguel Artola, Madrid, Ediciones Atlas (Continuación de la B.A.E.) 1956.
- Laski, Harold J. Studies in the problem of sovereignty, by.... New Haven, Yale University Press, 1924.
- Locke, John Two treatises of government by, with a supplement Patriarcha by Robert Filmer, edited with an introduction by Thomas I, Cook, New York, Hafner Publishing Comp., 1947
- Maravall, José Antonio Teoría española del Estado en el siglo XVII, Madrid, Instituto de Estudios políticos, 1944

- Maravall, José Antonio Estudio preliminar al Norte de Príncipes de J.P. Mártir Rizo, Madrid, Instituto de Estudios políticos, 1945.
- Marín y Mendoza, Joaquín Historia del derecho natural y de gentes, Edición y prólogo de Manuel García Pelayo, Madrid, Instituto de Estudios políticos, 1950.
- Meinecke, Friedrich El historicismo y su génesis, versión española de J. Mingarro y T. Muñoz, Fondo de Cultura Económica, 1943.
- Menéndez y Pelayo,
 Marcelino La ciencia española, (polémica, proyectos y bibliografía) por el Doctor D...., Madrid, Tip. de -- la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos," 1915.
- Historia de los heterodoxos españoles, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1951.
- Menéndez Pidal, Ramón Los españoles en la Historia y en la Literatura, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 19.
- Idea imperial de Carlos V, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, S. A. (Colección Austral), 1946.

- Millares, Agustín Selección, prólogo y notas al Teatro Crítico Universal de Feijóo, Madrid, Espasa-Calpe S. A., 1941.
- Miguélez, P. Manuel F. Jansenismo y regalismo en España, (Datos para su historia) Valladolid, Gaviria, 1895.
- Montesquieu Lettres persanes, Texte établi avec une introduction, des notes et des variantes par Gonzague Truc, Paris, Garnier, 1950.
- De l'esprit des lois, Texte établi avec une introduction, des notes et des variantes par Gonzague Truc, Paris, Garnier, 1949.
- Mornet, Daniel Les sciences de la nature en France au XVIIIe siècle, (un chapitre de l'histoire des idées), Paris, Armand Colin, 1911.
- Les origines intellectuelles de la Révolution française, (1715-1787), Paris, Armand Colin, 1947.
- Morel-Fatio, A. Etudes sur l'Espagne, 4^{ème} série, Paris, E. Champion, 1925.

- Mousnier, R. y
Labrousse, E. Le XVIIIeme siecle, Révolution
intellectuelle, technique et
politique (1715-1815) par...,
avec la collaboration de M.
Bouloiseau, Paris, Presses
Universitaires de France,
1953.
- Nicol, Eduardo Historicismo y existencialis-
mo (la temporalidad del ser y
la razón), México, El Colegio
de México, 1950.
- O'Gorman, Edmundo Crisis y porvenir de la cien-
cia histórica, México, Impren-
ta, Universitaria, 1947.
- Ortega y Gasset, José La historia como sistema, in
Obras Completas, Madrid, Re-
vista de Occidente, 194
- El siglo XVIII educador, in
Obras completas, Madrid, Re-
vista de Occidente, 1935.
- Papeles sobre Velázquez y Goya
Madrid, Revista de Occidente,
1950.
- Quiroz-Martínez, O.V. La introducción de la filosofía
moderna en España, México,
El Colegio de México, 1949.
- Ranke, Leopoldo von Historia de los papas en la épo-
ca moderna. Traducción directa
por Eugenio Imaz, México, Fondo
de Cultura Económica, 1951.

- Ríos, Fernando de los Religión y Estado en la España del siglo XVI, México, Fondo - de Cultura Económica, 1957.
- Sánchez Agesta, Luis El pensamiento político del despotismo ilustrado, Madrid, Instituto de Estudios políticos, 1953.
- Sabine, George H. Historia de la teoría política. Traducción de Vicente Herrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.
- Serrailh, Jean L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIIIe siècle, Paris, Imprimerie Nationale, 1954.
- Sempere y Guarinos, Juan Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III por D...., Madrid, Imprenta Real, 1785.
- Vilar Pierre Elan urbain et mouvement des salaires (Le cas de Barcelone au XVIIIe siècle), in Revue d' Histoire économique et sociale.
- Histoire contemporaine de l' Espagne (XVIIIe XXe siècles) par..., in Revue Historique, Octobre-Décembre 1951, Presses Universitaires de France.

- Vilar, Pierre Histoire de l'Espagne, (Col. -
Que sais-je?) 1955.
- Voltaire El Siglo de Luis XIV, versión
de Nelida Orfila, México,
Fondo de Cultura Económica,
1954.
- Romans et contes, Texte établi
sur l'édition de 1775, avec une
présentation et notes par Henri
Bénac, París, Garnier, 1949.
- Lettres choisies, avec une
présentation, des notes et un
index par Raymond Naves, París,
Garnier, 1946.
- Lettres philosophiques, avec
le texte complet des remarques
sur les Pensées de Pascal,
Introduction, notes, choix de
variantes et rapprochements par
Raymond Naves, Paris, Garnier,
1951.
- Wiese, Benno von La cultura de la Ilustracion,
traducción y prólogo de E.
Tierno Galván, Madrid, Insti-
tuto de Estudios políticos.
- Zavala, Pío España bajo los Borbones,
Barcelona, Editorial Labor,
1955.